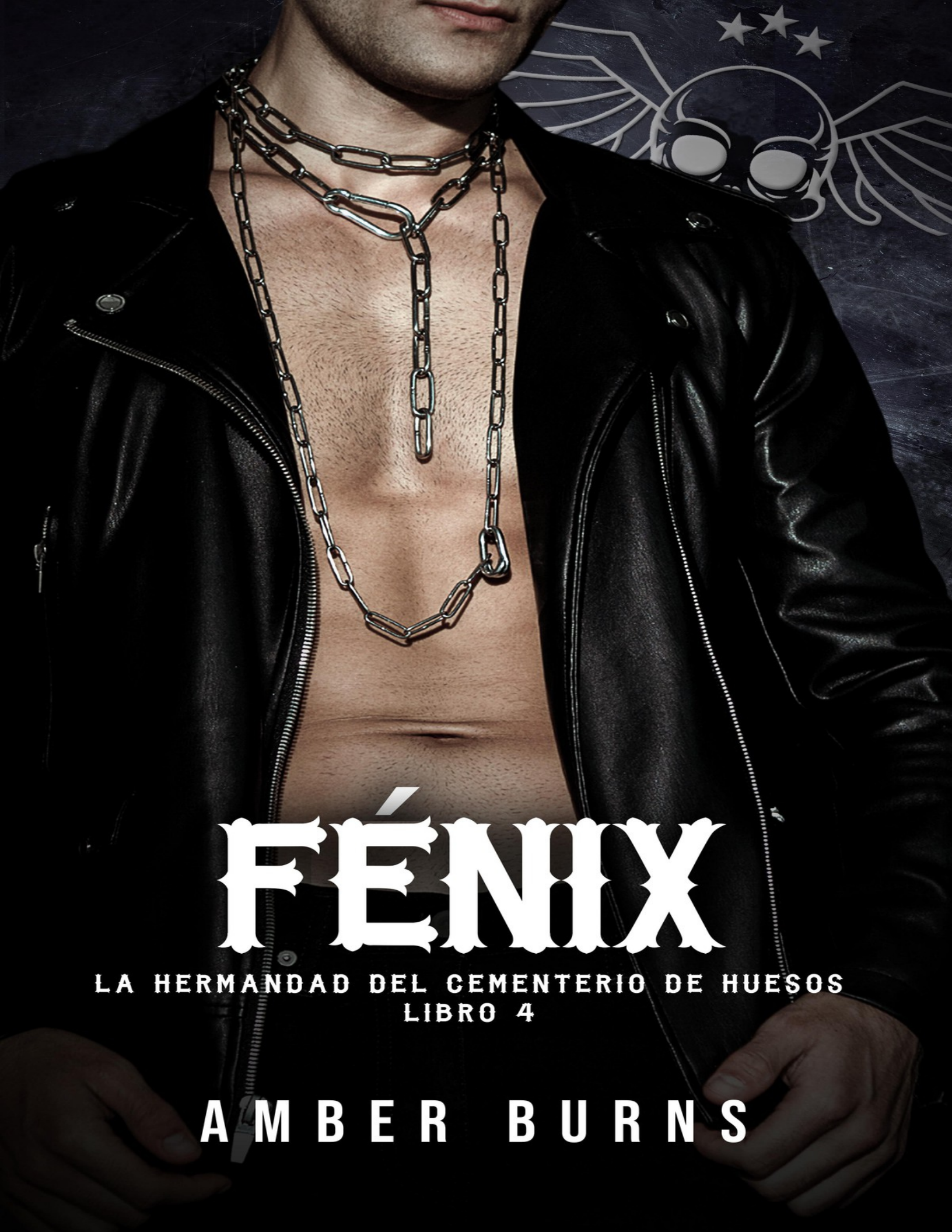


A man from the chest up, wearing a black leather motorcycle jacket with the zipper open, revealing his bare chest. He is wearing a thick, silver-colored metal chain necklace. The background is dark with a white line-art illustration of a skull with large, hollow eyes and wings, with three stars above it.

FÉNIX

LA HERMANDAD DEL CEMENTERIO DE HUESOS
LIBRO 4

AMBER BURNS

Fénix

La Hermandad del Cementerio de Huesos | Libro 4

Amber Burns



Scarlet Lantern Publishing

Derechos de autor © 2023 por Amber Bu & Scarlet Lantern Publishing

Todos los derechos reservados.

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, empresas, lugares, sucesos e incidentes son producto de la imaginación del autor o se usan de manera ficticia. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, o con hechos reales es pura coincidencia.

Este libro contiene escenas de contenido sexual explícito y lenguaje para adultos.

Índice

[Capítulo 1](#)
[Capítulo 2](#)
[Capítulo 3](#)
[Capítulo 4](#)
[Capítulo 5](#)
[Capítulo 6](#)
[Capítulo 7](#)
[Capítulo 8](#)
[Capítulo 9](#)
[Capítulo 10](#)
[Capítulo 11](#)
[Capítulo 12](#)
[Capítulo 13](#)
[Capítulo 14](#)
[Capítulo 15](#)
[Capítulo 16](#)
[Capítulo 17](#)
[Capítulo 18](#)
[Capítulo 19](#)
[Capítulo 20](#)
[Capítulo 21](#)
[Capítulo 22](#)
[Capítulo 23](#)
[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

Capítulo 1

Ava

El sol se estaba poniendo mientras llegaba al pueblo en mi motocicleta, los cálidos tonos anaranjados y rosas se esparcían por el cielo. No pude evitar pensar que quizá, solo quizá, este era el nuevo comienzo que necesitaba. Estaba cansada de huir de mi pasado, mis días en el ejército me perseguían como un fantasma que se negaba a ser exorcizado. Como antigua mujer militar, había visto mi buena cuota de dolor y destrucción. Fui dada de baja honorablemente después de cumplir varias giras en el extranjero, pero los recuerdos de la guerra aún pesaban mucho sobre mi alma.

Mi tiempo en el ejército me había enseñado disciplina, fuerza y resiliencia, pero también me había dejado con cicatrices emocionales que parecían imposibles de sanar. Había perdido amigos en el campo de batalla, y no podía quitarme la sensación de que debería haber podido hacer más para salvarlos. Para empeorar las cosas, mi regreso a la vida civil estuvo lejos de ser fácil. Me resultaba difícil adaptarme a la rutina mundana de la vida cotidiana, y me costaba conectar con personas que no podían entender por lo que había pasado.

Aparqué mi moto fuera de un bar local, decidiendo tomar una copa antes de encontrar un lugar donde quedarme por la noche. Cuando entré, sentí inmediatamente el cambio en el ambiente. El bar estaba tenuemente iluminado y lleno del olor a cerveza rancia y humo de cigarrillo. Recorrí la sala con la mirada, notando que la mayoría de los parroquianos eran moteros de aspecto rudo que llevaban chalecos de cuero adornados con varios parches. Todos parecían formar parte de un club, pero su camaradería me hizo sentir un anhelo que no esperaba.

Me senté en la barra y pedí una bebida, observando mi entorno. La camarera, una mujer de mediana edad con una cálida sonrisa, comenzó a charlar conmigo. —¿Eres nueva en la ciudad, verdad? —preguntó.

—Sí, solo estoy de paso —respondí, dando un sorbo a mi bebida.

—¿Cómo te llamas, cariño? —inquirió.

—Ava —dije, ofreciéndole una pequeña sonrisa a cambio.

Mientras bebía mi trago, no pude evitar escuchar la conversación entre dos hombres a mi lado. Uno era un hombre mayor y curtido con una espesa barba y numerosos tatuajes, mientras que el otro era más joven, de aspecto pulcro, y parecía pendiente de cada palabra del hombre mayor.

—Entonces, ¿crees que podemos confiar en ella, Ted? —preguntó el hombre más joven, su voz teñida de escepticismo.

El hombre mayor, presumiblemente Ted, lo miró y respondió: —Aún no lo sé, pero podríamos usar a alguien con sus habilidades. Y es militar, como nosotros. Vale la pena intentarlo.

Mientras continuaban su conversación, me encontré cada vez más intrigada. ¿Quiénes eran estos hombres y de qué tipo de club formaban parte? Decidí arriesgarme y presentarme, pero no todavía. Primero necesitaba aprender más sobre este grupo antes de acercarme con confianza.

Durante la siguiente hora, continué escuchando su conversación, captando detalles sobre su club de motociclistas y el sentido de hermandad que compartían. Me sentí cada vez más atraída hacia ellos, ya que parecían haber encontrado una forma de canalizar sus experiencias militares pasadas en algo significativo y solidario.

Mientras escuchaba la conversación entre Ted y el hombre más joven, no pude evitar sentir un profundo sentido de fraternidad con ellos. El compañerismo y la camaradería que compartían era algo que había estado anhelando desde que dejé el ejército. Sabía que necesitaba encontrar una manera de formar parte de ello.

Pedí otra bebida y, cuando la camarera me la entregó, asintió en dirección a Ted. —Ya sabes, siempre están buscando buena gente para unirse a su club. Deberías hablar con Ted.

Siguiendo su consejo, reuní el coraje para acercarme a Ted. —Disculpe —dije, tratando de captar su atención.

Ted levantó la vista de su bebida, sus ojos entornándose mientras me evaluaba. —¿En qué puedo ayudarte? —preguntó bruscamente.

—No pude evitar escuchar su conversación anterior, y me preguntaba si podría hacerle algunas preguntas sobre su club —dije, intentando sonar casual.

La mirada de Ted se demoró en mí por un momento antes de asentir, aparentemente satisfecho con mi comportamiento. —Claro, toma asiento.

Me deslicé sobre el taburete junto a él, y el hombre más joven se disculpó y nos dejó solos. —Entonces, ¿qué quieres saber? —preguntó Ted, dando un trago a su cerveza.

—Bueno, primero, ¿cuál es el nombre de tu club? —inquirí.

—Somos Los Hermanos de la Osera —respondió Ted—. Somos un club de motociclistas formado por hombres y mujeres ex militares que buscan un sentido de pertenencia, un propósito y una forma de marcar la diferencia.

Asentí, sintiendo una chispa de emoción ante la perspectiva de unirme a un grupo que compartía mis valores y experiencias. —¿Cómo marcan la diferencia? —pregunté, realmente curioso.

—Hacemos trabajo caritativo, recaudamos fondos para veteranos y ayudamos en la comunidad —explicó Ted—. Pero también cuidamos de los nuestros. Nos cuidamos las espaldas, pase lo que pase.

Sentí que mi corazón se hinchaba con una mezcla de esperanza y anhelo. —¿Cómo se une alguien a Los Hermanos? —pregunté, tratando de controlar mi entusiasmo.

Ted me estudió por un momento, sus ojos escrutando mi rostro. —¿Por qué estás interesado en unirme a nosotros? —preguntó.

Vacilé un instante, inseguro de cuánto revelar. Finalmente, decidí ser honesto. —Soy ex militar, y desde que dejé el servicio, he estado luchando por encontrar mi lugar en el mundo. Extraño el sentido de propósito y camaradería que tenía cuando servía, y por lo que he oído, parece que Los Hermanos de la Osera podrían ofrecerme eso.

Ted asintió pensativamente, dando otro sorbo a su cerveza. —Tienes razón en eso. Pero unirse a Los Hermanos no es algo que tomamos a la ligera. Necesitamos estar seguros de que eres alguien en quien podemos confiar, alguien leal y comprometido con nuestra causa.

—Lo entiendo —repliqué, sintiéndome nervioso y decidido a la vez—. ¿Qué necesito hacer para demostrarles que valgo?

Ted se reclinó en su silla, sus ojos sin apartarse de los míos. —Primero, necesito saber más sobre ti. ¿Cuál es tu trayectoria? ¿Qué hacías en el ejército?

Tomé una respiración profunda y comencé a compartir mi historia. Le conté sobre mis giras en el extranjero, los amigos que había perdido y las cicatrices emocionales que llevaba conmigo. Mientras hablaba, Ted escuchaba atentamente, su expresión se suavizaba con empatía.

Cuando terminé, Ted se tomó un momento para procesar mi historia antes de hablar. —Parece que has pasado por mucho, y puedo ver por qué te sentirías atraído por Los Hermanos. Pero no podemos dejar entrar a cualquiera. Hay un proceso para convertirse en miembro.

Hizo una pausa, dando otro sorbo a su cerveza. —Primero, tendrás que andar con nosotros por un tiempo. Conocer a los otros miembros, asistir a nuestros eventos y demostrarnos que estás realmente interesado en formar parte del club. Si los otros miembros avalan por ti y creen que serías un buen candidato, serás invitado a ser un prospecto.

—¿Un prospecto? —pregunté, curioso por el término.

Ted asintió. —Sí, es una especie de periodo de prueba. Se esperará que sigas órdenes, aprendas las reglas del club y hagas cualquier tarea que se te asigne. Si puedes demostrar tu valía durante ese tiempo, serás votado como miembro de pleno derecho.

Reflexioné sobre sus palabras por un momento, considerando el compromiso que estaría asumiendo. Sabía que unirme a Los Hermanos de la Osera sería un paso importante, pero no podía ignorar el deseo que sentía de formar parte de algo más grande que yo mismo, algo que pudiera ayudarme a sanar y encontrar un propósito.

—Estoy dispuesto a hacer lo que sea necesario —le dije a Ted con sinceridad.

Me estudió por un momento y luego una pequeña sonrisa se extendió por su rostro. —Bien, entonces. Te presentaré a los demás y veremos cómo van las cosas a partir de ahí.

Mientras Ted me llevaba hacia el grupo de motociclistas, sentí una mezcla de emoción y aprensión. Este era el comienzo de un nuevo capítulo en mi vida, uno que esperaba me trajera el sentido de pertenencia y propósito que había estado buscando.

Mi corazón latía acelerado mientras Ted me presentaba a los miembros de Los Hermanos de la Osera. Cada uno de ellos me miraba con atención, evaluándome, pero había un hombre en particular cuya mirada parecía demorarse en mí más que las otras. Su nombre era Alex y había algo en él que me atraía de inmediato. Su alta y musculosa figura, su cabello oscuro y corto y sus penetrantes ojos azules hacían difícil apartar la mirada de él. Sentí una extraña sensación de familiaridad, como si lo hubiera conocido en otra vida, y una atracción innegable que no podía comprender del todo.

Cuando nuestras miradas se cruzaron, un escalofrío me recorrió la espalda y me pregunté qué clase de hombre era realmente. ¿Sería tan misterioso e intrigante como aparentaba ser?

Aparté mi mirada de Alex y volví mi atención a Ted, concentrándome en la tarea que tenía por delante: demostrarme a mí mismo ante Los Hermanos de la Osera y ganarme un lugar entre ellos.

Capítulo 2

Alex

Permanecí en el fondo mientras Ted presentaba a la más reciente incorporación a nuestro club. Su nombre era Ava, y era una visión. Había algo en ella que no podía identificar exactamente, pero sabía que necesitaba conocerla. Tal vez era su largo cabello ondulado y oscuro que parecía danzar alrededor de sus hombros, o la manera confiada en que se llevaba a sí misma, mostrando su fortaleza y resistencia. Quizás era el hecho de que era una ex militar al igual que yo, sus tatuajes eran un testimonio de su pasado. Fuera lo que fuera, no podía evitar sentirme atraído hacia ella.

Mientras continuaban las presentaciones, encontré que mis pensamientos se desviaban hacia Ava. Me preguntaba cuál era su historia, qué la había traído a nuestra puerta. ¿Había enfrentado los mismos demonios que yo después de dejar el ejército? ¿También buscaba un sentido de pertenencia y propósito? Sabía que era demasiado pronto para hacerle estas preguntas, pero mi curiosidad era abrumadora.

No pude evitar notar cómo los ojos de Ava se demoraban en mí un momento más que en los otros. Podía sentir una conexión entre nosotros, como si nuestros pasados compartidos estuvieran extendiéndose y entrelazándose el uno con el otro. Era una sensación extraña, que me provocaba un escalofrío en la espalda y hacía que mi corazón se acelerara.

Después de que se terminaron las formalidades, Ted le ofreció un trabajo a Ava en el club. Pude ver la emoción brillar en sus ojos, pero también un atisbo de incertidumbre. Era obvio que ella había pasado por mucho, y unirse a nuestro club era un gran paso para ella. Quería asegurarle que estaba tomando la decisión correcta, ofrecerle el apoyo que necesitaba, pero sabía que no era mi lugar hacerlo. Al menos, no todavía.

Durante los siguientes días, me encontré buscando oportunidades para hablar con Ava, tratando de conocerla mejor. Podía decir que todavía se estaba adaptando a su nuevo entorno, y quería hacer que se sintiera lo más bienvenida posible.

—Hey, Ava —dije un día mientras me acercaba a ella mientras limpiaba la barra—. ¿Cómo te estás adaptando?

Ella levantó la mirada y sonrió, un destello de sorpresa en sus ojos.

—Oh, hola, Alex. Estoy bien, gracias. Definitivamente es un gran cambio, pero me estoy acostumbrando.

Me apoyé contra la barra, tratando de parecer casual, pero mi corazón latía con fuerza en mi pecho.

—Sí, sé a lo que te refieres —respondí—. Cuando me uní por primera vez a Los Hermanos de

la Osera, fue un poco un shock para mi sistema. Pero créeme, pronto encontrarás tu lugar aquí.

Ava se quedó pensativa por un momento antes de preguntar:

—¿Qué te hizo unirme, si no te importa que pregunte?

Dudé un momento, sin estar seguro de si estaba listo para compartir mi propio pasado con ella. Pero había algo en ella que me hacía querer abrirme, dejarla entrar.

—Bueno —comencé—, solía estar en el ejército, en las fuerzas especiales. Cuando salí, me sentí perdido. Extrañaba la camaradería y el sentido de pertenencia. Cuando encontré a Los Hermanos de la Osera, fue como si hubiera encontrado una nueva familia.

Los ojos de Ava se suavizaron mientras escuchaba mi historia.

—Definitivamente puedo relacionarme con esa sensación —dijo en voz baja—. Después de dejar el ejército, sentí que me faltaba una parte de mí. Ha sido difícil encontrar un lugar donde encaje desde entonces.

Asentí, entendiendo muy bien lo que quería decir.

—No es fácil dejar atrás esa vida —coincidió—. Pero creo que encontrarás que Los Hermanos pueden brindarte el apoyo y el sentido de propósito que has estado buscando. Todos estamos juntos en esto y nos cuidamos las espaldas.

Ava sonrió, y pude ver el agradecimiento en sus ojos.

—Es realmente bueno escuchar eso, Alex. Gracias por compartirlo conmigo. Me hace sentir un poco más tranquila por estar aquí.

Le devolví la sonrisa, sintiendo una calidez en mi pecho.

—Por supuesto, Ava. Si alguna vez necesitas hablar con alguien o tienes alguna pregunta, no dudes en acudir a mí. Estoy aquí para ti.

Parecía realmente conmovida por mi oferta. —Realmente lo aprecio, Alex. Es bueno saber que tengo a alguien a quien recurrir en este nuevo entorno.

Nuestra conversación continuó, y compartimos más sobre nuestras experiencias pasadas y nuestro tiempo en el ejército. No pude evitar sentir un profundo sentido de conexión con Ava mientras hablábamos, y percibí que ella también lo sentía. Había algo poderoso en el vínculo que se formó entre nosotros, un vínculo que fue forjado por nuestras experiencias compartidas y la comprensión que solo aquellos que habían pasado por pruebas similares podían tener.

Cuando nuestra conversación llegó a su fin, supe que mi atracción inicial por Ava se había convertido en algo mucho más profundo. No podía negar los sentimientos que se agitaban dentro de mí, y me encontré anhelando estar más cerca de ella, explorar el potencial de algo más entre nosotros. Pero por ahora, sabía que ambos necesitábamos tiempo para adaptarnos a nuestros nuevos roles en Los Hermanos de la Osera y para aprender a confiarnos plenamente.

—Gracias por la charla, Alex —dijo Ava, sus ojos llenos de calidez y gratitud—. Realmente lo necesitaba.

—De nada, Ava —respondí, con el corazón hinchado de emoción—. Recuerda que no estás sola aquí. Estamos todos juntos en esto.

Mientras me alejaba, no pude evitar sentir que este era solo el comienzo de una relación profunda y significativa entre Ava y yo. Y mientras la miraba por última vez, supe que haría lo que fuera necesario para protegerla y ayudarla a encontrar su lugar en nuestro club. Porque de eso se trataban Los Hermanos de la Osera: cuidar de los nuestros, pase lo que pase.

Capítulo 3

Ava

Mientras me encontraba detrás de la barra, limpiando la encimera, no podía evitar sentir una sensación de pertenencia dentro de Los Hermanos de la Osera. Sólo era mi primera semana allí, pero la calidez y el compañerismo que había experimentado hasta ahora superaban con creces mis expectativas. Los miembros me habían acogido con los brazos abiertos y estaba decidida a demostrar que era digna de su confianza y amistad.

Acababa de terminar de reabastecer los estantes cuando Van Cleef entró caminando, con su habitual sonrisa encantadora plasmada en su rostro. —Hey, Ava —dijo, apoyándose en la barra—. ¿Cómo te va el día?

No pude evitar devolverle la sonrisa. —Me va bien, gracias. Me estoy acostumbrando a las cosas de por aquí.

—Es genial escuchar eso —replicó con un guiño coqueto—. Sabes, ya has causado una gran impresión en los chicos. Todo el mundo habla de lo afortunados que somos de tenerte.

Sentí cómo mis mejillas se ruborizaban ante el cumplido. —Yo soy la afortunada —admití—. No podría pedir un mejor grupo de personas para comenzar este nuevo capítulo.

Los ojos de Van Cleef brillaban con curiosidad. —Entonces, ¿qué te parece el lugar hasta ahora? ¿Hay algo que te gustaría cambiar o mejorar?

Hice una pausa, considerando su pregunta. —Bueno, me encanta el sentido de comunidad y cómo todos se cuidan unos a otros. En cuanto a las mejoras, tal vez podríamos organizar algunos eventos para recaudar fondos para organizaciones benéficas locales o apoyar a nuestros compañeros veteranos.

Asintió pensativo, su mirada se demoró en mí por un momento más de lo necesario. —Es una gran idea, Ava. Estoy seguro de que a los chicos les parecerá bien. Siempre estamos buscando formas de retribuir a la comunidad y ayudar a los necesitados.

Nuestra conversación derivó hacia temas más ligeros, cuando Van Cleef me preguntó sobre mis pasatiempos y aficiones favoritos. —Me encanta salir a correr largas distancias —le dije—. Me ayuda a despejar la mente y mantenerme concentrada. Además, es una excelente manera de mantenerme en forma.

Van Cleef sonrió, sus ojos me recorrieron de arriba abajo con picardía. —Definitivamente necesito una compañera para correr, especialmente una tan hermosa como tú. ¿Qué te parece si salimos a correr juntos alguna vez?

—Suena divertido —acepté, sintiendo que se formaba un vínculo de camaradería entre nosotros, a pesar de sus leves coqueteos.

Continuamos charlando sobre todo, desde nuestras películas favoritas hasta nuestro amor compartido por las motocicletas. Era refrescante tener una conversación tan distendida con alguien que entendía los desafíos que había enfrentado en el pasado. Me hacía sentir aún más en casa en Los Hermanos de la Osera, y deseaba cada vez más conocer mejor a Van Cleef y al resto de los miembros.

A medida que avanzaba la tarde, la sede del club se fue llenando de miembros que regresaban de sus diversos trabajos y actividades. Me mantuve ocupada detrás de la barra, sirviendo bebidas y comida, mientras intercambiaba bromas y comentarios con los clientes. Era muy diferente a mi vida anterior en el ejército, pero encontré un propósito en ello, sabiendo que estaba ayudando a mantener a mi nueva familia.

Ted tomó asiento en la barra y pidió su whisky de costumbre. —Entonces, Ava —comenzó, con su voz grave y ronca—, ¿cómo te estás adaptando?

Le serví su bebida y sonreí. —Lo estoy disfrutando más de lo que pensaba. Es agradable estar rodeada de personas que entienden por dónde he pasado y lo que he vivido.

Ted asintió solemnemente. —De eso se trata Los Hermanos: cuidarnos los unos a los otros y ayudarnos mutuamente a sanar. Ahora eres una de nosotros, y estamos aquí para ti, pase lo que pase.

Sentí una oleada de gratitud y orgullo mientras le entregaba su whisky. —Gracias, Ted. Significa mucho para mí.

Ted dio un sorbo a su bebida, con aire pensativo. —Sabes, cuando fundé Los Hermanos de la Osera por primera vez, nunca imaginé que se convertiría en lo que es hoy. Se ha convertido en un santuario para aquellos que lo necesitan, un lugar donde podemos sanar nuestras heridas y encontrar camaradería.

Me recosté contra la barra, ansiosa por aprender más sobre el hombre que había construido esta comunidad. —¿Qué te llevó a comenzar Los Hermanos de la Osera?

Ted miró a su alrededor, sus ojos recorriendo los rostros de los miembros que se habían convertido en su familia. —Me sentía perdido después de mi tiempo en el ejército. No podía encontrar un lugar al que perteneciera. Los Hermanos de la Osera comenzaron como un simple grupo de amigos, veteranos que luchaban por encontrar nuestro camino en el mundo. Pero con el tiempo, se convirtió en algo más. Se convirtió en un lugar donde podíamos sanar, crecer y encontrar un propósito nuevamente.

Sus palabras resonaron en mí, ya que estaba experimentando los mismos sentimientos de encontrar un propósito y un lugar al que pertenecer. —Has creado algo verdaderamente especial aquí, Ted. Me siento honrada de ser parte de ello.

Ted levantó su vaso en un brindis. —Por Los Hermanos de la Osera y por nuestra nueva prospecto, Ava. Bienvenida a la familia.

A medida que avanzaba la noche, me encontré envuelta en profundas conversaciones con varios miembros, aprendiendo sobre sus vidas, sus luchas y sus sueños para el futuro. Wilson, el lugarteniente de Ted, compartió sus planes para expandir la presencia de Los Hermanos de la Osera en la comunidad, mientras que Sid, un hábil mecánico, se lamentaba por su dolor crónico de espalda que le dificultaba trabajar en sus amadas motocicletas.

Sid también habló con cariño de Maddie, su novia y ex paralegal, refiriéndose a ella cariñosamente como "Ricura". Ella había dejado atrás su antigua vida para unirse a Los Hermanos de la Osera, donde encontró el amor y un sentido de pertenencia. Maddie me contó cómo Sid la había ayudado a superar algunos de sus días más oscuros.

Mientras escuchaba sus historias, sentí que mi conexión con Los Hermanos de la Osera se

fortalecía cada minuto. Era un grupo unido que había enfrentado la adversidad de frente y había salido más fuerte de ella. Sabía que estaba en el lugar correcto, rodeada de personas que estarían a mi lado sin importar lo que sucediera.

Más tarde esa noche, Alex entró, sus penetrantes ojos azules encontrándose inmediatamente con los míos. Una pequeña sonrisa se dibujó en sus labios mientras se acercaba a la barra. —Hey, Ava —me saludó, su voz cálida e invitante—. ¿Cómo ha sido tu día?

No pude evitar devolverle la sonrisa. Verlo hacía que mi corazón se acelerara. —Ha sido genial, de hecho. He estado conociendo mejor a todos y aprendiendo más sobre Los Hermanos de la Osera. Siento que realmente estoy empezando a encontrar mi lugar aquí.

La sonrisa de Alex se ensanchó. —Me alegra oír eso. Sabía que encajarías a la perfección.

Me sonrojé ante sus palabras y me ocupé de limpiar la barra. —Gracias, Alex. Ha sido mucho más fácil contigo a mi lado.

Se inclinó más cerca, su voz bajando a un susurro. —Y no lo querría de otra manera.

Nuestras miradas se encontraron, y sentí esa chispa familiar entre nosotros, un deseo ardiente que se había vuelto cada vez más fuerte desde que nos conocimos. La mirada de Alex se demoró en mis labios por un momento antes de retroceder, una sonrisa pícara en su rostro.

—Entonces, dime, Ava —dijo, apoyándose en la barra—, ¿qué es algo que aún no sé de ti?

Alcé una ceja, considerando mi respuesta. —Bueno, solía tocar el piano cuando era más joven. Incluso gané algunas competiciones. ¿Y tú?

Alex se rió. —¿En serio? Nunca lo hubiera adivinado. En cuanto a mí... solía ser bastante bueno dibujando, pero no he tomado un lápiz en años.

—¿Dibujar, eh? Eso es interesante. ¿Qué te gustaba dibujar? —pregunté, genuinamente intrigada.

Se encogió de hombros. —Mostly personas, supongo. Encontraba fascinante capturar la esencia de alguien en el papel.

Continuamos intercambiando pequeños detalles sobre nuestros pasados, la conversación fluyendo fácilmente entre nosotros. Le conté sobre mi amor por las películas de acción y cómo una vez intenté aprender kickboxing, pero terminé con el ego magullado y un tobillo torcido. Alex admitió que tenía debilidad por las novelas románticas e incluso había intentado escribir una, aunque nunca se la había mostrado a nadie.

Mientras conversábamos, el coqueteo entre nosotros se intensificó. Le tomé el pelo sobre su gusto por las novelas románticas, preguntándole si tenía algún tropo favorito. Él respondió con una sonrisa burlona, diciendo que tenía debilidad por las mujeres fuertes e independientes que podían arreglárselas por sí mismas en una pelea.

—¿Ah, sí? —me reí—. Bueno, no puedo prometerte declaraciones de amor que te hagan desmayar, pero definitivamente puedo arreglármelas sola.

—No lo dudo —dijo, con un brillo pícaro en los ojos.

Sin embargo, cada vez que salía el tema de su servicio militar, Alex se volvía más reservado y evasivo. Podía notar que había partes de su pasado que no estaba listo para compartir, pero no insistí. Todos teníamos nuestros secretos.

En un momento determinado, Alex me tomó el pelo cariñosamente por mi cabello ondulado, diciendo que no podía evitar imaginarse pasando sus dedos por él. Yo contraataqué diciéndole lo mucho que admiraba sus fuertes brazos y lo seguros que me hacían sentir.

El aire a nuestro alrededor parecía volverse más caliente a medida que nuestras palabras se volvían más atrevidas, pero ambos sabíamos que el bar abarrotado no era el lugar adecuado para un encuentro más íntimo. En su lugar, continuamos charlando y riéndonos, compartiendo

historias y conociéndonos aún mejor.

Según avanzaba la noche, me enteré del amor de Alex por la cocina, sus libros favoritos y su habilidad para arreglar cosas, desde motocicletas hasta electrodomésticos. A cambio, compartí mis sueños de viajar por el mundo, mi afición por las novelas de misterio y mi culpable placer de ver maratones de programas de telerrealidad.

Nuestra conexión se profundizó a medida que descubríamos más sobre los gustos y disgustos del otro, experiencias pasadas y esperanzas para el futuro. La conversación fluía con naturalidad, como si nos conociéramos desde hacía años en lugar de tan solo unas pocas semanas.

Al acercarse el final de la noche, la casa club comenzó a vaciarse, con los miembros yéndose a sus habitaciones o abandonando el lugar. Alex y yo permanecemos en la barra, aparentemente absortos en nuestra conversación y disfrutando de la compañía del otro.

—Probablemente debería irme —dije a regañadientes, echando un vistazo al reloj de la pared—. Se está haciendo tarde y mañana tengo que madrugar.

Alex asintió, aunque pude notar que él también se mostraba reacio a terminar nuestra conversación.

—Sí, tienes razón. El tiempo vuela cuando te diviertes, ¿eh?

Le sonreí, sintiendo una calidez en el pecho.

—Ciertamente lo hace. Gracias por esta noche, Alex. Me lo he pasado muy bien.

Él extendió la mano y acarició suavemente mis dedos, enviando escalofríos por mi espina dorsal.

—El placer ha sido todo mío, Ava. Me alegro mucho de que hayamos tenido la oportunidad de hablar así.

—Yo también —acordé, con el corazón laténdome con fuerza en el pecho.

Nos levantamos de los taburetes y Alex me acompañó hasta la puerta. Nuestros dedos se rozaron mientras nos despedíamos por la noche, la tensión entre nosotros palpable.

—Te veré mañana, Ava —dijo en voz baja, con sus ojos demorándose en los míos más tiempo del necesario.

—Lo estaré esperando —respondí, mi voz apenas un susurro.

Con eso, nos separamos a regañadientes para pasar la noche, con los recuerdos de nuestra conversación y la innegable química entre nosotros flotando en el aire.

Esa noche, mientras yacía en la cama, no pude evitar revivir nuestra conversación en mi mente. Sentía una cercanía con Alex que no había experimentado con nadie más antes. Solo habíamos arañado la superficie de nuestros pasados, pero la conexión emocional era innegable.

Mis pensamientos se desviaron hacia la posibilidad de un futuro con Alex, y no pude evitar sentir una mezcla de emoción y aprensión. Sabía que todavía había muchos obstáculos que tendríamos que superar, incluyendo los secretos que él guardaba. Pero por ahora, me permití disfrutar del calor de nuestra creciente conexión.



Me revolví en la cama, incapaz de sacar a Alex de mi mente. Su atractivo áspero, la forma en que sus ojos parecían mirar dentro de mi alma y el suave toque de sus dedos contra mi piel me dejaron anhelando más. Mi cuerpo se sentía vivo, palpitando con un deseo que ya no podía negar por más tiempo.

Cediendo a mis deseos carnales, dejé que mi mano se deslizara por mi cuerpo, mis dedos

encontrando el borde de mi camisa y deslizándose debajo. Acaricié mi piel sensible, mis pensamientos consumidos por imágenes del cuerpo fuerte y musculoso de Alex presionado contra el mío. Mi respiración se volvió pesada cuando mis dedos encontraron mi pezón adolorido, girándolo y pellizcándolo suavemente.

Gemí suavemente, imaginando la boca de Alex sobre mí, su cálida y húmeda lengua provocándome y saboreándome. Mi otra mano se deslizó más abajo, deslizándose debajo de la cintura de mis bragas. Estaba empapada de deseo, y cuando mis dedos rozaron mi hinchado clítoris, una descarga de placer me atravesó.

Mientras seguía complaciéndome a mí misma, me imaginaba las hábiles manos de Alex en mi cuerpo, sus dedos explorando cada centímetro de mí. Lo imaginaba empujándome sobre la cama, su poderoso cuerpo flotando encima de mí mientras se posicionaba entre mis piernas. Sus ojos se fijaron en los míos, llenos de lujuria e intensidad, haciendo que mi corazón se acelerara.

Mis caderas se movían contra mi mano mientras pensaba en él deslizándose dentro de mí, llenándome por completo. Me lo imaginaba con sus fuertes brazos sosteniendo su peso, sus bíceps flexionándose mientras comenzaba a embestir lenta y deliberadamente. Sus respiraciones se volverían más pesadas, su torso cincelado subiendo y bajando mientras nuestros cuerpos se movían juntos en perfecta armonía.

Mis dedos se movían más rápido, mi cuerpo tenso y temblando de anticipación. Mordí mi labio para amortiguar mis gemidos, mis pensamientos consumidos por la fantasía del cuerpo de Alex moviéndose en perfecto ritmo con el mío. Mientras mi clímax se acercaba, imaginé los labios de Alex sobre los míos, nuestras respiraciones entremezclándose mientras compartíamos un beso apasionado y desesperado. Sus dedos se entrelazarían con los míos, sujetando mis manos sobre mi cabeza mientras tomaba el control, sus embestidas volviéndose más poderosas y urgentes.

Con un gemido final y tembloroso, me vine, olas de placer estrellándose sobre mí mientras mi cuerpo se convulsionaba de éxtasis. Cuando las réplicas cesaron, yacía allí, jadeando y agotada.

Una repentina ola de vergüenza me invadió, y rápidamente aparté mis manos de mi cuerpo. No podía creer que había dejado vagar mi imaginación de manera tan salvaje, entregándome a una fantasía tan íntima sobre Alex. Pero a pesar de la vergüenza, una parte de mí no pudo evitar anhelar el momento en que la fantasía podría convertirse en realidad.

Me giré sobre un costado, cubriéndome con las sábanas hasta la barbilla y cerrando los ojos. Mientras el sueño finalmente me reclamaba, mis pensamientos aún estaban llenos de Alex, nuestra conexión y las apasionadas posibilidades que se avecinaban.

Capítulo 4

Alex

El sol comenzaba a ponerse cuando me encontraba sentado en la barra, observando a Ava trabajar con un sentimiento de orgullo. Se había convertido verdaderamente en parte de Los Hermanos de la Osera, y no pude evitar admirar su fuerza y determinación. Mientras se movía, riendo y charlando con los otros miembros, no pude evitar sentir un creciente apego hacia ella.

Sid se deslizó sobre el taburete de la barra junto a mí, bebiendo una cerveza. —Te has enamorado de ella, ¿eh? —comentó con una sonrisa pícara.

Intenté disimular, dando un sorbo a mi bebida. —¿De qué estás hablando?

—No te hagas el tonto, Alex. Has estado mirando a Ava como un halcón toda la noche —dijo, dándome un codazo—. Es bastante obvio que ustedes dos tienen algo entre manos.

No pude evitar sonreír, sintiendo una calidez en el pecho. —Sí, supongo que se podría decir eso. Ella es... diferente a cualquier persona que haya conocido.

Sid asintió, dando otro sorbo a su cerveza. —Definitivamente es algo especial. Pero ten cuidado, amigo. Esta vida no es fácil, y debes estar seguro de que ella puede manejarlo.

Fruncí el ceño, sabiendo que tenía razón. —Lo sé. Es solo que... quiero protegerla, ¿sabes?

Antes de que Sid pudiera responder, el rugido de motores acercándose al club llamó nuestra atención. Miré hacia la puerta, entornando los ojos al reconocer el emblema en las chaquetas de los motociclistas: Los Merodeadores Nocturnos, un club rival con una reputación de violencia y tratos turbios.

—¿Qué diablos están haciendo aquí? —murmuró Sid, acercándose a mi lado.

Apreté los puños, sintiendo una oleada de ira y ganas de proteger. —No lo sé, pero no se quedarán mucho tiempo si tengo algo que decir al respecto.

Ted se levantó de su asiento e hizo un gesto para que yo, Wilson, Sid y algunos otros miembros lo siguiéramos afuera para enfrentar a Los Merodeadores Nocturnos. Ava, percibiendo el peligro, había dejado de trabajar y nos observaba con una mezcla de temor e ira.

Mientras salíamos, Los Merodeadores Nocturnos desmontaron sus motocicletas y se acercaron pavoneándose hacia nosotros. Ted dio un paso al frente, su expresión severa. —¿Qué quieren? —exigió, su voz fría.

Su líder, un hombre alto y corpulento con una mueca siniestra, respondió: —Estamos aquí para discutir algunos... negocios con ustedes.

El aire estaba cargado de tensión mientras los dos grupos se enfrentaban. Me acerqué, posicionándome entre la entrada y Los Merodeadores Nocturnos, con la mente puesta en Ava dentro del club.

De repente, uno de Los Merodeadores Nocturnos se lanzó contra Ted, lanzando un puñetazo que conectó con su mandíbula. El sonido del impacto envió una onda expansiva a través de la multitud, y el infierno se desató.

Entré en acción, mi entrenamiento de fuerzas especiales se activó mientras me enfrentaba a los miembros del club rival. Mis puños volaron, cada golpe calculado y preciso. Uno de ellos sacó una navaja, y rápidamente se la quité, dando una patada poderosa que lo hizo caer al suelo. La adrenalina corría por mis venas, impulsándome a defender a mis hermanos y a Ava.

La pelea continuó intensificándose, el sonido de gruñidos, puñetazos y el crujir de huesos llenando el aire. Me enfoqué en proteger a Los Hermanos de la Osera, utilizando cada técnica que había aprendido durante mi tiempo en las fuerzas especiales. Pero en medio del caos, sentí un agudo dolor en mi brazo y miré hacia abajo para ver una herida provocada por uno de los cuchillos de los Merodeadores Nocturnos. La herida sangraba, pero no era lo suficientemente profunda como para frenarme.

Continué peleando, ignorando el dolor lo mejor que pude. Cuando el polvo finalmente se asentó, los Merodeadores Nocturnos estaban golpeados y ensangrentados, retirándose a sus motocicletas y huyendo de la escena. Miré a mi alrededor, evaluando los daños y revisando a mis compañeros de Los Hermanos de la Osera. Habíamos sufrido algunas heridas, pero seguíamos de pie.

Mientras comenzaba a regresar al club, Wilson atrapó mi mirada y señaló mi brazo herido. —Necesitas que revisen eso, amigo —dijo, la preocupación grabada en su rostro.

Asentí, sabiendo que tenía razón, pero mi principal preocupación era Ava. —Lo haré, pero primero necesito asegurarme de que Ava esté bien.

Me apresuré de regreso al club, con el corazón pesado por la preocupación de Ava. La encontré sentada en un taburete de la barra, sus manos temblando mientras intentaba calmarse. Sabía que la violencia la estaba afectando, posiblemente desencadenando su TEPT de su tiempo en el ejército.

Me acerqué a ella lentamente, con el corazón dolorido. —Ava, ¿estás bien? —pregunté con suavidad.

Ella levantó la mirada hacia mí, sus ojos verdes llenos de una mezcla de miedo e incertidumbre. —No lo sé, Alex. Yo... no esperaba esto. La violencia... está trayendo de vuelta recuerdos que creía haber enterrado.

Me senté a su lado, deseando nada más que reconfortarla y protegerla. —Lo siento, Ava. Nunca quise que tuvieras que experimentar este lado del club. Pero te prometo que haré todo lo que pueda para mantenerte a salvo.

Ava tomó una respiración profunda, sus manos aún temblando. —Lo sé, Alex. Es solo... pensé que había dejado atrás este tipo de violencia cuando dejé el ejército. No quiero que vuelva a consumir mi vida.

Extendí la mano y tomé suavemente la suya, sintiendo la calidez de su piel contra la mía. —Lo entiendo, Ava. Y no te culpo por sentirte así. Pero Los Hermanos de la Osera somos una familia, y nos protegemos los unos a los otros. A veces, eso significa enfrentar la violencia de frente. Pero también significa que nos cuidamos las espaldas, pase lo que pase.

Ella me miró a los ojos, buscando tranquilidad. —Quiero creer eso, Alex. De verdad que sí. Pero ¿cómo puedo estar segura? ¿Cómo puedo confiar en que esta vida no me arrastrará de vuelta a la oscuridad?

Apreté suavemente su mano, con el corazón dolorido por su sufrimiento. —Ava, no te mentiré, no hay garantías. Pero haré todo lo que esté en mi poder para mantenerte a salvo y

asegurarme de que nunca te sientas sola en esto. Estamos juntos en esto, y estaré contigo en cada paso del camino.

Los ojos de Ava se llenaron de lágrimas y reclinó su cabeza contra mi hombro. —Gracias, Alex. No sé qué haría sin ti.

La abracé, atrayéndola hacia mí. —Nunca tendrás que averiguarlo. Estoy aquí para ti, Ava. Y no me iré a ninguna parte.

Nos sentamos allí, abrazándonos mientras el ruido del club lentamente volvía a la normalidad. A pesar del caos que acababa de ocurrir, no pude evitar sentir una sensación de paz al saber que Ava y yo lo estábamos enfrentando juntos.

Capítulo 5

Ava

El caos de la noche anterior aún persistía en el aire, pero la vida en el club volvía lentamente a la normalidad. No podía sacudirme esa sensación de vulnerabilidad, pero había algo reconfortante en saber que Alex estaba a mi lado. Su fuerte presencia era un faro de luz en la oscuridad que había amenazado con tragarme entera.

Cuando se acercaba la noche, me encontré a solas con Alex en un rincón tranquilo del club. Nos sentamos juntos, con nuestros hombros rozándose y el calor de su cuerpo enviando escalofríos por mi espina dorsal.

—Nunca hablé realmente de mi pasado antes —dijo Alex en voz baja, apenas audible por sobre el distante zumbido del club—. No es algo que me guste revivir.

Miré sus profundos ojos azules, percibiendo el dolor que intentaba ocultar. —No tienes que contarme si no quieres —lo aseguré, posando mi mano suavemente en su brazo—. Pero a veces, compartir nuestros demonios puede ayudar a aligerar la carga.

Dudó un momento antes de tomar una profunda respiración. —Estuve en las fuerzas especiales, como sabes. Vi cosas, hice cosas de las que no estoy orgulloso. Es difícil sacarse esos recuerdos, incluso después de tantos años.

—Te entiendo, Alex —dije, con la voz temblorosa al recordar mis propias experiencias—. El servicio militar te cambia, y no siempre para mejor.

Me miró con una mezcla de sorpresa y comprensión. —Sabes, cuando te conocí y supe de tu pasado militar, sentí una conexión contigo. No es común encontrarse con alguien que realmente entiende por lo que has pasado.

—Sí —admití, con la mirada gacha—. Serví durante unos años antes de lesionarme y ser dada de baja. Pero esos recuerdos aún me acosan a veces.

Alex se acercó y tomó mi mano, dándole un suave apretón. —Eres increíblemente valiente, Ava. Enfrentar esos demonios y aun así seguir adelante, es prueba de tu fortaleza.

Sonreí ante sus amables palabras, sintiendo un calor que se extendía por todo mi ser. —Gracias, Alex. Significa mucho viniendo de ti.

Caímos en un cómodo silencio, el peso de nuestros pasados compartidos formando un vínculo entre nosotros. Era un alivio saber que no estaba sola en mis luchas, que Alex entendía por lo que estaba pasando.

Después de unos momentos, Alex volvió a hablar. —Sabes, cuando dejé el servicio militar, no estaba seguro de dónde terminaría. Pero Los Hermanos de la Osera me dieron un sentido de propósito y pertenencia que no sabía que necesitaba.

—Puedo verlo —coincidí, observando a los otros miembros del club yendo y viniendo—. Es como una familia aquí, ¿no?

Asintió, sus ojos llenos de una mezcla de orgullo y afecto. —Lo es. Y no se trata solo de las motos y las fiestas, se trata de tener la espalda de los demás pase lo que pase. Haría cualquier cosa por esta gente.

—Siento lo mismo —admití, dándome cuenta de cuán cierto era—. Llevo poco tiempo aquí, pero ya siento que pertenezco.

Alex sonrió cálidamente, aún sosteniendo mi mano. —Me alegra oír eso, Ava. Y quiero que sepas que siempre tendrás mi respaldo también.

La intensidad de su mirada hizo que mi corazón se acelerara, y supe que lo que se estaba desarrollando entre nosotros era más que una simple atracción pasajera. Era una conexión profunda, arraigada en nuestras experiencias compartidas y nuestro deseo de protegernos y apoyarnos mutuamente.

Mientras avanzaba la noche, las risas y las charlas en el club se hicieron más fuertes, pero sentí como si Alex y yo estuviéramos en nuestro propio mundito. Era una sensación extraña pero reconfortante, saber que alguien más entendía los demonios que nos acosaban a ambos.

Eventualmente, nuestra conversación giró hacia temas más livianos, y terminamos riendo y bromeando como viejos amigos. Pero de vez en cuando, nuestras miradas se cruzaban y podía sentir la carga eléctrica entre nosotros, haciéndose más fuerte con cada momento que pasaba.

Incapaz de resistir la tentación por más tiempo, me acerqué a Alex, con mis labios a meras pulgadas de los suyos. —Alex —susurré, mi aliento cálido contra su piel—. No puedo dejar de pensar en ti.

Sus ojos escudriñaron los míos, llenos de un intenso deseo que reflejaba el mío. —Ava —murmuró, su voz espesa de emoción—. Siento lo mismo.

Con eso, nuestros labios se encontraron en un beso abrasador que envió una ola de pasión a través de todo mi cuerpo. Pude sentir los fuertes brazos de Alex envolviéndome, acercándose más a él mientras nuestras lenguas se enredaban en un sensual tango.

A medida que nuestro beso se profundizaba, Alex me guió hacia una sala trasera tenuemente iluminada del club, los sonidos de la fiesta desapareciendo en el fondo. Una vez dentro, me empujó suavemente contra la pared, sus manos recorriendo mi cuerpo, encendiendo un fuego dentro de mí que nunca antes había experimentado.

Mis manos se movieron hacia el dobladillo de su camisa, tratando desesperadamente de librarme de esa barrera entre nosotros. Alex respondió con entusiasmo, levantando los brazos para permitirme quitarle la prenda por encima de la cabeza. No pude evitar admirar su pecho musculoso, el resultado de años de entrenamiento y disciplina militar.

Las manos de Alex se dirigieron a los botones de mi blusa, desabrochándolos hábilmente uno a uno mientras sus labios continuaban devorando los míos. Cuando se desabrochó el último botón, mi blusa se abrió, revelando mi sostén de encaje. Los ojos de Alex recorrieron mi cuerpo, admirando cada centímetro de mi piel expuesta.

—Eres tan hermosa, Ava —susurró, su voz impregnada de asombro.

Me sonrojé ante su cumplido, sintiendo un escalofrío de emoción recorriéndome. Mis dedos forcejearon con la hebilla de su cinturón, ansiosa por explorar el cuerpo que había frecuentado mis sueños durante semanas. Una vez que logré desabrochar su cinturón y pantalones, los empujé hacia abajo, junto con sus bóxers, permitiendo que se arremolinaran a sus pies.

De pie allí, expuestos el uno al otro, no pude evitar sentirme vulnerable. Pero al mirar a los ojos de Alex, vi nada más que admiración y deseo, lo que ayudó a aliviar mis inseguridades. Sus

manos se extendieron, acunando gentilmente mi rostro mientras me daba otro tierno beso en los labios.

—¿Estás segura de esto, Ava? —preguntó, su voz impregnada de preocupación—. No quiero presionarte a nada.

Sonreí ante su consideración, mi corazón se hinchaba de afecto por este hombre. —Nunca he estado más segura de algo en mi vida —susurré, mis ojos fijos en los suyos.

Una sonrisa lenta se extendió por su rostro, y se inclinó para capturar mis labios una vez más, sus manos deambulando por mi cuerpo hasta que llegaron a la cinturilla de mis jeans. Los desabotonó y desabrochó con destreza, deslizando sus dedos debajo de la tela para bajarlos por mis piernas. Mientras salía de ellos, quedé solo en ropa interior y sujetador, mi cuerpo temblando de anticipación.

La mirada de Alex nunca abandonó la mía mientras se colocaba detrás de mí, desabrochando con pericia mi sujetador y permitiendo que cayera al piso. Mi respiración se entrecortó cuando sus fuertes manos se movieron a mis caderas, sus dedos enganchándose bajo los bordes de mis bragas y bajándolas lentamente por mis piernas. La sensación de estar completamente desnuda ante él era a la vez emocionante y aterradora.

—Dios, Ava —respiró, bebiendo la visión de mí—. No tienes idea de cuánto he deseado esto.

—Muéstramelo —lo insté, mi voz espesa de deseo—. Muéstrame cuánto me deseas, Alex.

Sus ojos se oscurecieron con lujuria, y me presionó contra la pared una vez más, sus labios explorando con avidez mi cuello y clavícula. Gemí de placer cuando su boca encontró mi pecho, su lengua tentando y atormentando mi sensible pezón. Mis manos aferraron sus hombros, mis dedos hundiéndose en sus músculos mientras las oleadas de placer me recorrían.

Mientras continuaba prodigando atenciones a mis pechos, su mano derivó más abajo, sus dedos deslizándose entre mis muslos. Jadee ante el toque íntimo, mi cuerpo arqueándose hacia él mientras acariciaba suavemente mis áreas más sensibles.

—Alex —gemí, mi cuerpo temblando de necesidad—. Por favor...

Pareció entender mi súplica no expresada, y sus dedos se movieron para apartar mis pliegues húmedos, su pulgar rozando mi clítoris de una manera que hizo flaquear mis rodillas. Mi respiración salía en jadeos cortos mientras continuaba tentándome y tocándome, acercándome más y más al borde.

—Te necesito, Ava —susurró contra mi piel—. Necesito estar dentro de ti.

—Por favor —supliqué, mi voz apenas más que un gemido sin aliento—. Yo también te necesito.

Con un asentimiento, retrocedió lo suficiente para darse espacio para maniobrar. Levantó una de mis piernas, envolviéndola alrededor de su cintura, y se guió hacia mi entrada. Nuestros ojos se trabaron mientras empujaba lentamente dentro de mí, llenándome de una manera que hizo que mi cuerpo cantara de placer.

La sensación de tenerlo dentro por completo me dejó sin aliento, y pude ver el mismo efecto en sus ojos. Nos sostuvimos la mirada mientras comenzaba a moverse, sus caderas meciéndose suavemente al principio, permitiéndome adaptarme a él. El placer ya se estaba acumulando dentro de mí, y no pude evitar gemir su nombre cuando aumentó el ritmo, cada embestida acercándonos más y más al borde.

Nuestros labios se encontraron en un beso abrasador, nuestras lenguas danzando juntas mientras nuestros cuerpos se movían en perfecta armonía. Podía sentir la tensión acumulándose dentro de mí, cada caricia de su miembro acercándome a esa dulce liberación que anhelaba. Mis manos se movieron a su cabello, tirando de las oscuras hebras mientras lo instaba a continuar.

—Alex —susurré contra sus labios—. Estoy tan cerca...

Su mano se deslizó entre nosotros, sus dedos una vez más encontrando mi clítoris y tentándolo con precisa destreza. La estimulación adicional fue todo lo que necesité, y sentí que mi orgasmo me invadía como una ola de marea, mi cuerpo contrayéndose a su alrededor mientras gritaba de éxtasis.

La visión de verme desmoronarme debajo de él pareció ser la perdición de Alex también. Enterró su rostro en el hueco de mi cuello, su aliento cálido contra mi piel mientras gemía mi nombre, sus embestidas haciéndose más erráticas mientras se acercaba a su propio clímax. Con una última, profunda embestida, se inmovilizó, su cuerpo estremeciéndose de placer mientras se liberaba dentro de mí.

Por un momento, nos quedamos así, nuestros cuerpos presionados juntos, nuestras respiraciones entremezclándose mientras nos recuperábamos de la intensa cima de nuestro amorío. Los brazos de Alex me rodearon, abrazándome cerca mientras nuestros ritmos cardíacos lentamente volvían a la normalidad.

—Eres increíble —murmuró, colocando un suave beso en mi sien—. Ni siquiera puedo comenzar a describir lo asombroso que fue eso.

Sonreí, sintiendo una calidez esparcirse a través de mí ante sus palabras. —Fue increíble para mí también, Alex. Nunca imaginé que estar contigo podría sentirse tan... perfecto.

Mientras estábamos allí, recreándonos en el resplandor de nuestra pasión, me di cuenta de que a pesar del caos y el peligro que nos rodeaban, había encontrado un sentido de pertenencia en Los Hermanos de la Osera, y en los brazos de Alex. Y por primera vez en mucho tiempo, me sentí verdaderamente satisfecha.

Eventualmente nos aseamos y nos vestimos, nuestros dedos entrelazados mientras nos dirigíamos de vuelta a la sala principal del clubhouse. El conocimiento de la conexión íntima que acabábamos de compartir solo fortaleció mi determinación de permanecer al lado de Los Hermanos de la Osera y Alex, sin importar los desafíos que enfrentáramos juntos.

Capítulo 6

Ava

Conforme pasaban los días, me encontraba cada vez más involucrada en el mundo de Los Hermanos de la Osera. Pasaba tiempo con los diversos miembros, aprendiendo sobre las operaciones, metas y el sentido de camaradería que los unía. Eran una familia, y no pude evitar sentir una sensación de pertenencia que había estado extrañando durante tanto tiempo.

Un día, mientras ayudaba a Cindy en la cocina, ella comenzó a abrirse sobre su vida en el club. —Sabes, Ava, cuando me uní a Los Hermanos por primera vez, tenía mis dudas —admitió, sus ojos distantes mientras cortaba verduras—. Pensé que sería una fiesta salvaje todo el tiempo, pero resultó ser mucho más que eso.

La miré con curiosidad, instándola a continuar. —¿A qué te refieres?

Cindy sonrió, sus ojos encontrándose con los míos. —Bueno, para empezar, todos aquí realmente se preocupan los unos por los otros. No somos solo amigos, somos familia. Y no solo nos cuidamos las espaldas, sino que también ayudamos a nuestra comunidad. Apoyamos a las empresas locales, organizamos eventos benéficos y trabajamos juntos para mejorar la vida de quienes nos rodean.

Asentí, entendiendo que debajo de sus exteriores rudos, los miembros de Los Hermanos de la Osera tenían corazones de oro. —Suenan increíbles, Cindy. Realmente estoy empezando a ver lo que quieres decir.

Ella sonrió, lanzándome una mirada cómplice. —Sólo dale un poco de tiempo, Ava. Llegarás a ver que este club es más que solo chaquetas de cuero y motocicletas.

Después de terminar en la cocina, me dirigí al bar donde Ted bebía una cerveza. Levantó la mirada cuando me acerqué, con una expresión seria en su rostro. —Ava, toma asiento. Quería hablarte sobre la misión del club.

Me senté a su lado, ansiosa por aprender más. —¿Qué tienes en mente, Ted?

—No somos solo un grupo de forajidos, Ava —me dijo con sinceridad, sus ojos llenos de convicción—. Ayudamos a nuestra comunidad, apoyamos a las empresas locales y trabajamos juntos para mejorar la vida de quienes nos rodean. Claro, podemos tener nuestros enemigos, como los Merodeadores Nocturnos, pero somos una fuerza para el bien.

Escuché atentamente mientras Ted compartía historias sobre los diversos esfuerzos filantrópicos y programas de alcance comunitario del club. Estaba claro que estaba profundamente comprometido con tener un impacto positivo en el mundo, y sentí un arrebato de orgullo al pensar en estar asociada con un grupo así.

—Entonces, ¿qué piensas, Ava? —preguntó Ted, su mirada buscando cualquier indicio de

duda en mi rostro—. ¿Crees que puedes respaldar lo que representamos?

Lo pensé por un momento antes de responder, mi voz firme y llena de convicción. — Absolutamente, Ted. He visto de primera mano cuánto se preocupan los unos por los otros y por la gente de esta comunidad. Estoy orgullosa de ser parte de Los Hermanos de la Osera.

Ted sonrió, dándome una palmada en la espalda. —Eso me gusta escuchar. Bienvenida a la familia, Ava.

No pude evitar sonreír de vuelta, sintiendo una sensación de pertenencia que no había sentido en mucho tiempo.



Con el pasar de las semanas, los Merodeadores Nocturnos eran implacables en su acoso. Dejaban mensajes amenazantes garabateados en las paredes de nuestra casa club, dañaban nuestras motos e incluso seguían a algunos de nuestros miembros cuando salían en carreras. Estaba claro que intentaban intimidarnos, pero nos negábamos a retroceder.

Ted había convocado una reunión para discutir cómo podríamos protegernos mejor a nosotros mismos y a nuestra comunidad de la agresión de los Merodeadores Nocturnos. Hicimos una lluvia de ideas, desde instalar cámaras de vigilancia hasta organizar patrullas adicionales. Todos estábamos comprometidos a garantizar la seguridad de Los Hermanos de la Osera y de las personas a las que servíamos.

Después de la reunión, Alex y yo decidimos pasar la noche juntos en la casa club. Necesitábamos un descanso del estrés de la situación, y era la oportunidad perfecta para relajarnos y descansar en compañía del otro.

Comenzamos la velada jugando al billar, riéndonos y bromeando el uno con el otro mientras tomábamos turnos para disparar. Los fuertes brazos de Alex me envolvieron mientras me mostraba cómo sostener el taco correctamente, y no pude evitar estremecerme con su toque. Su cálido aliento me hacía cosquillas en el oído mientras susurraba consejos y palabras de aliento, enviando escalofríos por mi espina dorsal.

Más tarde, nos mudamos a la barra, donde compartimos algunas bebidas y una conversación profunda. Mientras hablábamos sobre la situación en curso con los Merodeadores Nocturnos, Cole y Chase se unieron a nosotros, sus expresiones serias.

—Estoy preocupada por ustedes dos —admití, dando un sorbo a mi bebida—. Últimamente han estado muy tensos, y no puedo evitar pensar que todo este asunto les está pasando factura.

Cole suspiró, frotándose las sienes.

—Sí, ha sido duro. Estamos haciendo todo lo posible para mantener a todos a salvo, pero estos bastardos son implacables. Es como si siempre estuvieran un paso por delante de nosotros.

Chase intervino, su voz tensa.

—Es cierto. Hemos estado trabajando sin descanso tratando de averiguar su próximo movimiento, pero es como perseguir sombras. Es frustrante como el infierno.

Alex asintió, su expresión seria.

—Necesitamos elaborar un plan sólido para poner fin a esto antes de que empeore. No quiero ver a nadie herido.

Pasamos las siguientes dos horas discutiendo posibles estrategias y compartiendo nuestras preocupaciones sobre la seguridad del club. Se lanzaron ideas, desde aumentar nuestras patrullas hasta tratar de reunir más información sobre los Merodeadores Nocturnos.

—Creo que deberíamos considerar contactar a algunos de nuestros conocidos en las fuerzas del orden —sugirió Chase—. Tal vez puedan ayudarnos a encontrar una manera de lidiar con estos tipos antes de que las cosas se agraven aún más.

Cole estuvo de acuerdo.

—Vale la pena intentarlo. No podemos seguir así, mirando constantemente por encima de nuestros hombros. No es bueno para el club, ni para la comunidad que estamos tratando de proteger.

Alex se inclinó hacia adelante, el ceño fruncido.

—¿Qué tal tratar de infiltrarnos en sus filas? Si podemos conseguir a alguien por dentro, tal vez podamos averiguar sus motivos y poner fin a esto.

Chase consideró la idea, entornando los ojos.

—Es arriesgado, pero podría ser nuestra mejor oportunidad. Si podemos encontrar a alguien en quien confíen, alguien que pueda mezclarse sin levantar sospechas, tal vez podamos reunir la información que necesitamos.

Cole bebió un trago de su bebida, haciendo una mueca.

—Pero ¿a quién enviaríamos? No podemos arriesgarnos a exponer a uno de los nuestros a esos desgraciados.

Continuamos debatiendo los pros y los contras de cada idea, tratando de encontrar el enfoque más efectivo para lidiar con los Merodeadores Nocturnos. Estaba claro que no había una solución perfecta, y cada opción conllevaba sus propios riesgos e incertidumbres.

A medida que avanzaba la noche, nuestra conversación comenzó a tomar un tono más sombrío. El peso de la situación se asentaba pesadamente sobre nuestros hombros, y era evidente que el estrés estaba pasando factura a todos. A pesar de nuestra determinación de proteger a Los Hermanos de la Osera y a la comunidad, la batalla aparentemente interminable contra los Merodeadores Nocturnos era agotadora.

Ava finalmente rompió el silencio, su voz suave pero firme. —Sé que es difícil, y sé que todos sentimos la presión. Pero no podemos dejar que los Merodeadores Nocturnos ganen. Todos hemos enfrentado adversidades antes, y siempre hemos salido victoriosos. Resolveremos esto, juntos.

Alex se inclinó sobre la mesa para agarrar mi mano, dándole un apretón reconfortante. —Ava tiene razón. Somos una familia, y haremos lo que sea necesario para mantenernos a salvo. Solo necesitamos permanecer unidos y enfocados.

Cole y Chase asintieron, sus expresiones resueltas. —Estamos contigo, pase lo que pase —afirmó Cole, su mirada inquebrantable—. Encontraremos una manera de poner fin a esto. Juntos.

Con una determinación renovada, continuamos discutiendo posibles estrategias hasta altas horas de la noche. Aunque el camino por delante era incierto, y los desafíos que enfrentábamos eran abrumadores, el vínculo inquebrantable entre los miembros de Los Hermanos de la Osera nos daba la fuerza y la esperanza que necesitábamos para enfrentar lo que se avecinaba.

A medida que la velada llegaba a su fin y nuestra conversación se desviaba gradualmente hacia temas más ligeros, todos compartimos un profundo sentido de camaradería y unidad. Aunque los Merodeadores Nocturnos seguían amenazando nuestra seguridad y bienestar, sabíamos que podíamos contar unos con otros para enfrentar cualquier desafío.

En los momentos tranquilos entre las discusiones, me encontré robando miradas a Alex, quien parecía estar haciendo lo mismo. Nuestros ojos se encontraron, y pasó un entendimiento silencioso entre nosotros. En medio del caos y la incertidumbre, habíamos encontrado consuelo y fuerza en los brazos del otro. Y mientras enfrentábamos las pruebas que se avecinaban, sabíamos

que nuestro amor sería nuestra mejor arma en la lucha contra los Merodeadores Nocturnos.

Capítulo 7

Alex

Mientras observaba a Ava desde el otro lado de la habitación, su risa llenando el aire, no pude evitar sonreír. Se había convertido en una parte tan importante de mi vida en tan poco tiempo, y me encontraba atraído hacia ella cada momento que pasábamos juntos.

Me acerqué a ella, y cuando levantó la mirada hacia mí, sus ojos verdes parecían brillar. —Hola, preciosa —bromeé—. Estaba pensando, ya que ambos estamos libres, ¿qué te parece si vamos a dar un paseo? Sólo tú y yo.

El rostro de Ava se iluminó ante la sugerencia, y ladeó la cabeza juguetonamente. —¿Oh, de verdad? ¿Me estás invitando a una cita, Alex? —preguntó con una sonrisa.

Me reí y me rasqué la nuca. —Bueno, no lo llamaría exactamente una cita, pero si te hace feliz pensarlo de esa manera, entonces claro —respondí, guiñándole un ojo.

Ella se rió y me dio un codazo juguetón en el hombro. —Está bien, tienes una cita. Vamos.

Nos preparamos, tomando nuestros cascos y chaquetas, y nos dirigimos al estacionamiento donde estaban nuestras motocicletas. Mientras me sentaba a horcajadas sobre mi elegante moto negra, miré hacia Ava, que ya se había montado en su propia motocicleta. La emoción en sus ojos era inconfundible, y no pude evitar sonreír en respuesta.

Partimos, el viento azotándonos mientras recorriamos los caminos sinuosos. El sol comenzaba a ponerse, bañando el paisaje con una cálida luz dorada mientras conducíamos uno al lado del otro. Era uno de esos momentos perfectos, donde el resto del mundo parecía desvanecerse, dejándonos solo a los dos y la carretera abierta.

Mientras continuábamos nuestro recorrido, divisé un pequeño sendero oculto que se desviaba de la carretera principal y se adentraba en el bosque. Intrigado, miré a Ava y le hice una señal para que me siguiera. Nos desviamos por el sendero, los árboles cerrándose a nuestro alrededor mientras nos adentrábamos más profundamente en el bosque.

Eventualmente, llegamos a un hermoso claro bañado por la cálida luz del sol poniente. La hierba era suave e invitante, y no pude evitar pensar que era el lugar perfecto para detenernos y disfrutar de la compañía del otro. Reduje la velocidad de mi moto hasta detenerla, y Ava hizo lo mismo, sus ojos tomándolo todo a su alrededor.

—Wow, Alex —dijo, su voz llena de asombro—. Este lugar es increíble. ¿Cómo lo encontraste?

Me reí, quitándome el casco y pasándome una mano por el cabello. —Honestamente, no sabía que estaba aquí. Pero me alegro de haberlo encontrado.

Desmontamos nuestras motos y caminamos hacia el centro del claro, la alta hierba susurrando

a nuestro alrededor. Ava se volvió hacia mí, sus ojos verdes brillando con calidez mientras extendía la mano y suavemente tocaba mi brazo.

—Gracias por encontrar esto, por traerme aquí —dijo suavemente, y pude ver la gratitud en sus ojos.

Sonreí y levanté la mano para acariciar suavemente un mechón de su ondulado cabello oscuro detrás de su oreja. —De nada, Ava. No puedo pensar en nadie más con quien preferiría compartir este momento.

La ternura en su mirada se profundizó, y se inclinó para acortar la distancia entre nosotros. Nuestros labios se encontraron, el beso lento y suave al principio, pero cobrando intensidad a medida que nuestra pasión se apoderaba de nosotros. Nuestras manos recorrieron los cuerpos del otro, la sensación de sus curvas bajo la punta de mis dedos volviéndome loco. Podía sentir el calor irradiando de ella, y sabía que ella también lo sentía.

Cuando nos separamos para tomar aire, Ava me miró a los ojos, su respiración agitada. —Alex —susurró—, te quiero.

Sus palabras enviaron un escalofrío por mi columna, y mi deseo por ella se intensificó. —¿Estás segura, Ava? —pregunté, queriendo estar seguro de que esto era realmente lo que ella quería.

Ella asintió, sus ojos clavados en los míos. —Nunca he estado más segura de algo en mi vida.

No pude resistirme más a ella. Cuidadosamente nos recostamos sobre la suave hierba, nuestros cuerpos apretados mientras continuábamos explorando el uno al otro con nuestras manos y labios. Nuestra ropa pronto se convirtió en una barrera no deseada, y nos deshicimos de ella sin vacilar, ansiosos por sentir la totalidad del toque del otro.

Mientras continuaba besando mi camino por su cuerpo, hice una pausa para admirar la belleza de su ombligo, hundiendo juguetonamente mi lengua en él antes de continuar mi viaje. Podía sentir la tensión acumulándose en su cuerpo, su deseo por mí evidente en cada respiración y movimiento. Su piel estaba enrojecida, el calor irradiando de ella como un faro, y me sentí atraído hacia él, mis manos y boca ansiosas por explorar cada centímetro de ella.

Acaricié la suave piel de sus muslos internos, mis dedos tentadoramente cerca de su núcleo, y sus caderas se arquearon ligeramente en respuesta. Sonreí, sintiendo una sensación de satisfacción al poder provocar tales reacciones en ella. Me tomé mi tiempo, deslizando lentamente mis dedos arriba y abajo por sus muslos, provocándola hasta que prácticamente se retorció debajo de mí.

Finalmente, regresé mi atención a sus pechos, la plenitud de ellos encajando perfectamente en mis manos mientras suavemente los apretaba y masajeaba. Me dediqué alternativamente a cada pezón con mi boca, alternando entre chupar, mordisquear y deslizar suavemente mi lengua sobre las sensibles protuberancias. Los gemidos de Ava se hicieron más fuertes, sus dedos apretándose en mi cabello mientras me acercaba más, instándome a continuar.

Cuando llegué a su núcleo, hice una pausa, mirándola y viendo el deseo escrito claramente en su rostro. Soplé un suave chorro de aire sobre sus sensibles pliegues, observando cómo su cuerpo se estremecía en respuesta, antes de presionar mis labios en ella con un suave y tierno beso. Tracé el contorno con mi lengua, explorándola lenta y deliberadamente, saboreando el gusto de su excitación.

Con cada lamida, podía sentir su cuerpo tensándose, los músculos de sus muslos temblando mientras se acercaba más al borde. Presioné mi lengua plana contra ella, aumentando la presión, y sus caderas se arquearon, un gemido ahogado escapando de sus labios. Animado por su respuesta, enfoqué mi atención en su clítoris, girando mi lengua a su alrededor antes de

suavemente succionarlo en mi boca.

Los gemidos de Ava se volvieron más urgentes, sus caderas ondulándose mientras buscaba aumentar la fricción entre nosotros. Presintiendo su inminente liberación, deslicé un dedo dentro de ella, curvándolo para alcanzar ese punto sensible en su interior. La combinación de mi dedo y lengua la hizo cruzar el borde, su cuerpo convulsionando en un poderoso orgasmo que la dejó sin aliento y agotada.

Mientras ella yacía allí, tratando de recuperar el aliento, me tomé un momento para admirar la forma en que la luz del sol se filtraba entre los árboles, proyectando un resplandor dorado sobre su piel. No pude evitar pensar que parecía una diosa, una visión de belleza y fortaleza que me dejaba maravillado.

Sintiendo un renovado deseo, me coloqué entre sus piernas, la cabeza de mi erección provocando su entrada. Encontré sus ojos, buscando su consentimiento, y ella me regaló una sonrisa lenta y sensual, envolviendo sus piernas alrededor de mi cintura y atrayéndome más cerca. Lentamente entré en ella, saboreando la sensación de su calidez envolviéndome, y ambos dejamos escapar un profundo gemido gutural.

Nuestros cuerpos se movían en perfecta armonía, a un ritmo lento y sensual, mientras nos deleitábamos en la conexión que compartíamos. Con cada embestida, podía sentir que nuestro vínculo se profundizaba, la confianza y el entendimiento mutuos creciendo cada vez más fuertes. Nuestros cuerpos estaban perlados de sudor, los sonidos de nuestra pasión haciendo eco en el claro mientras nos rendíamos a nuestros deseos.

A medida que nuestro ritmo comenzaba a acelerarse, alcancé el espacio entre nosotros para rodear su clítoris con mi pulgar, deseando brindarle aún más placer. Las uñas de Ava se clavaron en mi espalda, sus piernas apretándose a mi alrededor mientras sus gemidos se volvían más fuertes y urgentes. La visión de su placer, la sensación de su cuerpo apretándome tan fuertemente, era embriagadora, llevándome más cerca del límite con cada momento que pasaba.

Los ojos de Ava se clavaron en los míos, y pude ver el amor y la confianza brillando intensamente en ellos. Fue en ese momento cuando me di cuenta de cuán profundamente me importaba ella, de cuánto significaba para mí. Mi corazón se hinchó de emoción, y supe que haría cualquier cosa para protegerla, para mantenerla segura y feliz.

Nuestros cuerpos continuaron moviéndose juntos, la intensidad de nuestra pasión aumentando como una tormenta desatada. Podía sentir la familiar tensión en mi abdomen, señalando mi inminente liberación, pero estaba decidido a llevar a Ava a las cumbres del placer una vez más antes de permitirme sucumbir a mis propios deseos.

Mientras seguía penetrándola, aumenté la presión sobre su clítoris, decidido a llevarla conmigo. La respiración de Ava se volvió entrecortada, sus gemidos convirtiéndose en gritos agudos mientras su cuerpo se tensaba, preparándose para el clímax final. La visión de ella en tal estado de éxtasis fue suficiente para empujarme más allá del límite, y con una última y poderosa embestida, ambos caímos en el abismo del placer juntos.

Nuestros orgasmos sacudieron nuestros cuerpos, dejándonos jadeantes y temblorosos después. Me derrumbé sobre ella, nuestros cuerpos perlados de sudor y enredados como las raíces de los árboles que nos rodeaban. Yacimos allí por unos momentos, nuestra respiración lentamente volviendo a la normalidad, mientras disfrutábamos del resplandor posterior a nuestra pasión.

Suavemente salí de ella, rodando a un lado y atrayendo a Ava hacia mí. Yacíamos en el claro, la luz del sol salpicando nuestra piel a través de las hojas por encima, y supe que habíamos encontrado algo especial juntos. Nuestras experiencias compartidas, nuestros pasados, nos habían unido, pero era nuestro amor mutuo lo que nos llevaría hacia adelante.

Mientras yacíamos en el claro, con el sol comenzando lentamente su descenso tras los árboles, supe que este era el momento perfecto para compartir mi pasado con Ava. Nos habíamos conectado tan profundamente, y sentí que era importante que ella entendiera de dónde venía, las experiencias que me habían moldeado en el hombre que soy hoy.

—Ava —comencé, mi voz suave y vacilante—, hay algo que quiero compartir contigo. Sobre mi pasado, mi tiempo en las fuerzas especiales. Pude sentir que su cuerpo se tensaba ligeramente contra el mío, pero me miró con esos hermosos ojos verdes, llenos de amor y comprensión.

—Alex, sabes que puedes decirme cualquier cosa —respondió, su voz suave y alentadora.

Tomando una profunda respiración, comencé a contarle sobre mi tiempo en las fuerzas especiales. —Me uní a las fuerzas especiales después de unos años en el ejército. Quería desafiarme a mí mismo, ser lo mejor que pudiera ser, y sabía que las fuerzas especiales me llevarían a mis límites.

—¿Cómo fue el entrenamiento? —preguntó Ava, su curiosidad despertada.

—Fue lo más difícil que he hecho —admití—. Físicamente y mentalmente agotador. Nos entrenamos en todo tipo de entornos, desde el desierto hasta las montañas, aprendiendo técnicas avanzadas de combate y supervivencia.

Ava asintió, sus ojos llenos de comprensión. —Solo puedo imaginar por lo que pasaste. Recuerdo mi propio entrenamiento básico, y ese ya fue bastante duro.

Le sonreí, agradecido por su empatía. —Pero no eran solo los desafíos físicos. El aspecto mental era igual de importante. Tuvimos que aprender a pensar rápido, a tomar decisiones de vida o muerte bajo una presión extrema.

Ella extendió la mano para tocar la mía, sus dedos trazando las líneas de mi palma. —Debe haber sido tan difícil, Alex. El peso de esas decisiones, las vidas de las que eras responsable...

—Sí —suspiré, recordando algunos de los momentos más oscuros de mi pasado—. Hubo momentos en los que me pregunté si había tomado la decisión correcta, si podría vivir con las consecuencias de mis actos. Pero los lazos que formé con mis hermanos de armas, el sentido de propósito y camaradería, me ayudó a superar esos momentos difíciles.

Ava me miró con tanta ternura y amor, y pude ver la admiración en sus ojos. —Alex, ni siquiera puedo comenzar a entender todo por lo que has pasado, pero puedo ver la increíble fuerza y resiliencia que has ganado de tus experiencias. Y está claro cuánto te importan las personas con las que serviste.

Asentí, sintiendo una oleada de gratitud por su comprensión. —Gracias, Ava. Significa mucho para mí que puedas ver eso. Y ahora, siendo parte de Los Hermanos de la Osera, he encontrado un nuevo sentido de propósito, una nueva familia.

Ava sonrió suavemente. —Me alegro tanto de que lo hayas encontrado, Alex. Y estoy agradecida de ser parte de eso también. Nuestras experiencias compartidas, nuestro tiempo en el ejército, nos ha unido de una manera que nunca esperé.

La atraje más hacia mí, envolviendo mis brazos a su alrededor y hundiendo mi rostro en su suave cabello. —Ava, me has dado algo que nunca pensé que tendría de nuevo: una razón para confiar, una razón para tener esperanza. Nuestras experiencias compartidas nos han unido, y sé que juntos podemos enfrentar cualquier cosa.

Mientras yacíamos allí, nuestros cuerpos entrelazados, supe que nuestro vínculo se había fortalecido por nuestros pasados compartidos, por nuestra comprensión mutua de las luchas y los triunfos del otro. Habíamos encontrado consuelo y amor el uno en el otro, y estaba más seguro que nunca de que estábamos destinados a estar juntos, a enfrentar los desafíos de la vida codo a codo.

Capítulo 8

Ava

Había sido un día largo, y lo único que quería era compartir unas copas con Alex en la casa club. Esperaba que nos ayudara a relajarnos y a despejar nuestras mentes de los desafíos que habíamos enfrentado últimamente. Cuando entramos en la habitación tenuemente iluminada, pude percibir que el ambiente era diferente, que algo no andaba bien. Miré a Alex, y parecía sentirlo también.

Nos acercamos a la barra, donde encontramos a Van Cleef tomando una cerveza. —Hola, chicos —nos saludó con una sonrisa forzada—. Tal vez quieran tomar una copa. Tenemos una situación.

Alcé una ceja, con la curiosidad despertada. —¿Qué está pasando?

Van Cleef suspiró, dando un trago a su cerveza antes de responder. —Los Merodeadores Nocturnos propusieron una tregua. Pero hay una condición: quieren nuestra ayuda para un atraco.

El agarre de Alex sobre mi mano se tensó, y pude sentir la tensión que irradiaba. Tomé una respiración profunda, tratando de calmar mis nervios. Esto era inesperado y podría poner a Los Hermanos de la Osera en una situación precaria.

Mientras nos sentábamos con nuestras bebidas, el resto de los miembros del club comenzaron a entrar en la casa club, discutiendo la propuesta de Los Merodeadores Nocturnos. Las opiniones estaban divididas, y la habitación zumbaba con tensión mientras los miembros discutían si aceptar o no la oferta.

Sid gruñó: —No me fío de ellos ni un poco. Probablemente sea una trampa.

Maddie, su esposa, contraatacó: —Pero si hay una oportunidad de paz, ¿no deberíamos al menos considerarla?

Cole intervino, su voz era severa: —Necesitamos pensarlo detenidamente. No podemos simplemente lanzarnos a algo así sin considerar las consecuencias.

Dylan, la pareja de Cole, añadió: —Ya hemos perdido demasiado en esta guerra. Si hay una oportunidad de terminarla, al menos debemos escucharlos.

El ir y venir de opiniones continuó, mientras Alex y yo permanecíamos mayormente en silencio, tratando de procesar la situación. Podía darme cuenta de que esta decisión pesaba mucho sobre Alex, y sabía que pondría a prueba nuestra relación. ¿Sería nuestro vínculo lo suficientemente fuerte para resistir este desafío?

Chase, inclinado hacia delante, su expresión seria. —Miren, sé que no confiamos en los Merodeadores Nocturnos, pero no podemos darnos el lujo de bajar la guardia. Necesitamos

pensar estratégicamente aquí.

Tara, la novia de Chase, asintió de acuerdo. —Tenemos que ser inteligentes con esto. Si vamos a considerar su propuesta, necesitamos tener un plan para protegernos.

Cruzamos miradas, y Alex extendió la mano para apretar la mía. —Ava, ¿qué piensas? —preguntó en voz baja, buscando mi opinión.

Vacilé antes de responder, mi voz temblorosa —Yo... No lo sé, Alex. Tengo miedo. ¿Y si esto es una trampa y estamos cayendo directamente en ella?

Alex asintió, sus ojos llenos de una mezcla de preocupación y determinación. —Entiendo tus miedos, Ava. Pero no puedo evitar pensar en la posibilidad de poner fin a esta violencia. Me preocupa tu seguridad, y no puedo soportar la idea de perderte.

Finalmente, Ted tomó la palabra, su voz captando la atención del salón. —Muy bien, todos. Todos hemos expuesto nuestros puntos. Durmámoslo, y nos reuniremos mañana para tomar una decisión.

Después de que la reunión concluyó, Alex y yo encontramos un rincón tranquilo del club para continuar nuestra discusión.

—Ava, sé que tienes miedo —dijo Alex, sus ojos azules llenos de preocupación—. Yo también. Pero si podemos ayudar a poner fin a esta violencia, ¿no vale la pena considerarlo?

Me mordí el labio, luchando por encontrar las palabras adecuadas. —Entiendo de dónde vienes, Alex. De verdad lo hago. Pero los Merodeadores Nocturnos no nos han dado razones para confiar en ellos. Podríamos estar cayendo en una trampa, y no quiero correr el riesgo de perderte a ti o a alguien más del club.

Alex pasó una mano por su cabello corto, la frustración evidente en su rostro. —Lo sé, Ava. Lo sé. Pero si no intentamos al menos encontrar una solución, la violencia nunca terminará. Y el pensamiento de que estés en peligro por este conflicto interminable... me aterra.

Pasamos el resto de la noche discutiendo los pros y los contras del atraco, nuestras voces apenas audibles por encima del distante zumbido del club. Ninguno de los dos pudo encontrar una solución clara, y cuando finalmente nos quedamos dormidos en los brazos del otro, la decisión aún se cernía sobre nosotros.



A la mañana siguiente, el sol apenas asomaba por el horizonte cuando los miembros de Los Hermanos de la Osera se reunieron una vez más para discutir la propuesta de los Merodeadores Nocturnos. Me senté junto a Alex, apretando su mano con fuerza, mi corazón latiendo con fuerza en mi pecho.

Ted se aclaró la garganta, captando nuevamente la atención del salón. —Muy bien, todos. Tuvimos una noche para pensarlo. Es hora de tomar una decisión. ¿Qué hacemos con la oferta de los Merodeadores Nocturnos?

La sala estalló en una cacofonía de voces mientras los miembros comenzaban a expresar sus opiniones. Algunos estaban a favor de considerar la tregua, mientras que otros se oponían rotundamente, desconfiando aún de las intenciones de los Merodeadores Nocturnos.

Wilson ofreció su opinión. —Creo que deberíamos considerar su oferta, pero necesitamos ser cautelosos. No podemos darnos el lujo de bajar la guardia.

Van Cleef asintió con la cabeza. —Deberíamos escuchar lo que tienen que decir, pero siempre estar preparados para cualquier cosa. La confianza se gana, no se regala.

Cindy intervino desde la parte trasera de la sala, con voz ligeramente temblorosa. —Me preocupa lo que podría pasar, pero si hay una oportunidad para la paz, creo que deberíamos tomarla.

Cole gruñó mientras cruzaba los brazos. —No me gusta, pero si pondrá fin al derramamiento de sangre, me uniré. Pero más vale que tengamos mucho cuidado.

Sid miró a Maddie antes de hablar. —No confío en esos Merodeadores Nocturnos, pero si podemos encontrar una manera de asegurar nuestra seguridad y detener esta lucha sin sentido, podría valer la pena el riesgo.

El debate continuó durante un buen rato, con los miembros compartiendo sus preocupaciones y discutiendo las posibles consecuencias de su decisión. Alex tomó la palabra, con voz firme y resuelta. —No podemos seguir viviendo con miedo. Si hay una oportunidad de poner fin a esta guerra y proteger a nuestros seres queridos, nos lo debemos a nosotros mismos y a nuestros hermanos y hermanas.

A medida que continuaba la conversación, se hizo evidente que la mayoría de los miembros del club se inclinaban por aceptar la propuesta de los Merodeadores Nocturnos, a pesar de sus dudas. Miré a mi alrededor, observando los rostros de aquellos a quienes había llegado a considerar familia. La decisión de llevar a cabo el atraco no era fácil, pero parecía ser la única opción que nos quedaba.

Finalmente, Ted levantó la mano, callando la sala. —Está claro que todos estamos en la misma sintonía. Seguiremos adelante con el atraco, pero lo haremos a nuestra manera. Seremos cautelosos y estaremos preparados para cualquier cosa. La seguridad de nuestra familia es lo primero.

Un murmullo de acuerdo se extendió por la sala y, a pesar de la incertidumbre que se avecinaba, un sentido de unidad llenó el aire. Enfrentaríamos este desafío juntos, como hermanos.

A medida que el reloj se acercaba al inicio de mi turno en el bar, los miembros del club comenzaron a dispersarse, con sus mentes puestas en la formidable tarea que se avecinaba. El camino por delante era incierto, pero juntos, enfrentaríamos cualquier desafío que se presentara.

Capítulo 9

Ava

Cuando Los Hermanos de la Osera aceptaron de mala gana ayudar a los Night Prowlers por el bien de la paz, sentí la necesidad de alejarme del caos. Decidí hablar con Maddie, Dylan y Tara. Encontramos un rincón tranquilo en el club y les conté mis inquietudes por la tregua inestable entre los clubes rivales.

—No puedo creer que vayamos a seguir con esto —dije, con voz cargada de preocupación—. Los Night Prowlers son despiadados. No puedo evitar sentir que estamos cayendo en una trampa.

Maddie me puso una mano reconfortante en el hombro.

—Sé que es aterrador, Ava, pero tenemos que confiar en nuestros hermanos y hermanas. Estamos todos juntos en esto. Además, Ted y los demás no lo habrían aceptado si no creyeran que era la mejor opción.

Dylan intervino con su manera directa de ser.

—Ava, seremos cautelosos y estaremos preparados para cualquier cosa. Tenemos que darle una oportunidad si significa poner fin a este derramamiento de sangre. Y tú sabes tan bien como cualquiera que Los Hermanos de la Osera pueden manejar situaciones difíciles.

Tara, siempre la voz de la razón, añadió:

—Además, te tenemos a ti y sabes que Alex hará todo lo posible por protegerte a ti y al club.

—Tienes razón —suspiré, tratando de encontrar consuelo en sus palabras—. Simplemente no puedo quitarme esta sensación de inquietud. Espero estar equivocada.

Maddie me dedicó una sonrisa tranquilizadora.

—Todos tenemos nuestras reservas, pero a veces tenemos que correr riesgos por el bien mayor. Es parte de pertenecer a Los Hermanos de la Osera.

Mientras hablábamos, me iba acercando más a Maddie, Dylan y Tara, agradecida por su amistad y apoyo. Escucharon mis preocupaciones y ofrecieron sus propias ideas, ayudándome a navegar las complejas emociones que conlleva formar parte de Los Hermanos de la Osera.

—Entonces, ¿cómo va todo con Alex? —preguntó Maddie con una sonrisa pícara.

Al mencionar el nombre de Alex, mis mejillas se sonrojaron levemente y la conversación tomó otro rumbo. Las otras mujeres intercambiaron miradas cómplices, claramente ansiosas por hablar de mi incipiente relación con él.

Vacilé un momento antes de admitir:

—Es increíble. Nunca pensé que me sentiría así por nadie, especialmente después de todo lo que he pasado. Pero él es tan diferente de cualquier otra persona que haya conocido.

Dylan asintió con una sonrisa comprensiva.

—Es un buen hombre, Ava. Ustedes dos se merecen el uno al otro. Y es genial ver que ambos son tan felices.

Tara se inclinó con los ojos brillantes de curiosidad. —¿Entonces, ustedes dos, ya saben, han dado el siguiente paso?

Mordí mi labio, dudando antes de responder. —Sí, lo hemos hecho. Y ha sido... increíble.

Maddie sonrió, claramente emocionada por mí. —¡Eso es fantástico, Ava! Todas estamos muy felices por ti. Y era hora de que tuvieras algo de felicidad en tu vida.

Dylan estuvo de acuerdo, su expresión se suavizó. —Recuerda, Ava, estamos aquí para ti. Si alguna vez necesitas hablar o desahogarte, no dudes en acudir a nosotras.

—Gracias, chicas —dije, sintiéndome genuinamente conmovida por su apoyo.

Entonces Tara decidió compartir algunas de sus propias experiencias. —Chase y yo tuvimos un comienzo difícil, ya sabes, con nuestros trabajos y todo eso. Pero lo hicimos funcionar. El amor puede superar muchos obstáculos, y parece que tú y Alex son la prueba de eso.

Maddie intervino: —Sid y yo también tuvimos nuestro buen número de desafíos, pero los superamos. La comunicación es clave, Ava. Solo recuerda ser siempre honesta con Alex sobre tus sentimientos, y estoy segura de que ustedes dos estarán bien.

Mientras continuaba nuestra conversación, compartimos más historias personales y consejos sobre nuestras relaciones. El vínculo entre las mujeres de Los Hermanos de la Osera se hizo cada vez más fuerte, y me sentí agradecida de estar rodeada de amigas tan cariñosas y comprensivas.



Más tarde esa noche, Alex me invitó a su apartamento a cenar. La cálida luz de las velas y el delicioso aroma de la comida casera que había preparado me hicieron sentir a gusto a pesar de mis persistentes preocupaciones sobre la alianza con los Merodeadores Nocturnos.

Mientras nos sentábamos a comer, decidí compartir mis inquietudes con Alex. —Aún no estoy segura de esto de la tregua, Alex. Se siente tan... peligroso.

Él asintió, sus ojos azules llenos de comprensión. —Lo sé, Ava. Yo también tengo mis reservas. Pero confío en el juicio de Ted, y creo que podremos manejar lo que venga.

Suspiré, mirando mi plato. —Confío en ti, Alex. Es solo que no puedo evitar tener miedo.

Alex se estiró a través de la mesa, tomando mi mano entre las suyas. —Haré todo lo que esté a mi alcance para protegerte a ti y al club, Ava. Lo sabes.

—Lo sé —susurré, encontrando su mirada. —Gracias, Alex.

A medida que avanzaba la noche, nuestra conversación se tornó hacia temas más ligeros, y me encontré enamorándome aún más profundamente de Alex. Su risa, su sonrisa y la forma en que me miraba me hicieron sentir valorada y apreciada de una manera que nunca pensé posible.

Después de la cena, nos retiramos a la sala de estar, donde Alex me atrajo hacia sus brazos. Mientras me besaba, sentí que mis preocupaciones sobre los Merodeadores Nocturnos y la tregua se desvanecían. En ese momento, todo lo que importaba era la conexión entre nosotros.

Nuestra pasión creció, y nos encontramos enredados en el sofá, explorando los cuerpos del otro con manos ansiosas y bocas hambrientas. Cuando Alex trazó besos por mi cuello, sentí un escalofrío de anticipación recorriéndome la espina dorsal. La pasión entre nosotros era eléctrica, y no pude evitar perderme en la intensidad de nuestra conexión.

Mientras nuestros besos se tornaban más profundos y apasionados, sentí un repentino deseo de explorar el cuerpo de Alex de una manera más íntima. Llevé mis manos a su cintura,

empujándolo suavemente sobre el sofá. Sus ojos se clavaron en los míos, llenos de una mezcla de sorpresa y deseo.

Lentamente, dejé un rastro de besos por su pecho y abdomen, deteniéndome para tentar su piel con mi lengua. Podía sentir sus músculos tensarse bajo mi toque, y el sonido de sus graves gemidos me incitaba a continuar. Mis manos rozaron la cintura de sus bóxers, y pude sentir su longitud endurecida debajo de la tela.

Alcé la mirada hacia él, nuestros ojos conectados mientras enganchaba mis dedos en la cintura y deslizaba sus bóxers por sus piernas, revelando su excitación. La vista de él hizo que mi corazón se acelerara, y mi deseo por él se intensificó. Deposité un tierno beso en la punta de su longitud, saboreando el toque salado mientras su respiración se entrecortaba en respuesta.

Con mi mano firmemente envuelta alrededor de la base, lo tomé en mi boca, pulgada a pulgada lenta. Podía sentir su calor en mi lengua, y su peso mientras lo tomaba más profundamente. Los dedos de Alex se enredaron en mi cabello, su agarre se apretó mientras comencé a mover mi cabeza en un lento ritmo.

Lo miré hacia arriba, y la visión de su rostro ruborizado y la lujuria en sus ojos me provocó un escalofrío. Me concentré en la tarea que tenía entre manos, haciendo girar mi lengua a su alrededor, aplicando una suave succión mientras lo tomaba más profundamente. Los gemidos de Alex se hicieron más fuertes, y su agarre en mi cabello se apretó mientras continuaba complaciéndolo.

Mientras movía mi boca arriba y abajo por su longitud, sentí un sentido de orgullo y satisfacción al saber que era yo quien le brindaba este placer. Sus manos guiaban mis movimientos, instándome a tomarlo más profundo y más rápido. Nuestra conexión se fortaleció mientras me dedicaba a su placer, sintiendo su cuerpo tensarse y estremecerse en respuesta a mi toque.

Justo cuando sentí que Alex estaba cerca del borde, me apartó suavemente de él, con una mirada de amor y adoración en sus ojos, susurró —Quiero sentirte por completo—, su voz espesa de deseo. Asentí de acuerdo, con el corazón latiéndome con anticipación por lo que estaba por venir.

Cambió de posición en el sofá, sentándose erguido y palmeando sus muslos, invitándome a montarlo a horcajadas. Me moví para trepar sobre él, sintiendo una nueva sensación de confianza y deseo de tomar el control. Mientras me posicionaba sobre él, pude sentir la punta de su erección tentando mi entrada, haciendo que mi respiración se entrecortara en anticipación.

—¿Estás lista, cariño? —preguntó Alex, su voz ronca y llena de lujuria.

—Sí —exhalé, mi cuerpo anhelándolo.

Lentamente me deslicé sobre él, sintiendo su longitud llenándome pulgada a pulgada, y ambos dejamos escapar profundos y guturales gemidos de placer. La sensación era exquisita, y me tomé un momento para saborear la sensación de estar tan íntimamente conectada con Alex.

Nuestros ojos se trabaron, y comencé a balancear mis caderas lentamente, sintiendo la deliciosa fricción mientras me movía contra él. Las manos de Alex se deslizaron por mis costados y tomaron mis senos, amasándolos suavemente mientras sus pulgares rozaban mis sensibles pezones. La sensación envió escalofríos por mi espina dorsal, y no pude evitar dejar escapar un suave gemido.

—Te sientes increíble, Ava —susurró, su voz tensa de deseo.

Alentada por sus palabras, aumenté el ritmo de mis movimientos, frotándome contra él y provocando más gemidos y jadeos de ambos. Nuestras respiraciones se hicieron más pesadas, puntuadas por suspiros y exhalaciones mientras nuestros cuerpos se movían juntos, consumidos

por nuestra pasión.

Mientras continuaba cabalgándolo, nuestros movimientos volviéndose más urgentes, pude sentir los primeros temblores de placer comenzando a acumularse dentro de mí. Mi aliento se entrecortó y presioné mis manos contra su fuerte pecho para apoyarme, mis uñas hundiéndose en su carne mientras intentaba contener mi clímax.

Pero fue inútil. Mi cuerpo me traicionó, y me sentí desmoronarme alrededor de él, una ola de éxtasis invadiéndome, y grité su nombre, mi voz ronca de emoción. Los brazos de Alex me envolvieron, manteniéndome cerca mientras cabalgaba las réplicas de mi orgasmo.

Apoyé mi frente contra la suya, nuestras respiraciones entremezclándose mientras recuperábamos el aliento, pero estaba lejos de haber terminado. Crucé miradas con él, un destello decidido en mi mirada, y susurré: —Quiero más—.

Los ojos de Alex se abrieron con sorpresa, pero el fulgor lujurioso en sus ojos me dijo que estaba más que dispuesto. Comencé a mover mis caderas de nuevo, construyendo un ritmo constante mientras me enfocaba en las sensaciones que recorrían mi cuerpo.

Mis manos vagaron por su pecho, trazando los contornos de sus músculos y los tatuajes que adornaban su piel, cada toque enviando oleadas de placer a través de mí. Mientras encontraba el ángulo perfecto, sentí que el hilo del placer dentro de mí comenzaba a tensarse nuevamente, y supe que estaba cerca de otro clímax.

Esta vez, sin embargo, estaba decidida a llevar a Alex conmigo. Me incliné hacia adelante, presionando mis senos contra su rostro, y él capturó ansiosamente uno de mis pezones en su boca, su lengua lamiéndolo y provocándolo. La combinación de su boca en mi seno y la sensación de tenerlo dentro de mí era casi abrumadora, y pude sentir cómo mi cuerpo respondía con creciente intensidad.

Con cada movimiento, cada embestida, nuestra pasión se intensificaba, y pude sentir que me acercaba al borde una vez más. Mis gemidos se hicieron más fuertes y desesperados, mi cuerpo temblando con el esfuerzo de contener mi liberación.

—Alex, estoy tan cerca —jadeé, mi voz apenas un susurro.

—Yo también, Ava —respondió, su voz espesa de excitación.

Decidida a alcanzar nuestro punto máximo juntos, aumenté el ritmo, mi cuerpo temblando de necesidad. Alex continuó prestando atención a mis senos, alternando entre ellos mientras chupaba, lamía y mordisqueaba mis sensibles pezones.

La habitación se llenó con los sonidos de nuestros gemidos, nuestras respiraciones y los húmedos sonidos de nuestros cuerpos colisionando. El hilo dentro de mí se tensó aún más, y supe que no podía contenerme por más tiempo.

Con un grito final y desesperado, alcancé mi clímax nuevamente, mi cuerpo convulsionando alrededor de Alex mientras el placer me invadía. La sensación lo empujó al borde también, y gruñó mi nombre mientras se liberaba dentro de mí, nuestros cuerpos estremeciéndose juntos en las convulsiones del éxtasis.

Nos abrazamos con fuerza, nuestros cuerpos perlados de sudor y aún temblando por la intensidad de nuestro encuentro amoroso. Mientras nuestras respiraciones comenzaron a calmarse y nuestros latidos volvían a la normalidad, presioné mis labios contra los suyos en un beso suave y tierno.

Nos quedamos así por lo que pareció una eternidad, envueltos en los brazos del otro y disfrutando del resplandor de nuestro apasionado encuentro. Fue un momento que nunca quise que terminara, un testimonio de la poderosa conexión que compartimos y una promesa del amor que estaba creciendo entre nosotros.

Capítulo 10

Ava

Caminaba hacia mi motocicleta después del trabajo, ansiosa por llegar a casa y relajarme tras un largo día. Era tarde por la noche, y el garito de Los Hermanos de la Osera estaba inusualmente silencioso, con la mayoría de los moteros habiendo partido ya. Mientras me acercaba a mi moto, sentí un escalofrío en la nuca. Era como si alguien me estuviera observando, y no podía deshacerme de esa sensación. Rápidamente examiné la zona, pero no vi a nadie. Achacándolo a mi imaginación hiperactiva, seguí hacia mi motocicleta.

Al llegar a mi moto, noté una figura rondando por allí. Mi corazón se aceleró al reconocerlo. Era Derek, un ex novio de mi época en el ejército. Se había obsesionado conmigo, hasta el punto de que se había vuelto incómodo y peligroso. No lo había visto en años, pero el solo pensamiento de él me seguía provocando escalofríos.

—¿Qué haces aquí, Derek? —pregunté, tratando de mantener la voz firme y calmada.

Él esbozó una mueca burlona, sus ojos oscuros llenos de una intensidad inquietante.

—Te he estado vigilando, Ava. Te he echado de menos.

Tragué saliva, con la mente acelerada mientras trataba de averiguar cómo manejar la situación. Sabía que tenía que mantener la compostura, pero mi corazón latía con fuerza en mi pecho.

—Déjame en paz, Derek. Se terminó. Se terminó hace años —le dije con firmeza, negándome a dejar que me intimidara.

Se apartó de mi motocicleta y se acercó a mí, su rostro a centímetros del mío.

—Tú no decides eso —susurró amenazante—. Me perteneces, Ava. Siempre ha sido así y siempre lo será.

Apreté los puños, tratando de controlar mi ira y mi miedo.

—No, Derek. Nunca te he pertenecido, y nunca lo haré. Lo que tuvimos quedó en el pasado, y ahora no quiero tener nada que ver contigo.

Derek se rio oscuramente.

—¿Aún crees que tienes opción, verdad? Eres tan ingenua. Crees que puedes abandonarme, pero no puedes. Siempre serás mía, y haré lo que sea necesario para que lo entiendas.

Sintiéndome acorralada y amenazada, decidí mantener mi postura.

—Estás equivocado, Derek. No le pertenezco a nadie más que a mí misma. Y si no me dejas en paz, no dudaré en defenderme.

Su mirada se estrechó, y el aire a nuestro alrededor pareció enfriarse.

—¿Ah, sí? —desafió, con voz baja y peligrosa.

Antes de que pudiera reaccionar, me agarró el brazo con fuerza, como una tenaza. Intenté

liberarme, pero me sujetó con fuerza, haciéndome gritar de dolor. Negándome a ser una víctima, utilicé la mano libre para golpearlo en la cara, esperando poder romper su agarre. Pero Derek solo apretó más su presa, haciéndome gemir.

El sonido de mi angustia resonó en el vacío aparcamiento, atrayendo la atención de Alex y Cole, que habían estado dentro del garito.

—¿Qué está pasando aquí? —exigió saber Alex, con voz gélida e inflexible mientras se acercaba apresuradamente.

La expresión de Derek cambió de amenazante a defensiva.

—Esto es entre Ava y yo. No se metan.

Cole resopló, cruzando los brazos.

—No lo creo, amigo.

Pude ver la tensión en el cuerpo de Alex mientras se acercaba más a Derek.

—Suéltala. Ella no quiere tener nada que ver contigo —advirtió, con tono letal.

Derek titubeó un momento, con los ojos revoloteando entre yo y los dos hombres que habían acudido a mi rescate. Finalmente, soltó mi brazo y retrocedió.

—Estaré vigilándote, Ava —advirtió Derek mientras se retiraba, sin apartar la mirada de mí—. No puedes huir de mí eternamente.

Me froté el dolorido brazo, intentando ignorar el miedo y la ira que me invadían. Alex y Cole se movieron para interponerse entre Derek y yo, con sus posturas protectoras dejando claro que no permitirían que me hiciera daño.

—Lárgate de aquí —ordenó Alex con voz acerada—. Si alguna vez te veo cerca de Ava otra vez, no dudaré en darte una lección.

Derek nos fulminó con la mirada un momento más antes de finalmente darse la vuelta y perderse en la oscuridad. La adrenalina que había estado bombeando a través de mí comenzó a dispersarse, dejándome con una sensación de vulnerabilidad y desasosiego.

—¿Estás bien, Ava? —preguntó Cole con voz preocupada mientras se volvía hacia mí.

Asentí, pero mi voz tembló al hablar.

—Sí, eso creo. Gracias por intervenir. No sé qué habría hecho si no hubierais estado aquí.

—Tienes nuestro respaldo, Ava —me aseguró Alex, con sus ojos azules llenos de fiera protección—. Nadie se mete con una de las nuestras.

Sonreí débilmente, agradecida por su apoyo.

—Lo aprecio. No sé cómo me encontré, pero no quiero que esté cerca de mí.

—Nos aseguraremos de que no vuelva —prometió Cole con expresión endurecida—. No tienes que preocuparte por él.

Alex colocó una mano gentil sobre mi hombro, su tacto reconfortante y tranquilizador.

—Vamos, entremos. No debes estar sola ahora.

Los seguí de vuelta al clubhouse, con el corazón aún latiéndome acelerado por el enfrentamiento. Al entrar en aquel espacio cálido y familiar, me di cuenta de cuánto había llegado a depender de Los Hermanos de la Osera. Eran más que amigos, eran mi familia, y sabía que harían lo que fuera necesario para mantenerme a salvo.

Aquella noche, mientras yacía en la cama, no pude evitar pensar en Derek y el peligro que representaba. Pero a pesar de mi miedo, sabía que con Alex y el resto de Los Hermanos de la Osera a mi lado, nunca estaría sola para enfrentarme a él.

Capítulo 11

Alex

No podía evitar sentirme intranquilo mientras Los Hermanos de la Osera y los Merodeadores Nocturnos se reunían alrededor de la mesa, discutiendo los detalles del atraco que estábamos planeando. No era común que nos involucráramos en algo tan arriesgado, pero teníamos nuestras razones, y no podíamos echarnos atrás ahora.

Ava estaba a mi lado, sus ojos verdes llenos de preocupación mientras escuchaba a Ted y al líder de los Merodeadores Nocturnos, Razor, discutiendo el plan. Sabía que ella sentía las mismas dudas que yo, pero teníamos que ser fuertes por el bien de nuestros amigos y familiares.

—Muy bien, repasemos el plan una vez más —dijo Ted, señalando el plano extendido sobre la mesa—. El objetivo es un almacén lleno de electrónica de alta gama. Lo asaltaremos durante el cambio de turno, cuando la seguridad está más débil.

Razor asintió con aprobación. —Tenemos una pequeña ventana de oportunidad. Necesitamos entrar y salir en treinta minutos como máximo. Cualquier demora más allá de eso y corremos el riesgo de ser atrapados.

Wilson intervino: —Necesitaremos dividirnos en equipos. Un equipo se encargará de la entrada y la seguridad, mientras que el otro equipo se ocupará del atraco en sí.

Sid sugirió: —Cole puede liderar el equipo de seguridad. Tiene la experiencia y el conocimiento para mantener todo bajo control.

Razor me miró a mí y a Ava. —Ustedes dos son nuestra mejor opción para el trabajo interno. Alex, tu entrenamiento en fuerzas especiales será muy útil, y Ava, tus habilidades de combate son invaluable. ¿Están dispuestos para esto?

Miré a Ava y ella me dio un leve asentimiento. —Estamos dentro —confirmé, mi voz firme a pesar del nudo de ansiedad que se formaba en mi estómago.

Ted continuó: —Necesitaremos a algunas personas más en el interior para ayudar a cargar la mercancía en los camiones. Chase y Tara, ustedes están adentro.

Chase asintió, su rostro mostrando una expresión resuelta. —No los decepcionaremos.

Maddie, quien había estado escuchando atentamente, levantó la mano. —¿Qué hay de mí? Puedo ayudar con los vehículos de escape.

Ted sonrió con aprobación. —Buena idea, Maddie. Tú y Van Cleef se encargarán de eso.

Razor tomó una respiración profunda antes de exponer los detalles finales. —Una vez que tengamos todo cargado, nos reuniremos en el punto de encuentro designado, y a partir de ahí, tomaremos la mercancía. Es importante que nos apeguemos al plan y mantengamos abiertas las líneas de comunicación.

Mientras continuábamos discutiendo los detalles y puliendo el plan, no podía evitar lanzar miradas furtivas a Ava. Ella era tan fuerte y valiente, y no podía dejar de admirar su resistencia. Pero también sabía que estaba preocupada por aquello en lo que nos estábamos metiendo.

Después de que la reunión terminó, Ava y yo nos encontramos solos en un rincón tranquilo del club. La tensión entre nosotros había ido aumentando en los últimos días, y mientras estábamos ahí, a centímetros de distancia, podía sentir que alcanzaba un punto crítico. No pude evitar extender la mano y acomodar suavemente un mechón rebelde de su cabello oscuro detrás de su oreja. Nuestras miradas se cruzaron, y por un momento, el mundo que nos rodeaba pareció desvanecerse.

El aliento de Ava se entrecortó, y ella cerró la distancia entre nosotros, presionando sus suaves labios contra los míos. El beso fue tierno y lleno de emoción contenida. La abracé, atrayéndola más hacia mí, deleitándome en la calidez y el consuelo que ella me brindaba en esos tiempos tan inciertos.

Nos separamos a regañadientes, nuestras frentes descansando una contra la otra mientras recuperábamos el aliento. Pude ver la preocupación en sus ojos, y supe que teníamos que abordar el problema que nos había estado atormentando a ambos.

—Ava —dije suavemente—, sé que ambos tenemos nuestras dudas sobre este atraco, pero necesito saber que estarás conmigo, pase lo que pase.

Ella asintió, con determinación brillando en sus ojos. —Por supuesto, Alex. Permaneceremos juntos. Como siempre, cuidaré tu espalda y tú cuida la mía.

No pude evitar sonreír, agradecido por su apoyo inquebrantable. —Muy bien, entonces. Asegurémonos de entender nuestros roles en este atraco. Vigilaré a los Merodeadores Nocturnos mientras tú te encargas del sistema de seguridad.

Asintió nuevamente, su expresión seria. —Entendido. Y una vez que estemos dentro, mantendremos el contacto para saber lo que está sucediendo en todo momento.

Nuestra conversación sobre el atraco nos llevó naturalmente al tema que nos había estado atormentando a ambos. —Ava, sobre Derek... —comencé vacilante, sin saber cómo poner mis pensamientos en palabras.

Ella asintió, sus ojos llenos de una mezcla de miedo y determinación. —Lo sé, Alex. Tampoco puedo dejar de pensar en él. El hecho de que ahora me acose... es aterrador. Pero no podemos permitir que controle nuestras vidas. Lidiaremos con él, juntos.

Reforcé mi abrazo, agradecido por su apoyo y fortaleza. —Tienes razón. Simplemente no puedo quitarme esta sensación de que aún no ha terminado con nosotros. Necesitamos mantenernos alerta, protegernos mutuamente.

Ava sonrió suavemente, sus ojos verdes llenos de amor y lealtad. —Siempre cuidamos la espalda del otro, Alex. Eso es lo que nos hace fuertes. Enfrentaremos lo que venga, juntos.

Capítulo 12

Ava

La noche del atraco había llegado, y la tensión en el aire era palpable. Los Hermanos de la Osera y los Merodeadores Nocturnos estaban vestidos de negro, sus rostros cubiertos por máscaras para proteger sus identidades. El almacén al que apuntábamos se alzaba a lo lejos, un faro de tentación y peligro.

Mientras nos reuníamos alrededor de los camiones, no pude evitar echar un vistazo a Alex. Parecía todo un líder intrépido, con sus hombros anchos llenos de determinación. Nuestras miradas se cruzaron por un momento, y él me hizo un gesto tranquilizador, sus ojos azules llenos de una promesa silenciosa de mantenerme a salvo.

El atraco comenzó según lo planeado, con el equipo de Cole desactivando expertamente las cámaras de seguridad y creando una entrada segura para nosotros. Alex y yo, junto con Chase y Tara, nos abrimos paso sigilosamente hacia el almacén, nuestros corazones latiendo con anticipación.

Cuando nos acercamos a las hileras de electrónica de alta gama, Alex se inclinó hacia mí, su voz apenas un susurro. —Recuerda, Ava, debemos trabajar rápido. Mantén un ojo en tus alrededores, y avísame si algo parece fuera de lugar.

Asentí, mi mente acelerada por la emoción y el miedo. —Entendido. Tú cuida mi espalda, y yo cuidaré la tuya.

Nos separamos, cada uno de nosotros llenando rápidamente nuestras bolsas con la valiosa mercancía. El silencio en el almacén era ensordecedor, los únicos sonidos eran el suave crujido de nuestros movimientos y el distante zumbido de la maquinaria.

De repente, oí un alboroto en dirección a la entrada. Sonaba como gritos y el inconfundible estallido de disparos. El pánico se apoderó de mi pecho cuando me di cuenta de que algo había salido terriblemente mal.

Alcancé mi walkie-talkie, mi voz temblando. —Alex, tenemos problemas. Parece que el equipo de seguridad está siendo atacado.

Su voz salió del altavoz, llena de urgencia. —Ava, reúnete conmigo en nuestro punto de encuentro. Tenemos que salir de aquí ahora mismo.

Me apresuré a través del laberinto de electrónica, mi corazón latiendo en mis oídos. Cuando doblé la esquina, vi a Alex esperándome, sus ojos llenos de preocupación. —¿Estás bien? — preguntó, su voz apenas audible sobre los sonidos del caos afuera.

Asentí, apretando con fuerza mi bolsa de botín robado. —Estoy bien, pero necesitamos salir de aquí antes de quedar atrapados en el fuego cruzado.

Nos movimos rápidamente a través del almacén, nuestros ojos escaneando el área en busca de cualquier señal de peligro. El sonido de los disparos se acercaba cada vez más, y podía sentir la adrenalina corriendo por mis venas, instándome a correr más rápido.

Cuando llegamos a la salida, nos encontramos con una escena horrible. El equipo de Cole había sido emboscado, y estaban atrapados en un feroz tiroteo con un grupo desconocido de atacantes.

Sin vacilar, Alex me tomó del brazo, arrastrándome detrás de una pila cercana de cajas para cubrimos. —Necesitamos encontrar otra salida —susurró, sus ojos vagando por la escena caótica.

Asentí, mi mente acelerada mientras intentaba pensar en una ruta de escape. —Hay una salida trasera del otro lado del almacén. Si logramos llegar allí, tal vez podamos escabullirnos sin ser notados.

Con nuestro plan trazado, nos lanzamos a la carrera hacia el otro lado del almacén, evitando el tiroteo lo mejor posible. Justo cuando llegamos a la salida trasera, una bala perdida silbó en el aire, impactando a Alex en el hombro.

Jadeé horrorizada mientras él tambaleaba, su rostro contraído de dolor. —¡Alex! —grité, mi corazón encogido por el miedo a perderlo.

Apretó los dientes, tratando de ocultar su agonía. —Estoy bien, Ava. Es solo una herida superficial. Necesitamos seguir moviéndonos.

A pesar del dolor, Alex se obligó a continuar, y no pude evitar admirar su fuerza y determinación. Salimos por la salida trasera hacia la oscuridad, nuestras respiraciones entrecortadas mientras nos alejábamos lo más posible del almacén.

Cuando alcanzamos la seguridad de un callejón cercano, finalmente me permití evaluar completamente la herida de Alex. La sangre se filtraba a través de su camisa, y sabía que necesitábamos actuar rápidamente para detener el sangrado.

—Déjame echarle un vistazo —dije suavemente, mi voz cargada de preocupación.

Alex asintió, su rostro pálido mientras se recostaba contra la fría pared de ladrillos. Retiré cuidadosamente su chaqueta y corté su camisa, exponiendo la herida. Fue un disparo limpio, y supe que tuvo suerte de que no hubiera alcanzado nada vital.

—Está bien, esto va a doler, pero necesitamos limpiar la herida y detener el sangrado —lo advertí, mis manos temblando ligeramente mientras tomaba mi botiquín de primeros auxilios.

Limpié la herida con la mayor suavidad posible, haciendo una mueca de simpatía cada vez que Alex siseaba de dolor. Una vez limpia, apliqué presión para detener el sangrado y vendé firmemente su hombro.

—Gracias —murmuró, su voz débil pero llena de gratitud—. Te debo una, Ava.

Sacudí la cabeza, el peso de los eventos de la noche pesando sobre mis hombros. —No, estamos juntos en esto, ¿recuerdas? Ahora salgamos de aquí y reagrupémonos con los demás.

Regresamos al club, nuestras mentes dando vueltas por los sucesos de la noche. No sabíamos quién nos había atacado ni por qué, pero una cosa era cierta: nuestras vidas se habían vuelto mucho más peligrosas.

Mientras nos reuníamos con el resto de nuestro equipo, atendiendo nuestras heridas e intentando darle sentido al caos, no pude evitar sentir un renovado sentido de camaradería. Habíamos enfrentado lo peor juntos y sobrevivido. Y ahora, más que nunca, necesitábamos permanecer unidos si queríamos descubrir la verdad detrás del ataque y protegernos de más daños.

Capítulo 13

Ava

El aire estaba cargado de tensión mientras Los Hermanos de la Osera se reunían alrededor de la mesa, tratando de darle sentido al desastroso atraco y a la traición de los Merodeadores Nocturnos. Después de todo lo que habíamos pasado para establecer la paz entre nuestros clubes, se sentía como una bofetada en la cara. Nos habían engañado, y ahora teníamos que averiguar cuál sería nuestro próximo movimiento.

Ted golpeó la mesa con el puño, su rostro una mezcla de ira y frustración. —¡Maldita sea! Arriesgamos el pellejo por esos bastardos, ¿y así es como nos lo pagan?

Wilson intervino, su voz cargada de amargura. —Nos utilizaron desde el principio. Nunca debimos confiar en ellos.

Van Cleef negó con la cabeza, su rostro sombrío. —Es difícil creer que Razor y su pandilla nos estuvieron engañando todo este tiempo. Tenemos que averiguar cuáles son sus verdaderas intenciones y por qué nos tendieron una trampa.

Sid se reclinó en su silla, sus ojos nublados por la preocupación. —Y sin mencionar al grupo que nos emboscó durante el atraco. ¿Quiénes demonios eran?

Chase tomó la palabra, su voz firme y decidida. —Necesitamos reunir toda la información que podamos. Averiguar quiénes eran esos atacantes y cuál es el verdadero objetivo de los Merodeadores Nocturnos.

Tara asintió, su expresión seria. —Y tenemos que ser cuidadosos. Ellos esperarán que los ataquemos, así que tenemos que mantenernos un paso por delante.

Dylan, quien había estado escuchando atentamente, agregó: —También debemos asegurarnos de que todos estén a salvo. No sabemos hasta dónde llegarán los Merodeadores Nocturnos para mantener sus secretos.

La profunda voz de Cole cortó la discusión. —No podemos dejar que se salgan con la suya. Necesitamos elaborar un plan y contraatacarlos con todo.

Ted miró a su alrededor, cruzando su mirada con cada uno de nosotros a su vez. —Estamos todos de acuerdo, entonces. Vamos a descubrir la verdad detrás de la traición de los Merodeadores Nocturnos, y nos aseguraremos de que paguen por lo que han hecho.

Se oyó un murmullo de asentimiento alrededor de la mesa, y no pude evitar mirar a Alex. Tenía la mandíbula apretada, sus ojos azules duros con determinación. Sabía que estaba tan decidido como el resto de nosotros a llegar al fondo de esto y proteger a Los Hermanos de la Osera a toda costa.

Ted se aclaró la garganta antes de dirigirse a nosotros. —Muy bien, desglosemos nuestro plan

de acción. Necesitamos reunir información, prepararnos para una posible represalia y asegurar la seguridad de todos.

Wilson levantó la mano. —Primero que nada, necesitamos infiltrarnos en las filas de los Merodeadores Nocturnos. Necesitamos a alguien por dentro que nos pueda dar información sobre sus planes y cualquier debilidad potencial.

Van Cleef asintió. —De acuerdo. Pero, ¿a quién enviamos? Tiene que ser alguien que pueda pasar desapercibido y evitar sospechas.

Antes de que alguien más pudiera hacer una sugerencia, hablé, sorprendiendo a Alex. —Yo lo haré. Encontraré la forma de acercarme a ellos y transmitir cualquier información al club.

Ted consideró mi oferta por un momento, y luego asintió. —Ava, confío en tu criterio. Si crees que puedes manejar esto, apoyo tu decisión.

Cole intervino con preocupación: —No me gusta la idea de que Ava vaya sola. Los Merodeadores Nocturnos son peligrosos. Tal vez deberíamos considerar uniros a otro club de motociclistas para enfrentarlos. Deben tener otros enemigos.

Ted se frotó la barba pensativamente. —Vale la pena explorar, pero tenemos que ser cautelosos con en quién confiamos. Por ahora, procedamos con la infiltración de Ava. También investigaremos posibles alianzas.

Sid intervino: —Mientras Ava reúne información, también deberíamos trabajar en reforzar nuestras propias defensas. No sabemos cuándo o cómo podrían atacar los Merodeadores Nocturnos, así que debemos estar preparados.

Chase añadió: —Eso significa fortificar la casa club, establecer vigilancia y estar preparados para cualquier cosa que puedan lanzarnos.

Ted asintió, complacido con las sugerencias. —Muy bien, ese es un plan sólido. Cole, tú y Dylan estarán a cargo de las fortificaciones. Quiero que este lugar sea una fortaleza.

Cole y Dylan intercambiaron una mirada decidida y asintieron, listos para asumir la responsabilidad. —Cuenta con ello, Ted. No te decepcionaremos.

La discusión continuó fluyendo, con cada miembro aportando ideas y asumiendo responsabilidades. Wilson y Sid se ofrecieron como voluntarios para contactar a otros clubes de motociclistas, buscando aliados potenciales para ayudarnos a luchar contra los Merodeadores Nocturnos.

Cole, cada vez más agitado, golpeó su puño sobre la mesa. —¡No podemos simplemente sentarnos y esperar a que Ava se infiltre en Los Merodeadores Nocturnos! ¡Necesitamos atacarlos con fuerza y pronto!

Ted miró a Cole, comprendiendo su enojo, pero manteniendo un enfoque sensato. —Entiendo tu frustración, Cole, pero necesitamos ser estratégicos. Estaremos listos para atacar cuando llegue el momento adecuado, y con Ava por dentro, tendremos la ventaja.

A medida que avanzaba la reunión, el aire de determinación se hacía más fuerte. A pesar de la traición y la incertidumbre, Los Hermanos de la Osera se mantenían unidos, listos para enfrentar cualquier desafío que se presentara.

—Sé que las cosas parecen sombrías ahora —dijo Ted, mirando alrededor de la mesa a los rostros de los miembros de nuestro club—, pero tengo fe en cada uno de ustedes. Hemos enfrentado momentos difíciles antes, y siempre hemos salido más fuertes. Demostrémosles a Los Merodeadores Nocturnos y a cualquier otro que nos amenace que eligieron el club equivocado para meterse.

Un sonoro coro de aprobación resonó por la sala, y los miembros se dispersaron para comenzar sus tareas asignadas. Aunque el camino por delante era incierto, una cosa estaba clara:

Los Hermanos de la Osera no caerían sin pelear.



Más tarde, después de que la reunión había terminado, Alex y yo nos encontramos sentados juntos afuera de la casa club, el fresco aire nocturno envolviéndonos. Ambos necesitábamos un momento alejados de la cargada atmósfera en el interior.

—Entonces —comenzó Alex vacilante, su voz apenas un susurro—, ¿cómo te sientes realmente con todo esto? La traición, mi lesión y tu decisión de infiltrarte en Los Merodeadores Nocturnos?

Suspiré, frotándome las sienes. —Honestamente, Alex, tengo miedo. Pero también estoy enojada. Los Merodeadores Nocturnos cruzaron una línea, y necesitamos hacer lo que sea necesario para asegurarnos de que no se salgan con la suya.

El rostro de Alex se endureció. —Ava, entiendo que quieras contraatacarlos, pero ¿ofrecerte como voluntaria para infiltrarte con ellos? Es demasiado peligroso. Debe haber otra manera.

Lo miré a los ojos, brillando mi propia determinación. —Alex, no puedo quedarme de brazos cruzados mientras lastiman a las personas que me importan, como tú. Necesito hacer esto, no solo por el club, sino por nosotros.

Su mandíbula se tensó, y pude ver la frustración y el miedo en sus ojos. —Viste lo que me pasó. Tuve suerte de que no fuera peor. No puedo soportar la idea de que te pase algo, Ava.

Nuestras voces se habían elevado, y la tensión de la situación comenzaba a mostrarse en nuestros rostros. Discutimos de ida y vuelta, creciendo la tensión entre nosotros.

—Sé que es arriesgado, pero creo que puedo hacerlo. Soy fuerte, Alex. No voy a permitir que me quiebren.

Él negó con la cabeza, claramente no convencido. —Eres fuerte, Ava, pero incluso las personas más fuertes pueden ser quebradas por circunstancias como estas. ¿Y si sospechan de ti? ¿Y si descubren que estás trabajando en su contra? No creo que pudiera soportar perderte.

Golpeé la mesa con mi puño, desbordándose mi frustración. —¿Y qué pasa si no hacemos nada y más personas salen heridas? ¿Y si van tras alguien más que amamos? ¿Y si vienen por ti de nuevo, Alex? ¿Tampoco puedo soportar la idea de eso!

Alex se frotó la cara con las manos, intentando encontrar las palabras adecuadas. —Lo entiendo, Ava, lo entiendo. Pero no puedo evitar sentir que debe haber otra manera, una que no te ponga en tanto peligro.

—Quizás la haya, pero no podemos darnos el lujo de esperar y tener esperanzas en lo mejor. Necesitamos actuar, y estoy dispuesta a correr este riesgo por el club, y por ti.

Nuestra discusión continuó, ninguno de los dos dispuesto a ceder. La traición, la herida de Alex y mi decisión estaban poniendo a prueba nuestra relación.

Finalmente, Alex suspiró, derrotado. —Prométeme que tendrás cuidado, Ava. Prométeme que regresarás a mí.

—Te lo prometo —susurré, con lágrimas cayendo por mi rostro—. Haré todo lo que esté en mi poder para mantenerme a salvo mientras obtengo la información que necesitamos.

Mientras avanzaba la noche, regresamos al clubhouse, preparándonos para los desafíos que se avecinaban. Nuestras vidas habían cambiado en un abrir y cerrar de ojos, pero estábamos decididos a perseverar.

Capítulo 14

Alex

La sala de reuniones estaba cargada de tensión, densa y palpable. Nosotros, Los Hermanos de la Osera, estábamos sentados juntos, nuestros rostros cincelados con determinación sombría. Mi hombro herido dolía, un recuerdo punzante de la reciente traición. Mi mirada se desvió hacia Ava, su valentía irradiando de ella mientras reflexionaba en silencio sobre las implicaciones de su propuesta misión encubierta para infiltrarse en los Merodeadores Nocturnos.

Sid, nuestro mecánico residente y un aliado confiable, había estado fomentando una alianza con otro club de motociclistas, uno que tenía sus propios huesos que roer con los Merodeadores Nocturnos. Tenía noticias de ellos, una propuesta que tenía el potencial de cambiar la dirección de nuestra campaña.

Ted, nuestro líder venerado, rompió el silencio, su voz firme. —Muy bien, Sid, suéltalo. ¿Cuál es su propuesta?

Sid se aclaró la garganta, su voz imperturbable mientras transmitía el mensaje. —Proponen un ataque sorpresa. Rápido, directo y brutal. Están reuniendo inteligencia sobre las ubicaciones de la base de los Merodeadores y sus puntos débiles.

Van Cleef, el seductor del club, reflexionó en voz alta, su voz haciendo eco en la habitación. —Es un plan interesante, pero creo que no deberíamos descartar la idea de una operación encubierta. Si podemos infiltrarnos, comprender sus operaciones, podría darnos una ventaja significativa.

La sala quedó en silencio mientras todos asimilaban las palabras de Van Cleef. Ava, el centro del plan encubierto, permaneció callada, sus ojos reflejando su tormento interior. No podía evitar preocuparme por su seguridad, a pesar de su valentía.

Ted miró a su alrededor, su mirada penetrante atravesando a cada uno de nosotros mientras sopesaba nuestras opiniones. —¿Qué piensan, chicos? ¿Deberíamos optar por el ataque sorpresa o mantenernos con el plan original de infiltración?

Wilson, la mano derecha de Ted, fue rápido en responder. —Elijo la infiltración. Puede ser un proceso lento, pero los conocimientos que obtengamos podrían inclinar la balanza a nuestro favor.

Cole, nuestro ejecutor y un hombre de acción, tenía un punto de vista diferente. —Creo que el ataque sorpresa es nuestra mejor opción. Sabemos lo despiadados que son los Merodeadores Nocturnos, un golpe rápido e inesperado podría ser justo lo que necesitamos para desequilibrarlos.

La sala estalló en un acalorado debate, cada uno expresando sus pensamientos y

preocupaciones. En medio del ruido, mis ojos seguían desviándose hacia Ava, la idea de que arriesgara su vida en territorio enemigo roía mi mente. Vi sus ojos destellar hacia mí, su silencioso asentimiento de comprensión sirviendo como tranquilidad.

Sintiendo una repentina oleada de resolución, decidí hablar. —Estoy de acuerdo con Cole —comencé, mi voz firme—. Un ataque sorpresa tiene sus ventajas. Ava, eres valiente, y no tengo duda de que te destacarías en el trabajo encubierto. Pero los riesgos... no quiero que estés en la línea de fuego.

Ava se volvió hacia mí, sus ojos llenos de comprensión. —Lo entiendo, Alex. Pero recuerda, me anoté para esto.

Antes de que pudiera responder, la voz autoritaria de Ted cortó la tensión. —¡Basta! Iremos con el ataque sorpresa. Necesitamos terminar con esto. Si falla, procederemos con el plan de infiltración. Sid, mantén informado al otro club.

La sala se vació lentamente, los miembros de Los Hermanos de la Osera saliendo uno por uno, sus rostros cincelados con la sombría promesa del inminente conflicto. Ava, sin embargo, permaneció enraizada en su lugar, su chispa habitual opacada, su rostro una máscara de contemplación e inquietud.

—Ava —aventuré, acercándome a ella, mi corazón pesado con preocupación—. Estás muy distraída. Es por la alianza, ¿verdad?

Ella giró para enfrentarme, la preocupación en sus ojos esmeralda más profunda de lo que había anticipado. —Es más que eso, Alex. Siento... como si hubieras dejado de creer en mí.

La confusión me atravesó, seguida de una oleada de indignación. —Eso es absurdo, Ava. Yo...

—Interrumpió ella, con un tono teñido de amargura que escoció—. Defendiste el ataque sorpresa en lugar de mi plan de infiltración. No hubo deliberación, ni consulta. Simplemente decidiste.

La frustración brotó dentro de mí. —¡Sólo intentaba mantenerte a salvo, Ava! —argumenté, con el temperamento encendido—. Cuando vi una oportunidad de mantenerte fuera de la línea de fuego, la aproveché.

Su mirada era gélida, su enojo palpable. —¿Declarando la guerra? ¿Entiendes las implicaciones, Alex? ¡Esta estrategia podría ponernos a todos en peligro! Básicamente estamos marchando vendados hacia la cueva del león.

Tragué saliva con fuerza, sus palabras me hicieron un corte profundo. Pero mi resolución permaneció. —Ava, prefiero enfrentar el peligro de frente que dejarte caer en una trampa en alguna misión sigilosa.

Su expresión se suavizó ligeramente, pero había una inquebrantable resolución en su mirada. —Alex, puedo cuidar de mí misma. Lo he demostrado repetidamente. No necesito un caballero de brillante armadura.

Mi corazón latía con fuerza en mi pecho mientras sostenía su mirada. —Lo sé, Ava —cedí, mi voz apenas un susurro—. Pero saberlo no alivia mi preocupación. No cambia el hecho de que me importas profundamente. Y el simple pensamiento de que estés en peligro...

Un tenso silencio cayó entre nosotros, su mirada nunca abandonando la mía. Entonces, con un suspiro, dijo: —También me importas, Alex. Pero no podemos dejar que nuestros sentimientos personales nublen nuestro juicio. Necesitamos confiar el uno en el otro. Estamos juntos en esto.

Asentí, mientras la culpa y el arrepentimiento me invadían. —Debí consultarte. Me disculpo, Ava. De verdad.

Ella ofreció un pequeño asentimiento a cambio, un reconocimiento de mi disculpa. —Superaremos esto, Alex. Juntos.

Con un movimiento repentino, Ava se acercó, sus ojos ardiendo en los míos. Su respiración se entrecortó, un apenas audible jadeo que sin embargo me hizo estremecer. En respuesta, la atraje suavemente hacia mí, nuestros cuerpos alineándose en una danza familiar de intimidad. Sus ojos se cerraron mientras nuestros labios se encontraban, el beso un bálsamo para las acaloradas palabras que habían pasado entre nosotros.

No era un beso de apaciguamiento, sino uno de emoción cruda —miedo, anhelo, deseo— todo entremezclado en una frenética danza. Acuné su rostro entre mis manos, mis pulgares trazando la curva de sus mejillas, el calor de su piel quemando en las yemas de mis dedos. Las manos de Ava viajaron hacia mis hombros, sus dedos rozando sobre mi hombro herido, un toque gentil que alivió el dolor.

Mientras el beso se profundizaba, moví mis manos hacia su cintura, atrayéndola más cerca hasta que no quedó espacio entre nosotros. Ella respondió de la misma manera, sus dedos enredándose en mi cabello, tirando suavemente en un movimiento que me arrancó un bajo gruñido. El mundo exterior a la habitación dejó de existir; lo único que importaba era Ava y el fuego que se encendió entre nosotros.

Ava rompió el beso primero, su pecho agitado mientras intentaba recuperar el aliento. Pero en lugar de alejarse, apoyó su frente contra la mía, su respiración abanicando sobre mi rostro. Sus manos seguían en mi cabello, su cuerpo pegado al mío. Hubo un momento de silencio antes de que hablara. —Alex —murmuró, su voz apenas audible.

—¿Sí, Ava? —respondí, mi voz igual de baja.

—No podemos dejar que esta pelea nos separe. Necesitamos mantenernos juntos.

Asentí, acariciando con mi pulgar su labio inferior. —Lo sé, Ava. Lamento no haber confiado en ti.

Ella me miró entonces, sus ojos suavizándose. —Y yo debí comprender tus preocupaciones. Sólo prométeme comunicarte mejor, Alex. Por nosotros.

Asentí, presionando un suave beso en su frente. —Por nosotros —repetí.

Un tranquilo asentimiento fue su respuesta, su consentimiento dado mientras me atraía más cerca, sus manos moviéndose de mi cabello para aferrar la tela de mi camisa. Correspondí, mis manos trazando la curva de su cintura, sintiendo el calor de su piel a través de su ropa. Hubo un sutil cambio, un entendimiento silencioso que pasó entre nosotros mientras nos balanceábamos al borde de algo más.

La habitación a nuestro alrededor pareció desvanecerse, el peso de la próxima batalla momentáneamente olvidado mientras nuestro mundo se reducía a nosotros dos. La distancia entre nuestros cuerpos desapareció mientras la atraía más cerca, mis manos abiertas en la parte baja de su espalda, pegándola contra mí.

—Alex —susurró, su voz apenas audible mientras inclinaba la cabeza hacia atrás, ofreciéndome un mejor acceso a la delicada línea de su garganta. La vista de su vulnerabilidad y confianza despertó algo profundo dentro de mí, haciendo latir mi corazón con un feroz y posesivo deseo.

Bajé la cabeza, presionando suaves besos a lo largo de su garganta, arrancándole un suave suspiro. El sonido me provocó un escalofrío de satisfacción, alentándome a explorar más. Mis manos se movieron de su espalda a sus costados, trazando la curva de su cuerpo sobre la ropa antes de llegar al dobladillo de su camisa.

Nuestros labios se encontraron de nuevo en un beso abrasador, más lento esta vez, pero no menos apasionado. Mis dedos se deslizaron debajo de su camisa, rozando la cálida y suave piel de su espalda baja, trazando un camino hacia arriba. Ella jadeó contra mis labios, un suave

sonido que fue ahogado por nuestro beso, sus dedos hundiéndose en mis hombros.

Apartándome del beso, encontré sus ojos, pidiéndole permiso en silencio para continuar. Ella asintió, sus ojos pesados de deseo y confianza. Una sonrisa tiraba de las comisuras de su boca, un aliento silencioso que hizo latir mi corazón más fuerte en mi pecho. Me tomé un momento para apreciarla, la forma en que su pecho subía y bajaba, el rubor que se extendía por sus mejillas, el deseo que nublaba sus ojos.

Lentamente, con su ayuda, le levanté la camisa por encima de la cabeza, revelando la belleza que yacía debajo. Su piel brillaba a la luz tenue de la habitación, una visión que me quitó el aliento. Mis manos se movieron para acunar su rostro, mis pulgares trazando sus pómulos mientras la miraba a los ojos. —Eres hermosa, Ava —murmuré, mi voz ronca de emoción.

Un rubor se extendió por sus mejillas, pero no apartó la mirada. —Tú también, Alex —dijo, su voz apenas un susurro.

Me incliné y coloqué un suave beso en su clavícula, mis manos recorriendo hasta el botón de sus jeans. Me observaba, su respiración entrecortándose mientras lentamente desabotonaba y bajaba la cremallera de sus pantalones. Un suave jadeo escapó de sus labios cuando los deslicé por sus piernas, llevándose también su ropa interior. Se paró frente a mí, completamente expuesta, y me quedé momentáneamente maravillado por su belleza.

Mi mirada vagó por su cuerpo, bebiendo cada detalle. Su pecho subía y bajaba con cada respiración superficial que tomaba, su piel brillando con un delgado velo de sudor. Me miró con una expresión de pura confianza, sus manos extendiéndose para agarrar mis hombros.

Mientras me arrodillaba, mis manos en sus caderas para apoyarme, permití que mi mirada recorriera su cuerpo, desde sus pies descalzos, sobre sus largas y delgadas piernas, hasta el punto donde se encontraban. Ya estaba sonrojada, sus ojos de un verde más oscuro ahora, su pecho subiendo y bajando con cada respiración rápida que tomaba. Una sensación de asombro me invadió. Estaba a punto de adorarla, de mostrarle la profundidad de mis emociones que las palabras no podían expresar.

Tomando una respiración calmante, me incliné, mis labios rozando la suave piel de su muslo interno. Ella tembló, sus dedos enredándose en mi cabello mientras presionaba un sendero de suaves besos más arriba. Escuché su respiración, sintiéndola entrecortarse cuando me acercaba más a su centro. Era una danza de anticipación y deseo, una danza de la que solo ella y yo éramos partícipes.

Haciendo una pausa, la miré. La mirada de Ava se encontró con la mía, sus ojos suplicantes y llenos de confianza. Era la afirmación silenciosa que necesitaba. Regresé mi atención a la tarea que tenía entre manos, mi aliento rozando su área más íntima.

Jadeó suavemente, su agarre en mi cabello apretándose mientras presionaba el primer beso tierno en ella. Me tomé mi tiempo, cada roce de mis labios contra ella diseñado para provocar una respuesta. El sabor de ella en mi lengua era embriagador, los suaves gemidos escapando de sus labios instándome a continuar.

El cuerpo de Ava se retorció bajo mi toque, sus piernas temblando mientras la exploraba con mi lengua. Tracé cada pliegue, cada secreto oculto, cada uno de mis movimientos lentos y deliberados. No me estaba apresurando; quería que sintiera cada sensación, cada ola de placer.

Sus suaves gritos se hicieron más fuertes, su cuerpo arqueándose hacia mí mientras aceleraba el ritmo. Podía sentir que se acercaba al borde, sus manos agarrando mi cabello con más fuerza, su respiración viniendo en jadeos agudos. Persistí, decidido a llevarla al límite. La miré, observando cómo su rostro se contorsionaba de placer, sus ojos fuertemente cerrados, sus labios entreabiertos. Era la visión más hermosa que jamás había visto.

El momento en que alcanzó la cima, su cuerpo tensándose antes de relajarse, su grito silencioso resonando en la habitación, fue uno de los momentos más profundos de mi vida. Me quedé donde estaba, permitiéndole montar las olas del placer, mis manos acariciando suavemente sus caderas y muslos.

Sólo cuando su respiración comenzó a normalizarse, me puse de pie, presionando un suave beso en su vientre antes de capturar sus labios en un beso lento y ardiente. El sabor de ella en mis labios envió una descarga de deseo a través de mí, reavivando la llama que había sido momentáneamente acallada.

La piel ardiente de Ava contra la mía se sentía eléctrica, la chispa entre nosotros se reavivó con violencia. Mis manos recorrieron su cuerpo, memorizando cada curva, cada hendidura, incluso mientras sus dedos se ocupaban de los cierres de mis jeans.

Una vez liberados de la última pieza de tela que nos separaba, la levanté con facilidad, sus piernas instintivamente envolviéndose alrededor de mi cintura. Su espalda se presionó contra la fría pared de la habitación, un marcado contraste con el calor que irradiábamos. Sus brazos se enlazaron alrededor de mi cuello, atrayéndome más cerca, y su respiración se entrecortó cuando me presioné dentro de ella.

—Alex... —gimió ella, con sus dedos acariciando la nuca de mi cuello, enviando escalofríos por mi espina dorsal.

—¿Estás bien? —pregunté, con la voz tensa por el deseo, pero impregnada de preocupación.

Sus ojos se encontraron con los míos, ardiendo con la misma intensa pasión que sentía correr por mis venas. —Nunca he estado mejor —respondió, con una voz susurrante y sensual que me empujó más allá de cualquier restricción que me quedara.

Con su aprobación, comencé a moverme, estableciendo un ritmo lento y deliberado que hizo que su espalda se arqueara contra la fría pared. Cada embestida arrancaba un suave gemido de ella, la más dulce melodía para mis oídos. —Alex... —gimió de nuevo, el sonido de mi nombre en sus labios alimentando mi deseo.

—Eres tan impresionante, Ava —respiré, con la voz áspera por la pasión—. Me encanta verte así. Solo para mí.

Sus dedos se hundieron en mis hombros, un silencioso ruego por más. Accedí encantado, acelerando el ritmo, perdiéndome en ella. Sus gemidos resonaron por la habitación, cada uno un testimonio de la conexión que compartíamos.

Mi nombre se escapó de sus labios como una plegaria, su cuerpo arqueándose contra el mío mientras sucumbía al abrumador placer. —Oh, Alex... Yo... —jadeó, sus palabras disolviéndose en gemidos incoherentes.

Su placer me empujó al límite, nuestros cuerpos estremeciéndose al unísono mientras alcanzábamos el clímax juntos. —Ava... —gruñí, con una voz grave cargada de emoción cruda.

Mientras nuestras respiraciones se calmaban, los ojos de Ava se abrieron, encontrándose con los míos. Su mirada era suave, llena de amor, y en ese momento supe que éramos más fuertes juntos. Mientras la bajaba suavemente de vuelta a sus pies, presioné mi frente contra la suya.

Nuestros cuerpos se enredaban en un hermoso lío de calor y afecto compartidos. Nuestra discusión parecía pertenecer a otro mundo, nuestra conexión más fuerte que nunca. Después de nuestra intimidad compartida, encontramos nuestra fuerza, una fuerza que nos llevaría a la inminente batalla y más allá. Juntos.

Capítulo 15

Ava

El sol comenzaba a ponerse mientras observaba a Los Hermanos de la Osera prepararse para la batalla. El clubhouse bullía con la energía eléctrica de la anticipación, un marcado contraste con el sereno crepúsculo que pintaba el cielo. Pero bajo la superficie, una profunda corriente de tensión era palpable, el peligro al que íbamos a enfrentarnos proyectaba una pesada sombra sobre todos nosotros.

La alianza se había formado, una inestable unión de clubes unidos por el enemigo común: Los Merodeadores Nocturnos. La imagen de su líder arrogante, con sus ojos brillando con una falsa camaradería, aún me atormentaba. Sabía lo que estaba en juego; todos lo sabíamos. La amenaza era real y venía por nosotros.

—Oye, Ava —la voz de Alex interrumpió mis pensamientos, devolviéndome al momento. Sus ojos azules reflejaban la misma preocupación que yo sentía—. ¿Estás lista para esto?

Respiré hondo, mis ojos buscaron los suyos en busca de seguridad. Había un entendimiento silencioso entre nosotros, una determinación compartida forjada a través de pruebas y tribulaciones, y me dio fuerzas. —Tan lista como pueda estarlo.

Su mirada se suavizó, una cálida mano alcanzó la mía y la apretó suavemente. —Estamos juntos en esto, Ava. Siempre lo hemos estado.

La determinación en su voz fue suficiente para encender la chispa de valentía dentro de mí. Asentí, respondiendo a su apretón. —Juntos —le hice eco.

En los días siguientes, nuestro entrenamiento se hizo más intenso, cada miembro de la alianza empujando sus límites. Alex y yo entrenábamos juntos, nuestras fortalezas físicas se complementaban, nuestro pasado compartido en el ejército sirviendo como un vínculo tácito. El tiempo que pasábamos juntos solo nos acercó más, la tensión latente entre nosotros gradualmente cedió paso a una conexión cada vez más profunda.

Una noche, después de una sesión particularmente agotadora, Alex me apartó a un lado. Su mirada era intensa, su voz inusualmente suave. —Ava —dijo, su mano acariciando mi cabello sudado—, quiero que sepas que pase lo que pase, estoy aquí para ti.

Sus palabras golpearon una fibra sensible en lo más profundo de mí. Sabía que lo decía en serio, y también sabía que el sentimiento era mutuo. —Y yo estoy aquí para ti, Alex —respondí, mi voz apenas un susurro.

Sus labios se curvaron en una pequeña sonrisa cansada, sus ojos azules centellando con una mezcla de alivio y afecto. Y en ese momento, sentí un arrebato de emoción demasiado poderoso para ser negado. Estábamos juntos en esto, unidos por una fuerza mucho más fuerte que

cualquier adversario al que pudiéramos enfrentarnos.

A pesar del peligro inminente, Los Hermanos de la Osera estaban resueltos. Éramos una familia, unida por más que solo nuestro amor por montar. La amenaza contra nuestro club era una amenaza contra cada uno de nosotros, y estábamos decididos a proteger a los nuestros.

Los chistes de Van Cleef aligeraban el ambiente durante nuestras intensas sesiones de entrenamiento, su risa contagiosa haciendo eco en el club. Ted y Wilson estrategaban, sus mentes experimentadas trabajando juntas para asegurar nuestra victoria. Sid, a pesar de su dolor de espalda, trabajaba incansablemente en nuestras motos, asegurándose de que estuvieran en óptimas condiciones para la próxima batalla. Maddie y Cindy nos abastecían con comidas nutritivas, su presencia constante un reconfortante recordatorio de por lo que luchábamos.

En medio de todo esto, mi vínculo con Alex solo se fortaleció. Nuestros momentos compartidos, ya fueran acaloradas sesiones de sparring o tranquilas conversaciones bajo las estrellas, se convirtieron en un santuario del caos que nos rodeaba. Su toque, su voz, su presencia... se convirtieron en mi calma en la tormenta, un refugio seguro en un mundo tambaleante al borde de la incertidumbre.

La noche antes de la pelea, Alex y yo nos encontramos solos en el ya familiar entorno de nuestros aposentos compartidos. El aire entre nosotros estaba cargado de palabras no dichas, el peso de la inminente batalla pendiendo sobre la habitación. Su mirada se encontró con la mía, una conversación silenciosa pasando entre nosotros.

—Ava —comenzó, su voz firme a pesar del tumulto de emociones reflejado en sus ojos—. Necesito que me prometas algo.

Su tono serio hizo que mi corazón diera un vuelco. —¿Qué es, Alex?

Dio un paso más cerca, su mano alzándose para acariciar suavemente mi mejilla. Su pulgar trazó la curva de mi mandíbula, su toque calmante y familiar. —Prométeme que te mantendrás a salvo mañana.

Una suave risa escapó de mis labios, la ironía de su petición no pasándome desapercibida. —Podría decirte lo mismo a ti, Alex.

Su mano se tensó ligeramente alrededor de mi mejilla, sus ojos azules oscureciéndose. —Hablo en serio, Ava. No puedo... no voy a perderte.

La intensidad de sus palabras me dejó sin aliento. El miedo en su voz era un testamento de la profundidad de sus sentimientos por mí, una silenciosa confesión de amor que aún no había expresado con palabras. —Y yo no voy a perderte a ti, Alex —murmuré, mi mano cubriendo la suya—. Superaremos esto. Juntos.

La tensión pareció abandonarlo con mis palabras, su mano cayendo de mi rostro para envolverse alrededor de mi cintura, atrayéndome más cerca. —Juntos —repitió, su voz apenas un susurro.

Cuando nuestros labios se encontraron, todo lo demás se desvaneció al fondo. La inminente batalla, la incertidumbre del futuro, el miedo a la pérdida... todo desapareció. Lo único que importaba era el hombre que me sostenía, su toque anclándome, su calidez envolviéndome.

Nuestro beso se profundizó, una mezcla perfecta de pasión y desesperación, de amor y miedo. Sus manos vagaron por mi cuerpo, cada caricia enviando chispas de deseo recorriendo mis venas. El mundo exterior dejó de existir; éramos solo Alex y yo, perdidos el uno en el otro.

Los labios de Alex recorrieron mi cuello, enviando escalofríos por mi espina dorsal. Sus manos desataron expertamente el nudo de mi camiseta de entrenamiento, su toque dejando un rastro ardiente sobre mi piel. Su boca encontró el punto sensible justo debajo de mi oreja, sus dientes rozando la piel, haciéndome gemir.

Se apartó, sus ojos encontrándose con los míos. Había una pregunta en su mirada, una solicitud silenciosa de permiso. Y con un asentimiento, se lo concedí.

Aquella noche, encontramos consuelo en los brazos del otro, nuestros cuerpos entrelazándose en una danza tan antigua como el tiempo. Nuestra intimidad compartida sirvió de bálsamo para el miedo y la incertidumbre que se cernían sobre nuestros corazones. Nuestras promesas susurradas resonaron en la habitación, testimonio de la fuerza de nuestro vínculo.

Mientras me quedaba dormida entre sus brazos, los latidos constantes de su corazón arrullándome, supe que no importaba lo que deparara el futuro, lo afrontaríamos juntos. Los Hermanos de la Osera no eran solo un club; eran una familia. Y lucharíamos por protegerla, pasara lo que pasara.

Capítulo 16

Alex

El aire fresco de la mañana era frío y crispante, su frescura contrastaba drásticamente con la tensión que se había ido acumulando en la sede de Los Hermanos de la Osera. La atmósfera normalmente relajada y jovial se había reemplazado por una corriente de anticipación, un entendimiento compartido de que hoy sería el día en que enfrentaríamos a los Merodeadores Nocturnos.

Ava salió de la sede, su cabello oscuro y ondulado recogido en un moño de combate. La luz matutina del sol resaltaba los contornos de su forma atlética y curvilínea mientras se movía con determinación, su armadura militar destellando contra la luz. Sus vibrantes ojos verdes estaban enfocados, un claro testamento de su resolución. La visión de ella, feroz y lista para la batalla, era a la vez impresionante y desgarradora.

Una parte de mí se sentía reconfortada por su presencia. Ella era fuerte, resiliente, una guerrera hasta la médula. Sin embargo, el pensamiento de que pudiera estar en peligro avivaba un instinto protector dentro de mí que era difícil de reprimir. Era un conflicto de emociones, un tira y afloja entre mi confianza en sus habilidades y mi instinto de mantenerla a salvo.

—Alex —me llamó Van Cleef, su voz sacándome de mis pensamientos. La alegría habitual estaba ausente en su tono, reemplazada por una solemnidad que hacía juego con la gravedad de la situación—. Estamos listos para movernos.

—Dame un momento —respondí, sin apartar la mirada de Ava.

Ahora ella estaba a mi lado, su mano descansando ligeramente sobre mi brazo.

—¿Estás bien? —preguntó, la preocupación en su voz casi palpable.

—Sí —dije, dedicándole una pequeña sonrisa tranquilizadora—. Solo... tengo mucho en la cabeza.

Sus ojos se suavizaron, la comprensión inundando sus facciones.

—Superaremos esto, Alex —dijo, apretando su agarre en mi brazo—. Juntos.

—Juntos —repetí, la palabra resonando dentro de mí, amplificando mi determinación. La atraje hacia mí, abrazándola con fuerza. Me tomé un momento para respirar su aroma, actuando como un bálsamo calmante para la tormenta de emociones dentro de mí.

El coro de motores rugiendo me trajo de vuelta a la realidad. Había llegado la hora. Le dediqué a Ava una última mirada prolongada antes de subir a mi motocicleta. Su mano encontró la mía, su agarre fuerte y reconfortante.

El viaje al territorio de los Merodeadores Nocturnos fue un borrón, mi mente ocupada con pensamientos sobre Ava, la inminente batalla y la incertidumbre que aguardaba más allá. La sede

de los Merodeadores Nocturnos se cernía ante nosotros, un crudo recordatorio del enfrentamiento que nos esperaba. Miré a Ava una vez más, su rostro una máscara de determinación acerada.

El ataque fue rápido, una tormenta desatada sobre los desprevenidos Merodeadores Nocturnos. Ava y yo luchamos hombro con hombro, nuestras acciones perfectamente sincronizadas como si estuvieran coreografiadas. Era una especie de danza, un letal ballet donde cada movimiento importaba.

En el fragor de la batalla, no pude evitar maravillarme con Ava. Cada uno de sus movimientos era un testimonio de su entrenamiento, su resistencia. Era un torbellino de poder y gracia, una fuerza de la naturaleza por derecho propio. Su presencia era un faro en el caos, una luz guía que me mantenía anclado.

En medio del tumulto, nuestras miradas se encontraron. Hubo una chispa, una conexión que trascendía la batalla a nuestro alrededor. Guiado por un impulso, estiré la mano hacia ella, mis dedos acariciando suavemente su rostro. Sus ojos se cerraron brevemente, inclinándose hacia mi toque.

En la cacofonía de la batalla, me encontré susurrando:

—Te amo, Ava.

Sus ojos se abrieron de golpe, la sorpresa grabada en sus facciones. La batalla seguía rugiendo a nuestro alrededor, pero por un momento, éramos solo nosotros, perdidos en nuestro propio mundo en medio del caos.

—¿Qué dijiste? —preguntó, su voz apenas audible por encima del ruido.

—Dije que te amo —repetí, mirándola a los ojos.

Ava me miró fijamente, la sorpresa en sus ojos fundiéndose en algo más suave, algo vulnerable. —Alex —comenzó, su voz ahogada por la emoción.

Pero antes de que pudiera responder, un grito resonó, devolviéndonos a la cruda realidad. No teníamos tiempo para confesiones sentidas. Había una batalla por ganar.

Con una última mirada a Ava, me lancé de nuevo a la refriega. Mi corazón latía con fuerza en mi pecho, no por la adrenalina de la pelea, sino por las palabras que acababa de pronunciar. Había confesado mi amor por Ava en medio de un campo de batalla, sin saber si viviríamos para ver otro día.

La batalla arreció, un torbellino de violencia y ruido. Pero a través de todo, Ava era una presencia constante a mi lado. Luchábamos espalda contra espalda, nuestros movimientos sincronizados como si fuéramos uno solo. Cada vez que derribaba a un enemigo, podía sentir cómo ella luchaba conmigo, su presencia tan real como los gritos de batalla a nuestro alrededor.

Finalmente, después de lo que pareció una eternidad, Los Merodeadores Nocturnos comenzaron a retirarse. Habíamos logrado contenerlos, por ahora. Encontré a Ava en medio del caos, sus ojos encontrándose con los míos. Ambos estábamos magullados y golpeados, pero estábamos vivos. Habíamos sobrevivido.

Mientras el polvo se asentaba, me acerqué a Ava. Sus ojos estaban muy abiertos, su respiración agitada. Me miró, su mirada escrutando la mía.

—Alex —dijo, su voz apenas un susurro—. Tú... ¿lo decías en serio? Lo que dijiste durante la pelea?

Extendí la mano, apartando un mechón de pelo suelto detrás de su oreja. —Cada palabra, Ava —dije, mirándola a los ojos—. Te amo.

Ava me miró, sus ojos llenándose de lágrimas. Y entonces, estaba entre mis brazos, su cuerpo sacudido por los sollozos. La abracé, mi corazón doliéndome por ella. Habíamos sobrevivido a la

batalla, pero la guerra estaba lejos de terminar. Pero mientras estuviéramos juntos, sabía que podríamos enfrentarlo todo.

Con el olor a humo y pólvora aún denso en el aire, abracé a Ava con fuerza, nuestros corazones latiendo al unísono en medio del caos. El mundo que nos rodeaba podría estar en ruinas, pero en ese momento, sosteniendo a Ava entre mis brazos, sentí una paz interior. Porque a pesar del caos, a pesar del peligro en el que nos encontrábamos, una cosa me quedaba clara.

Amaba a Ava, y haría cualquier cosa por protegerla. Y mientras la abrazaba, hice un voto silencioso. No importaba lo que sucediera, no importaba cuán peligrosas se tornaran las cosas, mantendría a Ava a salvo. Porque ella era más que una simple compañera guerrera, más que una miembro de Los Hermanos de la Osera.

Era la mujer a la que amaba. Y atravesaría el infierno y volvería por ella.

Capítulo 17

Alex

El aire fresco de la mañana temprana era frío y crudo, su frescura contrastaba de manera abrupta con la tensión que se había estado acumulando en el cuartel de Los Hermanos de la Osera. La atmósfera normalmente relajada y jovial había sido reemplazada por una corriente de anticipación, un entendimiento compartido de que hoy era el día en que nos enfrentaríamos a los Merodeadores Nocturnos.

Ava salió del cuartel, su cabello ondulado y oscuro estaba recogido en un moño listo para el combate. La luz matinal del sol resaltaba los contornos de su forma atlética y curvilínea mientras se movía con determinación, su armadura militar brillando contra la luz. Sus vibrantes ojos verdes estaban enfocados, un claro testimonio de su determinación. La imagen de ella, feroz y lista para la batalla, era a la vez impresionante y desgarradora.

Una parte de mí se sentía reconfortada por su presencia. Ella era fuerte, resistente, una guerrera de pies a cabeza. Sin embargo, el pensamiento de que ella estuviera en peligro despertaba un instinto protector en mí que era difícil de suprimir. Era un conflicto de emociones, un tira y afloja entre mi confianza en sus habilidades y mi instinto de mantenerla a salvo.

—Alex —me llamó Van Cleef, su voz sacándome de mis pensamientos. La usual jovialidad estaba ausente de su tono, reemplazada por una solemnidad que coincidía con la gravedad de la situación—. Estamos a punto de partir.

—Dame un momento —respondí, sin apartar mi mirada de Ava.

Ahora ella estaba a mi lado, su mano descansando ligeramente sobre mi brazo.

—¿Estás bien? —preguntó, la preocupación en su voz casi palpable.

—Sí —dije, dedicándole una pequeña sonrisa tranquilizadora.

Sus ojos se suavizaron, la comprensión inundando sus facciones.

—Saldremos de esta, Alex —dijo, apretando con más fuerza su agarre en mi brazo—. Juntos.

—Juntos —repetí, la palabra resonando dentro de mí, amplificando mi resolución. La acerqué hacia mí, abrazándola con fuerza. Me tomé un momento para inhalar su aroma, actuando como un bálsamo calmante para la tormenta de emociones dentro de mí.

El coro de motores rugientes me trajo de vuelta a la realidad. El momento había llegado. Le dediqué a Ava una última mirada prolongada antes de subir a mi motocicleta. Su mano encontró la mía, su agarre fuerte y reconfortante.

El viaje al territorio de los Merodeadores Nocturnos fue un borrón, mi mente ocupada por pensamientos de Ava, la inminente batalla y la incertidumbre que se cernía más allá. El club de los Merodeadores Nocturnos se cernía por delante, un sombrío recordatorio del enfrentamiento

que nos esperaba. Miré a Ava una vez más, su rostro era una máscara de determinación acerada.

El ataque sucedió rápidamente, una tormenta desatada sobre los desprevenidos Merodeadores Nocturnos. Los ensordecedores rugidos de disparos y motores se habían convertido en la sinfonía de nuestro ataque. Éramos una fuerza formidable, los Hermanos de la Osera y nuestros aliados, un frente unido contra los Merodeadores Nocturnos. A la tenue luz del amanecer, el frío acero de nuestras motos brillaba de forma siniestra, un testimonio silencioso de la tormenta que estábamos a punto de desatar.

Nuestra formación, meticulosamente planeada y ejecutada, era un espectáculo digno de admirar. Las motos todoterreno estaban en las primeras líneas, sus conductores blindados y listos para recibir el grueso del ataque. Detrás de ellos, nuestros francotiradores estaban en posición, sus ojos enfocados, los dedos firmes en los gatillos. Divisé a Van Cleef y Sid, sus rostros sombríos pero decididos. Maddie también estaba allí, su rostro oculto detrás de la visera oscura de su casco, su postura rígida con anticipación.

En el núcleo de nuestra formación se encontraba el centro de mando. Ted estaba allí, su cara curtida tan dura como la piedra, ladrando órdenes a través de su auricular. A su lado, Wilson se erguía alto y resuelto, su mirada barriendo el campo de batalla con la calma calculada de un guerrero veterano.

Ava y yo estábamos en algún lugar intermedio, las líneas se difuminaban mientras danzábamos nuestro letal baile en medio del caos. Ava era una fuerza a tener en cuenta, su entrenamiento en combate evidente en cada movimiento que hacía. Serpenteaba por el campo de batalla con gracia y precisión. Su arma disparaba ronda tras ronda, cada disparo preciso, cada uno encontrando su blanco.

Yo era una tempestad, la furia de la tormenta fluía por mis venas. Cada puñetazo que lanzaba, cada bala que disparaba era por los Hermanos de la Osera, por Ava. Me movía por el campo de batalla con un enfoque único, mi mundo se reducía a la lucha en cuestión.

Mientras observaba el campo de batalla, también noté la presencia de nuestros aliados, el tercer club de motociclistas que se había unido a nosotros en esta lucha. Sus colores eran diferentes, sus motos variadas, pero luchaban con la misma ferocidad, la misma determinación. Entre ellos, reconocí algunas caras, compañeros veteranos como nosotros que habían encontrado una nueva familia en la hermandad de motociclistas.

Su líder, un hombre corpulento con una barba cana y una cicatriz retorcida que le bajaba por la mejilla, estaba al frente. Luchaba con una eficiencia brutal, sus grandes puños golpeando a los Merodeadores Nocturnos con una fuerza aplastante. Se llamaba Briggs, un ex Marine que había visto más que su parte de combate. Lo había conocido un par de veces antes, y su lealtad a sus hombres era tan palpable como su respeto por los Hermanos de la Osera.

Detrás de él, su segundo al mando, una mujer enjuta llamada Jazz, era un torbellino de furia. Era un borrón en su ágil moto deportiva, zigzagueando entre oponentes, sus dos pistolas ladrando a la tenue luz del amanecer. Sus disparos eran precisos, cada uno dando en el blanco con mortal exactitud. Podía ver por qué ella era la mano derecha de Briggs.

Su presencia, su solidaridad con nosotros, se sumó a la fuerza de nuestro contingente. Como uno solo, éramos un frente unido contra los Merodeadores Nocturnos. Nuestros números, nuestra unidad, nuestra pura determinación nos convertían en una fuerza imponente. Nuestras motos rugían, nuestras armas ardían y nuestros gritos de guerra resonaban en el aire de la mañana, un claro testimonio de nuestra resolución.

La pandilla de motociclistas aliada no solo nos ayudaba en esta pelea; luchaban por sus propias razones, sus propias viejas rencillas con los Merodeadores Nocturnos. Sus rencillas

alimentaban su furia, añadiendo intensidad a la batalla. Pero en ese momento, todos éramos hermanos y hermanas en el campo de batalla, unidos por un enemigo común y un propósito compartido.

En un momento dado, eché un vistazo por encima del hombro para ver a Cole y Dylan, espalda con espalda, sus rostros fijos en una feroz determinación. Eran una pareja formidable, su sinergia un testimonio de su vínculo. Más lejos, divisé a Chase y Tara, sus ataques coordinados causando estragos entre las filas de los Merodeadores Nocturnos.

A pesar del caos que nos rodeaba, era muy consciente de la presencia de Ava, como un faro en la locura. Estábamos conectados, no solo por nuestro pasado compartido, sino por algo más profundo, algo intangible. Nos movíamos en sincronía, nuestras acciones reflejando las del otro, nuestros corazones latiendo al ritmo del tambor de guerra.

En el fragor de la batalla, no pude evitar maravillarme con Ava. Cada uno de sus movimientos era un testimonio de su entrenamiento, su resistencia. Era un torbellino de poder y gracia, una fuerza de la naturaleza por derecho propio. Su presencia era un faro en el caos, una luz guía que me mantenía anclado.

En medio del caos, nuestras miradas se cruzaron. Hubo una chispa, una conexión que trascendía la batalla a nuestro alrededor. Guiado por un impulso, extendí la mano hacia ella, mi mano acariciando suavemente su rostro. Ella cerró los ojos brevemente, inclinándose hacia mi toque.

—Te amo, Ava —susurré en la cacofonía de la batalla.

Sus ojos se abrieron de golpe, la sorpresa grabada en sus facciones. La batalla seguía arreciando a nuestro alrededor, pero por un momento, éramos solo nosotros, perdidos en nuestro propio mundo en medio del caos.

—¿Qué has dicho? —preguntó, su voz apenas audible por encima del ruido.

—He dicho que te amo —repetí, mirándola a los ojos.

Ava me miró fijamente, la sorpresa en sus ojos fundiéndose en algo más suave, más vulnerable.

—Alex —comenzó, su voz ahogada por la emoción.

Pero antes de que pudiera responder, un grito resonó, devolviéndonos a la cruda realidad. No teníamos tiempo para confesiones sentidas. Había una batalla que ganar.

Tras una última mirada a Ava, me lancé de nuevo a la refriega. Mi corazón latía con fuerza en mi pecho, no por la adrenalina de la pelea, sino por las palabras que acababa de pronunciar. Le había confesado mi amor a Ava en medio de un campo de batalla, sin saber si viviríamos para ver otro día.

La batalla continuó, un remolino de violencia y ruido. Pero a través de todo, Ava era una presencia constante a mi lado. Luchábamos espalda con espalda, nuestros movimientos sincronizados como si fuéramos uno solo. Cada vez que derribaba a un enemigo, podía sentirla luchando conmigo, su presencia tan real como los gritos de guerra que nos rodeaban.

Finalmente, después de lo que pareció una eternidad, los Merodeadores Nocturnos comenzaron a retirarse. Habíamos logrado contenerlos, por ahora. Encontré a Ava en medio del caos, sus ojos encontrando los míos. Ambos estábamos magullados y heridos, pero estábamos vivos. Habíamos sobrevivido.

Cuando se asentó el polvo, me acerqué a Ava. Tenía los ojos muy abiertos y respiraba con dificultad. Me miró, su mirada escrutando la mía.

—Alex —dijo, su voz apenas un susurro—. ¿Lo... lo decías en serio? Lo que dijiste durante la pelea?

Extendí la mano, apartando un mechón suelto de su cabello detrás de su oreja.

—Cada palabra, Ava —le dije, mirándola a los ojos—. Te amo.

Ava me miró, sus ojos se llenaron de lágrimas. Y entonces, estaba entre mis brazos, su cuerpo temblando mientras sollozaba. La abracé, mi corazón dolía por ella. Habíamos sobrevivido a la batalla, pero la guerra estaba lejos de terminar. Pero mientras estuviéramos juntos, sabía que podríamos enfrentar cualquier cosa.

Con el olor a humo y pólvora aún denso en el aire, abracé a Ava, nuestros corazones latían al unísono en medio del caos. El mundo que nos rodeaba podía estar en ruinas, pero en ese momento, sosteniendo a Ava entre mis brazos, sentí una sensación de paz. Porque a pesar del caos, a pesar del peligro en el que estábamos, una cosa me quedaba clara.

Amaba a Ava y haría cualquier cosa para protegerla. Y mientras la sostenía en mis brazos, hice un voto silencioso. No importaba lo que sucediera, no importaba cuán peligrosas se volvieran las cosas, mantendría a Ava a salvo. Porque ella era más que una compañera guerrera, más que una compañera de Los Hermanos de la Osera.

Era la mujer a la que amaba. Y atravesaría el infierno y volvería por ella.

Capítulo 18

Ava

Cuando el polvo del campo de batalla comenzó a asentarse, la cruda realidad de la guerra que acabábamos de librar contra los Merodeadores Nocturnos se instaló en mí. Estaba de pie junto a Alex, ambos jadeando por la ferocidad de la batalla, rodeados por los restos del brutal conflicto. Hermanos caídos, aliados y enemigos por igual cubrían el suelo, sus formas silenciosas testimonio de la brutalidad de la guerra que habíamos librado.

—¿Estás bien? —La voz de Alex, enronquecida por gritar órdenes, cortó el inquietante silencio.

Lo miré, observando la firmeza de su mandíbula y el cansancio nublando sus normalmente vibrantes ojos azules. —He tenido días mejores —admití. Su mano encontró la mía, dándole un apretón reconfortante.

Él ofreció una cansada media sonrisa. —Todos los hemos tenido, Ava —hizo una pausa, mirando alrededor del campo de batalla—. Pero mantuvimos nuestro terreno. Defendimos a los nuestros. Eso es algo.

Fue una victoria hueca, pensé, pero solo asentí. El momento de llorar y contar nuestras pérdidas llegaría. Pero por ahora, teníamos que reunir nuestras fuerzas, reagruparnos y prepararnos para lo que vendría.

Justo cuando Alex y yo estábamos a punto de alejarnos, Ted y Wilson se unieron a nosotros. Sus rostros estaban surcados por el agotamiento, sus cuerpos gastados por el conflicto, pero sus ojos mostraban una ardiente determinación.

—Tenemos una situación —anunció Ted, su voz cargada de fatiga.

—¿Qué es? —preguntó Alex, su agarre en mi mano se tensó.

Antes de que Ted pudiera responder, Cole dio un paso al frente. La expresión sombría de su mandíbula hablaba por sí sola. —Es Derek —dijo, su voz baja y llena de desprecio.

El nombre me golpeó como un mazo en el pecho. Derek. Mi ex novio de mis días militares, el hombre que me había estado acosando. Pero descubrir que él era el titiritero detrás de las horribles acciones de los Merodeadores Nocturnos fue un shock que me dejó tambaleándome.

—¿Derek? —repitió Ted, frunciendo el ceño—. ¿Y cómo sabes esto?

Cole sostuvo la mirada de Ted. —No quieres saberlo, Ted.

El silencio colgaba pesado en el aire mientras los demás asimilaban la revelación. Sentí que se apretaba el agarre de Alex en mi mano, una promesa silenciosa de protección.

—Derek... —comencé, mi voz apenas un susurro—. Es un ex de mis días militares. Él ha estado... acosándome.

Sentí a Alex ponerse rígido a mi lado. Le había contado sobre Derek, sobre nuestra historia. Pero escuchar confirmado que Derek estaba detrás de las acciones de los Merodeadores Nocturnos... sabía que le afectaría mucho. Él me protegería, lo sabía.

Por un momento, nadie dijo nada. El único sonido era el susurro siniestro del viento a través del paisaje destrozado.

Finalmente, Ted rompió el silencio. —¿Crees que este Derek está detrás de los Merodeadores Nocturnos?

—No creerlo, saberlo —respondió Cole, su voz firme—. Nos topamos con él hace un rato. Estaba en el estacionamiento del club, acosando a Ava.

Ted me lanzó una mirada, preocupación y enojo mezclándose en su mirada. Asentí, confirmando la declaración de Cole.

—Alex y yo... nos encargamos de él —añadió Cole, una nota de satisfacción colándose en su voz—. Pero parece que no entendió el mensaje.

Una risa sin humor se escapó de los labios de Alex. —Lo entenderá.

Un escalofrío me recorrió la espina dorsal ante la promesa helada en su voz. No tenía duda de que Alex quería decir cada palabra.

—¿Qué sabemos sobre su conexión con los Merodeadores Nocturnos? —preguntó Wilson, dirigiendo su mirada hacia Cole.

Cole se encogió de hombros. —No mucho, aparte de que se le ha visto con ellos unas cuantas veces. Pero considerando por lo que acabamos de pasar, está claro que les está dando algo.

—O los está usando para llegar a Ava —intervino Alex, su voz oscura.

Apreté su mano. —Nos encargaremos de él, Alex. Juntos.

Me dio un asentimiento sombrío. —Juntos.

Ted suspiró pesadamente. —Muy bien. Necesitamos averiguar más sobre la participación de Derek con los Merodeadores Nocturnos. Cole, quiero que investigues esto. Ava, Alex, también vamos a necesitar su ayuda.

—Estamos dentro —dijo sin vacilar, Alex asintiendo a mi lado.

—Bien —dijo Ted, con la mirada recorriendo a todos nosotros—. Hemos ganado esta batalla, pero la guerra está lejos de terminar. Reagrupémonos, atendamos a nuestros heridos y preparémonos para lo que viene. Los Hermanos de la Osera no serán quebrantados.

Dicho esto, se dio la vuelta y se alejó, con Wilson siguiéndolo de cerca. Miré a Alex, con el rostro endurecido como una máscara, pero con los ojos suavizados hacia mí. Mientras íbamos a seguir a los demás de vuelta a nuestras motos, sabía que nos esperaba una pelea. Pero juntos, no había nada que no pudiéramos enfrentar.

Derek había dado un paso peligroso. Pero estaba a punto de aprender cuán unidos podían estar Los Hermanos de la Osera.

Capítulo 19

Alex

La familiaridad del club, con su inolvidable aroma a aceite de motor y cuero gastado, fue un bálsamo reconfortante después del agotador enfrentamiento con los Merodeadores Nocturnos. Pero el consuelo fue breve; Ava parecía inquieta, con los labios apretados en una línea tensa.

—Ava —dije, dejando mi cerveza sobre la mesa y sintiendo un nudo de preocupación apretándome el estómago.

Ella respiró hondo, con los nudillos blancos de tanto apretar las manos. —Alex, hay algo que debes saber.

Fruncí el ceño, acelerándome el pulso por la aprensión. —¿Qué es?

—Derek —comenzó, con la voz ligeramente temblorosa—. Hay más en nuestra historia de lo que te he contado.

Se me aceleró el corazón contra las costillas. —Ava, sé que era tu ex novio. Lo mencionaste.

Ella negó con la cabeza, iluminando sus ojos verdes vidriosos con la pálida luz de las lámparas del techo. —Es más que eso, Alex. Él... cruzó ciertos límites.

Un escalofrío gélido y brutal me recorrió por dentro. —¿Qué estás diciendo, Ava?

Dudó un instante, luego dejó escapar un suspiro entrecortado. —Se aprovechó de mí, Alex. No me hizo caso cuando le dije que no. Por eso dejé las Fuerzas Armadas.

Una oleada de furia me invadió con tal intensidad que casi me cegó. —Ese hijo de puta... lo mataré.

—¡No, Alex! —La mano de Ava se disparó y me aferró el brazo—. No es eso lo que quiero.

—¿Qué quieres decir con que no es eso lo que quieres? —gruñí, incapaz de contener la cruda ira en mi voz—. ¡Te hizo daño, Ava!

—Lo sé —dijo, con la voz temblorosa pero resuelta—. Pero no quiero que te lastimen por mi culpa.

—Tiene que pagar, Ava —insistí, con imágenes de la destrucción de Derek ardiendo en mi mente.

—Pagará, Alex —imploró Ava, apretando con más fuerza mi brazo—. Pero no así. Debemos permanecer unidos, por nosotros y por Los Hermanos de la Osera.

Sus palabras rebotaron contra mi rabia candente. Incapaz de soportar la visión de su rostro surcado de lágrimas, la revelación de su dolor, me aparté bruscamente de su agarre. —Necesito estar a solas.

Antes de que pudiera decir otra palabra, me di la vuelta y salí de la habitación, con mis botas

resonando en el silencioso club. Podía sentir la mirada de Ava clavada en mi espalda, pero no me volví.

Capítulo 20

Ava

Observé cómo Alex salía de la habitación hecho una furia, la pesada puerta de metal cerrándose de un portazo tras él. Aún podía sentir el eco de su rabia en el aire, una fuerza palpable que me erizaba la piel. Su reacción fue exactamente lo que temía: una furia abrumadora que lo cegaba a la razón. Sabía que era sumamente protector, y su reacción ante las acciones de Derek solo lo confirmaba.

Solté un respiro tembloroso, abrazándome a mí misma como si eso pudiera mantenerme entera. Sentía un frío calándome, el ardor de mi confesión aún punzante. Había expuesto una parte de mi pasado que esperaba mantener enterrada, y el peso de esa realidad era aplastante.

De pronto, sentí un suave toque en mi hombro. Alcé la vista y encontré a Dylan de pie junto a mí. Sus ojos castaños estaban llenos de preocupación, las luces crudas del club haciéndolos brillar. —Ey, Ava —dijo con suavidad.

—Ey, Dylan —respondí, intentando esbozar una pequeña sonrisa, aunque se sintió más como una mueca.

Ella no pareció darse cuenta. —¿Estás bien?

Me encogí de hombros, tratando de aparentar indiferencia. —Lo estaré. Solo... Yo...

—Él realmente se preocupa por ti, Ava —dijo Dylan con voz gentil—. Su reacción... Fue por su enojo hacia Derek, no decepción contigo.

—Lo sé —repliqué, aunque no estaba segura de creerlo del todo—. Es solo que... es difícil.

Ella asintió con simpatía. —Lo entiendo. Es mucho por procesar. Y no es fácil lidiar con estos tipos y su terquedad. Créeme, he tenido mi buena parte de discusiones con Cole.

Reí débilmente. —Puedo imaginarlo.

—Pero recuerda —continuó, apretando con más firmeza mi hombro—, puede que sean testarudos, pero también leales. Harán cualquier cosa por las personas que les importan. Y Alex... te importa a ti, Ava.

Sus palabras me reconfortaron, ofreciéndome un destello de esperanza en medio de la conmoción. Alex estaba enojado, sí, pero también era protector. No se trataba de que estuviera decepcionado conmigo, sino de que quería protegerme.

—Espero que tengas razón, Dylan —murmuré, encontrándome finalmente con su mirada.

Ella apretó mi hombro y me dedicó una sonrisa tranquilizadora. —Sé que la tengo, Ava. Solo dale un poco de tiempo.

Asentí, sintiéndome un poco mejor. Con sus palabras reconfortantes y la solidaridad de Los Hermanos de la Osera, tal vez podríamos enfrentar la tormenta que se avecinaba.

Capítulo 21

Alex

Mi mente era una tormenta agitada, un temporal de ira e incredulidad, mientras me alejaba a zancadas del club. La imagen del rostro bañado en lágrimas de Ava me perseguía, pero la furia que bullía en mis venas opacaba cualquier atisbo de racionalidad.

—Derek —escupí su nombre como una maldición. El bastardo que había lastimado a Ava, que la había utilizado... Él era el responsable del dolor en sus ojos, de las sombras que se ocultaban detrás de su mirada, usualmente radiante y hermosa. El hecho de que me hubiera ocultado esto, de que hubiera estado cargando con esta pesada carga sola, solo alentaba aún más mi enfado.

Pateé una piedra suelta en el suelo, haciéndola rebotar por el asfalto con un fuerte crujido. La noche era fría, pero apenas lo sentía. Lo único que sentía era el incendio que ardía en mi interior y la necesidad —la necesidad de hacer pagar a Derek.

Era consciente de que estaba siendo irracional, dejando que mis emociones dictaran mis acciones. Sabía que Ava no querría que actuara de esta manera, que ella querría que pensara con claridad, que fuera razonable. Pero ¿cómo podría ser razonable cuando cada fibra de mi ser gritaba por represalia?

—¡Alex! —Escuché la voz de Ava detrás de mí, su súplica cortando el ensordecedor rugido de mis pensamientos. Hice una pausa, pero no me di vuelta, con los puños apretados a los costados.

—Alex, por favor —imploró Ava, su voz ahora más cerca. Pude percibir el temblor en ella, el miedo. Y me partió en dos, más profundamente que cualquier herida física.

—Déjame solo, Ava —gruñí, mi voz un bajo rugido de advertencia. No podía enfrentarla en este momento. No cuando la imagen de Derek tocándola estaba tan vívidamente grabada en mi mente.

—Pero Alex...

—¡He dicho que me dejes solo! —espeté, dándome vuelta para encararla. El dolor en sus ojos casi me deshace, pero estaba demasiado consumido por mi rabia como para permitirlo.

Me alejé a grandes zancadas en la noche, dejando a Ava de pie allí. Sabía que estaba siendo un idiota, que la estaba lastimando cuando ya sufría. Pero es que yo... no podía controlar la ira, la traición. El pensamiento de que Ava, mi Ava, fuera lastimada de esa manera...

A medida que me alejaba del club, pude sentir cómo la ira se desvanecía lentamente, reemplazada por un vacío profundo. Sabía que tenía que controlar mis emociones, que tenía que pensar con claridad por el bien de Ava, por el bien de Los Hermanos de la Osera. Pero en este momento, lo único en lo que podía pensar era en el dolor en los ojos de Ava y en el hombre que lo había provocado.

De repente, mi teléfono vibró en mi bolsillo, sacándome de mis pensamientos. Era un mensaje de Van Cleef. "Alex, necesitamos hablar. La casa club. Ahora".

Dudé, con el pulgar suspendido sobre la pantalla. No estaba preparado para enfrentar a Ava todavía, no estaba preparado para enfrentar a Los Hermanos. Pero si Van Cleef convocaba una reunión, tenía que ser importante. Respirando hondo, regresé hacia la casa club, preparándome para lo que vendría.

El camino de vuelta a la casa club me pareció el más largo que jamás hubiera tomado. Cada paso era una batalla entre mi enojo y mi sentido del deber. Sabía que me necesitaban, que había cosas más importantes en juego, pero la idea de enfrentar a Ava, de ver el dolor que le había causado... era casi demasiado.

Cuando empujé la puerta de la casa club, me golpeó el murmullo de voces. Los Hermanos estaban reunidos alrededor de la barra, con Van Cleef en el centro. Me miró cuando entré, su mirada afilada. Era un mujeriego, sí, pero también uno de los tipos más confiables que conocía.

—Alex —reconoció, con un atisbo de alivio en su voz—. Bien, estás aquí.

Sólo gruñí en respuesta, tomando asiento al borde del grupo. Podía sentir sus ojos sobre mí, una mezcla de curiosidad y preocupación. Sabía que habían escuchado, o al menos percibido, la discusión entre Ava y yo. Era difícil guardar secretos en un grupo tan unido como este.

—Tenemos una situación —comenzó Van Cleef, su voz seria—. Está pasando algo grande con los Rondadores Nocturnos.

Me obligué a concentrarme en sus palabras, a dejar de lado los pensamientos sobre Ava y Derek. Estaba aquí por los Hermanos, por el club. Tenía que estar presente, tenía que estar listo para actuar.

—¿Qué está pasando? —pregunté, con voz áspera.

Van Cleef intercambió una mirada con Ted, el líder de nuestro club. Ted era un veterano curtido, un hombre de pocas palabras pero gran sabiduría. Su asentimiento fue todo el permiso que Van Cleef necesitaba.

—Derek se ha movido —dijo Van Cleef sin rodeos—. Está intentando movilizar a los Rondadores Nocturnos, hacerlos más agresivos. Más peligrosos.

Un murmullo colectivo recorrió el grupo. Los Rondadores Nocturnos habían sido una espina clavada en nuestro costado durante años, pero la participación de Derek cambiaba las cosas. Lo hacía personal. Para todos nosotros, pero especialmente para mí.

—¿Cuál es nuestro movimiento? —pregunté, apretando los puños. Quería hacer algo, lo que fuera, para borrar esa sonrisa arrogante del rostro de Derek.

Ted suspiró, pasando una mano por su cara.

—Tenemos que ser inteligentes con esto, Alex —dijo, su voz pesada—. Precipitarnos sin un plan no es la respuesta.

Sabía que tenía razón. Sabía que necesitábamos una estrategia, un plan. Pero todo en lo que podía pensar era en Ava, y el dolor que Derek le había causado. El dolor que todavía le estaba causando.

—Resolveremos esto —prometió Ted, su mirada severa pero comprensiva—. Siempre lo hacemos.

Después de que terminó la reunión, salí a toda prisa de la casa club, con el pulso latiéndome en los oídos. La rabia y la traición eran como una tormenta dentro de mí, retorciéndose y dando vueltas, amenazando con hundirme. Caminé sin rumbo por las calles oscuras, con la mente como un torbellino de pensamientos y emociones.

Las imágenes de Ava, tan vibrantes y fuertes, no dejaban de pasar por mi mente. Mezcladas

con estas había destellos del rostro de Derek, con una sonrisa arrogante jugando en sus labios. El solo pensar en él, en lo que le había hecho a Ava, me hervía la sangre. Podía sentir la rabia burbujeando justo debajo de la superficie, un volcán al borde de la erupción.

Cuanto más caminaba, más inquieto me ponía. La ira no disminuía, crecía, alimentándose de mi propia impotencia. Me sentía como un animal enjaulado, mis instintos gritándome que actuara, que contraatacara.

Eventualmente, me encontré de vuelta en el clubhouse. El ruido, las risas, la camaradería... todo parecía pertenecer a otro mundo.

Sin decir una palabra, me dirigí hacia mi moto. Podía sentir las miradas sobre mí, incluso a través de las ventanas, con preguntas flotando en el aire. Pero las ignoré. En este momento, solo había una cosa en mi mente: Derek.

Monté mi pierna sobre mi moto, la sensación familiar del asiento de cuero bajo mí era un pequeño consuelo. El motor rugió con vida, el sonido haciendo eco en la noche. Lancé una última mirada hacia Ava, su rostro pálido, sus ojos muy abiertos. Luego, con un arrebato de determinación, partí, mi moto disparándose hacia adelante en la noche.

Derek iba a pagar. Me iba a asegurar de eso.



Ava

Vi cómo la moto de Alex desaparecía en la negrura de la noche. El rugido de su motor persistió en el aire, un recuerdo inquietante de su partida. Un nudo de temor se retorció en mi estómago. Sabía a dónde iba. Sabía lo que pretendía hacer.

Sin perder ni un segundo más, salí apresuradamente del clubhouse, mis botas resonando en la grava. Mi corazón latía con fuerza en mi pecho mientras me acercaba a mi moto. Era una bestia negra y elegante, un símbolo de mi independencia y fortaleza. Ahora mismo, era mi única esperanza de llegar a Alex a tiempo.

Monté mi pierna sobre el asiento y encendí el motor, su bajo rugido haciendo eco de la partida anterior de Alex. Las vibraciones familiares contra mis palmas eran un consuelo, manteniéndome firme mientras mi mente daba vueltas preocupada.

Me lancé a la noche, siguiendo el camino que sabía que Alex habría tomado. El mundo se difuminó a mi alrededor, el aire fresco de la noche azotando mi piel. El miedo me corroía, pero lo empujé hacia abajo. No podía permitirme tener miedo. No ahora.

No me tomó mucho tiempo llegar al clubhouse de Los Merodeadores Nocturnos. Era un lugar desolado y deteriorado que parecía encogerse bajo el peso de sus pecados pasados. Las ventanas estaban tapiadas, las puertas encadenadas. Estaba claro que nadie había estado allí desde el ataque.

Excepto uno.

Alex estaba allí, de pie en el medio del lote desierto. Su alta silueta se recortaba contra el telón de fondo iluminado por la luna. Sus puños estaban apretados a los costados, todo su cuerpo irradiando tensión e ira. Era una bomba de tiempo a punto de estallar.

—¡Alex! —lo llamé, mi voz haciendo eco en la noche silenciosa. Se dio vuelta, sus ojos azules ardiendo con una intensidad que me quitó el aliento. No hubo reconocimiento en su mirada, solo rabia cruda e incontrolada.

—¿Qué demonios estás haciendo aquí, Ava? —gruñó, su voz un bajo rugido.

—Podría preguntarte lo mismo —repliqué, con el corazón latiéndome con fuerza en el pecho—. No puedes simplemente salir corriendo así, Alex. Te vas a matar.

Su risa fue amarga, carente de verdadero humor. —¿Y qué? ¿Vas a detenerme? —me desafió, su mirada retándome a intentarlo.

—Sí —dije con firmeza, sosteniéndole la mirada—. Porque me importas, Alex. Y no voy a permitir que arrojes tu vida a un acto sin sentido de venganza.

La tensión entre nosotros era palpable, un cable vivo a punto de romperse. Podía ver el conflicto en los ojos de Alex, la guerra que libraba consigo mismo. Estaba al borde, tambaleándose al filo de algo peligroso. Sólo esperaba poder hacerlo retroceder antes de que fuera demasiado tarde.

Respiré hondo, armándome de valor antes de acercarme lentamente a él. Al aproximarme, su tensión era palpable, como una tormenta formándose en el horizonte. Pero no me detuve. Extendí la mano, tocando su brazo con ligereza. Se puso rígido, pero no se apartó.

—Alex —dije suavemente, con el corazón latiéndome con fuerza en el pecho. Podía sentir el calor de su enojo, pero debajo, también podía percibir su dolor, su aflicción. Y era ese dolor lo que quería aliviar.

Sin esperar su respuesta, me acerqué más, rodeando su cuerpo rígido con mis brazos. Era como abrazar una estatua, pero me mantuve firme, pegando mi cuerpo al suyo. Podía sentir el rápido latido de su corazón contra mi pecho, coincidiendo con el ritmo del mío.

Lentamente, lo sentí relajarse, su postura rígida suavizándose mientras se fundía en mi abrazo. Sus brazos me rodearon, atrayéndome más hacia él. Sentí que su respiración se entrecortaba, y levanté la cabeza para encontrarme con su mirada.

Sus ojos azules eran un mar tormentoso, girando con una mezcla de emociones que me oprimía el corazón. Quería tranquilizarlo, hacerle saber que no estaba solo en esto. Así que, hice lo único que se me ocurrió: lo besé.

Fue un beso suave, prolongado, lleno de consuelo y promesa. Vertí todos mis sentimientos en él, esperando que lo entendiera. Cuando nos separamos, sus ojos se habían suavizado, su enojo se había atenuado. Pero aún podía ver la determinación ardiendo en su mirada, una llama que sabía no sería fácil de extinguir.

—Alex —susurré, apoyando mi frente contra la suya—. Por favor... afrontemos esto juntos. Somos más fuertes como equipo.

No respondió, pero tampoco se apartó. Mientras permanecíamos abrazados, solo podía esperar que mis palabras lo hubieran alcanzado, que hubiera logrado calmar la tormenta, al menos por ahora.

Capítulo 22

Ava

La noche estaba siniestra y silenciosa mientras estábamos fuera de la desolada sede del club Night Prowler. El aire estaba cargado, denso de tensión y una ira latente. Alex estaba a unos metros de mí, con los hombros tensos y los puños apretados a los costados. El eco de nuestra acalorada discusión aún flotaba entre nosotros, una herida cruda que ninguno de los dos sabía cómo curar.

—Tengo miedo, Ava —dijo de repente, con una voz apenas más alta que un susurro. Su confesión colgaba en el aire, cruda y vulnerable—. Tengo miedo de perderte con él, con su violencia. No... no puedo soportar la idea de eso.

Sus palabras me golpearon como un puñetazo en el estómago. Alex, el hombre fuerte y resistente del que me había enamorado, estaba admitiendo sus temores más profundos. Y giraban en torno a mí. Era desgarrador y humillante a la vez.

—Alex —dije, acercándome a él—, no me vas a perder. Ni con Derek, ni con nadie. Ya no soy esa chica asustada. Ahora soy más fuerte y no dejaré que me lastime de nuevo.

Se hizo el silencio mientras digería mis palabras, sus ojos de un azul gélido escudriñando los míos en busca de cualquier atisbo de duda. Pero lo único que encontraría allí sería determinación y resolución. Había pasado por demasiado como para dejar que Derek controlara mi vida una vez más.

Lentamente, como si tuviera miedo de que desapareciera en el aire, Alex me atrajo hacia sus brazos. Su agarre era firme pero gentil, una perfecta contradicción que era tan propia de él. Sus latidos eran un ritmo constante contra mi pecho, un recordatorio reconfortante de su presencia.

—Te necesito, Ava —murmuró en mi cabello, con una voz grave y cruda de emoción—. Te necesito más de lo que he necesitado a nadie.

Las palabras, tan sinceras y honestas, me enviaron un escalofrío por la espalda. Tragué saliva con dificultad, con el corazón latiéndome con fuerza en el pecho. Nunca había visto a Alex tan vulnerable, tan abierto. Era al mismo tiempo aterrador y entrañable.

—Te necesito también, Alex —admití, con la voz temblando ligeramente—. Tú... tú me haces sentir segura. Amada.

Con esas palabras, la tensión entre nosotros pareció aliviarse un poco. Él se echó un poco hacia atrás, su mano acunando mi mejilla mientras se inclinaba para capturar mis labios en un beso lento e intenso.

Sus labios se movían sobre los míos con una suave desesperación, atrayéndome más cerca hasta que no quedó espacio entre nosotros. Su otra mano encontró el camino hacia mi cintura,

atrayéndome firmemente contra su cuerpo. Podía sentir cada línea de su forma muscular, el calor de su piel filtrándose a través de la tela de nuestra ropa.

El beso se profundizó, nuestras lenguas se enredaron juntas en una danza tan antigua como el tiempo mismo. Me aferré a él, mis dedos se hundieron en la chaqueta de cuero, necesitando sentirlo, asegurarme de que era real, de que esto era real.

Nuestra vulnerabilidad compartida había encendido una llama entre nosotros, una llama que ardía más brillante e intensa con cada segundo que pasaba. Éramos dos almas rotas, encontrando consuelo y fuerza el uno en el otro. Y ahora, en este momento, eso era todo lo que importaba.

—Te amo, Ava —susurró Alex contra mis labios, sus palabras enviándome una descarga eléctrica—. Te amo y haré lo que sea necesario para mantenerte a salvo.

Y mientras miraba en sus ojos, esos pozos azules profundos que contenían tanto amor y miedo, supe que decía cada palabra en serio. Y yo también sabía que sentía lo mismo por él.

—Yo también te amo, Alex —respondí, con la voz cargada de emoción—. Y juntos, enfrentaremos lo que venga.

La confesión de Alex dejó el aire entre nosotros cargado, denso con emociones demasiado potentes para nombrarlas. Sus palabras, salpicadas con un miedo tangible a perderme, dolían y aliviaban al mismo tiempo, agitando una tempestad dentro de mí. Su vulnerabilidad era un canto de sirena para la mía, instándome hacia él, hacia una unión que era más que física.

Su mirada ardiente encontró la mía, la intensidad de sus ojos azules haciendo que mi corazón aleteara. Una invitación tácita pasó entre nosotros, un mandato silencioso que me hizo seguirlo hacia su elegante motocicleta negra.

Sus manos, ásperas pero tiernas, me guiaron para doblarme sobre el asiento de la moto. El cuero fresco presionaba contra mi abdomen mientras él se paraba detrás de mí, su cuerpo fuerte y musculoso una pared de calor contra mi espalda. Sus dedos trazaron la curva de mis caderas, apretando ligeramente, desencadenando una serie de cosquilleos que recorrieron mi cuerpo.

El leve crujido de la tela siendo desabrochada resonó en la tranquila noche, un agudo recordatorio de la intimidad que estábamos a punto de compartir. El aire fresco de la noche acarició mi piel cuando mis jeans fueron bajados, dejándome desnuda ante él. Un escalofrío me recorrió, no por el frío, sino por la anticipación de su toque.

—¿Estás bien con esto, Ava? —Su voz era áspera, impregnada de deseo pero subyacente por una genuina preocupación que me caló el corazón.

Asentí, sin encontrar palabras. Su pregunta, tan atenta en medio de nuestra creciente pasión, avivó las llamas de mi deseo. Lo quería. Más que nada.

Un ronco gruñido vibró contra mi espalda mientras sus manos reanudaban su exploración, trazando senderos de fuego a través de mi piel. Sus dedos acariciaron la sensible carne entre mis muslos, su toque ligero pero firme. La sensación fue electrizante, arrancando un suave jadeo de mis labios.

Sus dedos bailaron sobre mí, incitando, provocando, hasta que fui un ovillo tembloroso de necesidad. El mundo se redujo a la sensación de sus dedos en mi cuerpo, cada caricia, cada roce enviando oleadas de placer a través de mí.

Y entonces estuvo allí, presionando contra mí, listo para cerrar la brecha entre nosotros. Un jadeo escapó de mis labios cuando me penetró, llenándome de una manera abrumadora y sumamente satisfactoria. Se quedó inmóvil, su aliento cálido contra la nuca, esperando a que me acostumbrara a su tamaño.

El ritmo de Alex era nuestro tempo único, una melodía compuesta por nuestros deseos combinados. Cada balanceo de sus caderas, cada respiración que tomaba a tiempo con sus

movimientos, creaba una armonía que resonaba en lo profundo de mí. Sus manos se movieron a mis caderas, sus dedos hundiéndose en mi carne con una intensidad dolorosamente deliciosa. Su agarre me anclaba a él, aterrizándome en medio del mar de placer.

—¿Se siente bien, Ava? —susurró, su voz áspera por la contención. Sus palabras enviaron un escalofrío por mi espina dorsal, el sonido haciendo eco en mis oídos como una dulce serenata.

—Mmm —fue todo lo que pude manejar, mis sentidos abrumados por las sensaciones que me recorrían. Los bordes de mi visión se desenfocaron mientras mi enfoque se estrechaba hacia la sensación de él moviéndose dentro de mí.

—Así, nena —me alentó, sus palabras puntuadas por una embestida particularmente profunda que me dejó sin aliento—. Déjame oírte.

Su mandato fue un bálsamo para mis inhibiciones, liberándome para dejar escapar los gemidos y gritos que salían naturalmente. Cada jadeo de placer, cada suave quejido era una oda al éxtasis que él me estaba otorgando.

Su agarre en mis caderas se apretó mientras aumentaba el ritmo, sus movimientos se volvían más erráticos. Podía sentirlo temblar contra mí, su control deshaciéndose por los bordes mientras nos enredábamos juntos hacia nuestro clímax.

Aferré los manillares con más fuerza, mis nudillos se volvieron blancos por la tensión. El metal frío bajo la punta de mis dedos era un contraste marcado con el calor que irradiaban nuestros cuerpos unidos. El mundo fuera de nuestra burbuja dejó de existir mientras mi cuerpo se movía al unísono con el suyo, nuestro ritmo volviéndose más frenético.

—¡Alex! —Mi voz salió como un grito ahogado, el placer acumulándose dentro de mí alcanzando su punto máximo. Su nombre era una súplica, un canto, una oración pronunciada en los ardores de la pasión.

—Lo sé, Ava —respondió, su voz tensa mientras luchaba por mantener el control—. Aguanta, cariño. Vamos... vamos a llegar juntos.

Sus palabras me impulsaron, la promesa de un desahogo compartido era una perspectiva tentadora. Podía sentir el nudo del placer dentro de mí apretarse aún más, listo para romperse en cualquier momento. Mi cuerpo se movió instintivamente, encontrando sus embestidas con una urgencia que reflejaba la suya.

El mundo explotó a mi alrededor cuando mi clímax me golpeó, una oleada de placer tan intensa que me dejó sin aliento. Grité su nombre, el sonido haciendo eco a nuestro alrededor, un testimonio del placer que me había dado.

Su propia liberación siguió poco después, un gruñido de satisfacción retumbando desde su pecho mientras enterraba su rostro en mi cuello. Nos quedamos allí, entrelazados y jadeantes, mientras las olas de placer se retiraban, dejándonos disfrutando del resplandor de nuestra intimidad compartida.

—Ava —murmuró, su voz suave y llena de una ternura que envió un cálido escalofrío a través de mí. Sus dedos trazaron patrones perezosos en mis caderas, un gesto tranquilizador que me mantuvo en tierra en medio del torbellino de emociones que me recorrían.

Giré la cabeza para mirarlo, nuestros ojos se encontraron en la tenue luz. Su mirada era suave, llena de una emoción tan cruda y pura que me quitó el aliento. —¿Sí, Alex?

Sus labios se curvaron en una pequeña sonrisa satisfecha. —Lo decía en serio, Ava —dijo, su voz apenas un susurro—. No dejaré que nada te pase.

Su promesa, pronunciada en medio de la intimidad de nuestro momento compartido, se grabó a fuego en mi corazón. Con una suave sonrisa, alcé la mano para acariciar su mejilla, mi pulgar trazando la barba incipiente en su mandíbula. —Y yo no dejaré que nada te pase a ti, Alex.

Estamos juntos en esto.

En la tranquila soledad de la casa club de los Night Prowler, permanecemos entrelazados frente a su moto, disfrutando del resplandor posterior de nuestro placer compartido. Nuestros cuerpos estaban entrelazados como dos piezas de rompecabezas que encajan perfectamente, y en ese momento, sentí un inexplicable sentido de pertenencia.

—¿Promesa? —preguntó, la vulnerabilidad en sus ojos cortando a través de la tenue iluminación.

—Lo prometo —dije, apoyándome en su toque cuando gentilmente apartó un mechón de cabello de mi rostro. Su toque era más suave ahora, ausente del ardiente deseo de antes pero lleno de una calidez que hizo que mi corazón revoloteara.

Sus dedos trazaron la curva de mi mejilla, una suave sonrisa jugando en sus labios mientras me miraba. Su mirada era intensa, conteniendo una riqueza de emociones que me dejaron sin aliento. La intimidad del momento, la cruda emoción en su mirada, me hizo sentir apreciada de una manera que nunca antes había experimentado.

Mientras sus manos continuaban su exploración, pude sentir cómo mi cuerpo respondía a su toque. La sensibilidad se intensificó por nuestro encuentro previo, cada roce de sus dedos enviaba una nueva ola de hormigueos recorriendo mi ser.

—Alex —gemí, mi voz saliendo como un suave gemido. Su toque era intoxicante, una potente mezcla de ternura y deseo que hacía que mi cuerpo anhelara más.

—Shhh —murmuró, sus labios rozando el punto sensible detrás de mi oreja. La sensación me hizo estremecer, mi agarre en los manillares de la moto se apretó.

Sus movimientos no tenían prisa, sus dedos trazando un camino a través de mi cuerpo que me dejaba con ganas de más. La anticipación era enloquecedora, pero la lenta acumulación era un placer en sí misma.

Su toque se volvió más insistente, sus dedos hundiéndose en lugares que me hicieron jadear en busca de aire. Su nombre se deslizó de mis labios en un gemido sin aliento, el sonido haciendo eco en la tranquila noche.

—¿Confías en mí, Ava? —Su pregunta, impregnada de una profundidad oculta de emoción, me trajo de vuelta del borde del placer.

Asentí, mi voz fallándome. ¿Confiar en él? Confiaba en él más que en nadie. El vínculo que habíamos formado, la conexión que habíamos compartido esta noche, había solidificado esa confianza.

Sus labios encontraron los míos en un beso abrasador, su lengua explorando mi boca en una danza tan antigua como el tiempo. La intensidad del beso me dejó sin aliento, mi corazón golpeando contra mi caja torácica. Alex me levantó y me colocó sobre el asiento de su moto en un delicado acto de equilibrio. Envolví mis piernas alrededor de él, atrayéndolo hacia mí mientras me penetraba.

Y entonces se movía dentro de mí nuevamente, sus movimientos lentos y deliberados. La sensación era abrumadora, pero totalmente satisfactoria. Su ritmo era un baile de intimidad, cada embestida enviando olas de placer recorriéndome.

Su agarre en mis caderas se apretó mientras aumentaba el ritmo, sus movimientos volviéndose más erráticos. El placer iba aumentando, un ovillo de anticipación enroscándose cada vez más apretado dentro de mí. Me aferré a él, mis dedos hundiéndose en su musculosa espalda mientras cabalgaba las olas del placer.

—Alex —jadeé, mi cuerpo tensándose a su alrededor cuando una explosión de placer me atravesó. Su nombre era una súplica, un canto, una plegaria pronunciada en las convulsiones de

la pasión.

Su propia liberación siguió poco después, su cuerpo tensándose contra el mío mientras un gruñido de satisfacción retumbaba desde su pecho. Nos quedamos allí, enredados y jadeantes, mientras las olas del placer se retiraban, dejándonos disfrutando del resplandor posterior de nuestra intimidad compartida.

—Te amo, Ava —murmuró, su voz suave y llena de una ternura que hizo revolotear mi corazón. Sus dedos trazaban patrones ociosos en mi espalda, una caricia tranquilizadora que me anclaba.

Me volví para mirarlo, mis ojos encontrándose con los suyos en la tenue luz. —Yo también te amo, Alex.

Capítulo 23

Ava

El sol apenas comenzaba a asomar por el horizonte cuando Alex y yo llegamos al estacionamiento del cuartel general de Los Hermanos de la Osera. Los acontecimientos del día anterior aún estaban frescos en mi mente, dejando un amargo sabor por las emociones crudas. Pero no había tiempo para lamentarse. Teníamos una misión que cumplir.

El cuartel ya bullía de actividad cuando entramos, los miembros de Los Hermanos preparándose para el inminente enfrentamiento. Ted estaba de pie en el centro de la habitación, con un mapa de la ciudad extendido sobre una mesa frente a él. Sid y Wilson estaban a su lado, con expresiones de determinación en sus rostros.

—Bien, han llegado —dijo Ted mientras nos acercábamos. Su mirada pasó de mí a Alex, mostrando una pizca de preocupación en sus ojos—. Estábamos a punto de comenzar.

Miré a Alex, observando su rígida postura y la tensión en su mandíbula. La ira y el dolor por las revelaciones del día anterior aún estaban presentes, pero eran opacados por su determinación. Me apretó la mano de manera tranquilizadora, una promesa silenciosa de que estábamos juntos en esto.

—Muy bien, comencemos —dijo Alex con voz firme. Se puso al lado de Ted, fijando la vista en el mapa.

Ted carraspeó, captando la atención de todos en la habitación.

—Tenemos un día importante por delante, amigos. Derek y sus matones no sabrán qué los golpeó.

Un murmullo de aprobación recorrió la sala, el aire cargado de una mezcla de anticipación y determinación. Podía sentir la energía en el ambiente, una manifestación tangible de nuestra resolución colectiva.

—Hemos reunido información sobre el paradero de Derek —intervino Wilson, señalando un punto en el mapa—. Está atrincherado aquí, en un viejo almacén en el lado este.

Van Cleef, quien había observado en silencio hasta ese momento, habló:

—¿Y estamos seguros de que es él? ¿No será una carnada?

Wilson asintió, con una expresión sombría en su rostro. —Estamos seguros. Uno de nuestros contactos lo vio allí ayer.

Tragué saliva con dificultad, mi corazón latía con fuerza en mi pecho. La realidad de la situación comenzaba a calar en mí. Realmente íbamos a hacer esto. Íbamos a enfrentar a Derek.

—Quiero formar parte de la operación —declaré, mi voz resonando en la sala silenciosa.

Un pesado silencio cayó sobre la habitación. Podía sentir las miradas de todos puestas en mí,

sus ojos llenos de sorpresa y preocupación. Pero me mantuve firme, devolviendo sus miradas con determinación.

Ted fue el primero en romper el silencio. —Ava, esto no es un juego. Es peligroso.

—Lo sé —respondí, mi voz firme—. Pero esta es mi lucha también.

Hubo otra pausa antes de que Ted finalmente asintiera. —Está bien. Si estás segura, Ava. Necesitamos toda la ayuda posible.

Una oleada de alivio me invadió, seguida de cerca por un arrebato de determinación. Iba a formar parte de esto. Iba a ayudar a derribar a Derek.

El resto de la reunión fue un borrón de estrategia y planificación. Todos teníamos un papel que desempeñar y conocíamos las apuestas. Cuando la reunión llegó a su fin, Ted se puso de pie, su mirada recorriendo a cada uno de nosotros.

—Mañana, derribaremos a Derek —declaró, su voz haciendo eco en la sala silenciosa.

Un coro de acuerdo siguió a sus palabras, la habitación se llenó con un renovado sentido de determinación. Miré a Alex, su mano aún entrelazada con la mía. Sus ojos azules se encontraron con los míos, llenos de una mezcla de orgullo y preocupación.

—Estamos juntos en esto, Ava —dijo, su voz un suave murmullo en la tranquila habitación—. Vamos a terminar con esto de una vez por todas.

Asentí, mi corazón hinchado con una mezcla de amor y gratitud. —Juntos —acordé, apretando su mano.

Mientras salíamos de la reunión, el peso de la inminente confrontación se asentó pesadamente sobre mis hombros. Los Hermanos estábamos unidos en nuestro objetivo, pero no pude evitar preocuparme por los peligros que enfrentaríamos. Vidas estaban en juego, y el pensamiento de perder a alguien, especialmente a Alex, era casi insoportable.

Pero aparté esos pensamientos, concentrándome en cambio en la tarea que teníamos por delante. Teníamos un trabajo que hacer, y estaba decidida a llevarlo a cabo. Por mí, por Alex y por Los Hermanos de la Osera.

El resto del día se dedicó a la preparación. Las armas se limpiaron y revisaron, se reunió munición y se organizó el equipo táctico. El aire estaba cargado de anticipación mientras los miembros de Los Hermanos se movían por la casa club, cada persona enfocada en su papel en la próxima confrontación.

Conforme la noche comenzaba a caer, Alex y yo nos encontramos de pie solos en la tranquilidad del estacionamiento. Su mirada estaba distante, perdida en sus pensamientos, y sabía que estaba repasando mentalmente el próximo enfrentamiento. Entrelacé mis dedos con los suyos y la tensión de su cuerpo se alivió un poco.

—Vayamos a tu casa —sugerí, asintiendo hacia su elegante motocicleta negra estacionada cerca—. Ambos necesitamos un descanso de todo esto.

Dudó por un momento, luego asintió, apretando mi mano de manera tranquilizadora. —Suenas bien.

El viaje a su apartamento fue silencioso, el sólo ronroneo de nuestras motocicletas rompía el silencio de la noche. Una vez que llegamos, nos quitamos las chaquetas y las botas, las acciones familiares nos afianzaron ante la tormenta que se avecinaba en el horizonte.

Alex me rodeó con sus brazos por detrás, atrayéndome hacia su pecho. Su aliento era cálido contra mi cuello cuando susurró: —Saldremos de esta, Ava. Juntos.

Me di vuelta entre sus brazos, mirando fijamente sus penetrantes ojos azules. Había una fiereza en su mirada, una promesa que me dio fuerzas. —No dejaré que nada te pase, Alex —dije, mi voz firme a pesar del torbellino que me invadía—. Te lo prometo.

Nos abrazamos en la tenue luz de su apartamento, nuestros cuerpos un reconfortante calor contra el frío de la incertidumbre. Mientras descansaba mi cabeza en su pecho, escuchando los firmes latidos de su corazón, supe que estábamos listos para enfrentar lo que viniera. Juntos, enfrentaríamos a Derek y pondríamos fin a su reinado de terror, sin importar el costo.

Capítulo 24

Alex

Había llegado por fin el día del enfrentamiento, y los primeros rayos del sol matutino proyectaban largas sombras sobre el club de Los Hermanos de la Osera. Podía sentir la tensión en el aire, como un resorte fuertemente enrollado a punto de romperse. Recorrí la habitación con la mirada, posándola en cada uno de los miembros de Los Hermanos. Los rostros de mis hermanos estaban duros, sus expresiones severas. A pesar del peligro que estábamos a punto de enfrentar, había un sentido de solidaridad que nos mantenía unidos.

Ted se encontraba al frente de la habitación, su rostro curtido grabado con determinación. —Muy bien, todos sabemos por qué estamos aquí —comenzó, su voz resonando en el silencio—. Derek ha sido una espina clavada en nuestro costado por demasiado tiempo, y es hora de que nos deshagamos de él de una vez por todas.

Sid asintió con aprobación. —No va a ser fácil, pero hay que hacerlo. —Miró hacia Maddie, quien le dio un apretón de apoyo en el brazo.

Sentí la mano de Ava deslizarse entre la mía, su toque un cálido reaseguro contra la ansiedad que me roía las entrañas. Al mirarla, encontré sus ojos esmeralda fijos en mí, una promesa silenciosa de apoyo brillando en sus profundidades.

—Estamos contigo, Alex —dijo suavemente. Sus palabras eran un bálsamo, calmando las tumultuosas emociones que bullían dentro de mí.

Ted continuó exponiendo el plan, sus palabras resonando en la habitación en silencio. —Tenemos que ser inteligentes en esto. No podemos permitirnos correr riesgos innecesarios. Atacaremos con fuerza y rapidez, y luego nos largaremos de ahí.

Di un paso al frente, mientras todas las miradas se volvían hacia mí. —Me encargaré del ataque —ofrecí. Mi voz era firme, sin traicionar la aprensión que sentía—. Esta vez no dejaré que ese bastardo se escape.

Ted asintió con aprobación. —Bien. Necesitaremos todo el poder de fuego que podamos conseguir.

Un murmullo de asentimiento se elevó de la multitud. Podía ver la determinación en sus ojos, la inquebrantable resolución de llevar a Derek ante la justicia.

El resto de la reunión fue un ir y venir de estrategias y logística. Se hicieron planes, se asignaron roles y se discutieron contingencias. Cada miembro de Los Hermanos de la Osera sabía lo que tenía que hacer. La calma antes de la tormenta estaba terminando, y estábamos listos para enfrentar la tempestad.

Cuando la reunión finalmente concluyó, Ava y yo nos encontramos solos en el club. Ella me

miró, sus ojos verdes reflejaban la confusión que yo sentía por dentro.

—Podemos hacerlo, Alex —dijo, su voz apenas un susurro—. Hemos enfrentado cosas peores.

Asentí, atrayéndola hacia mí. —Lo sé. Es solo que... —hice una pausa, luchando por encontrar las palabras adecuadas—. No quiero perderte, Ava.

Ella levantó la mano, sus dedos trazando suavemente los contornos de mi rostro. —Y no lo harás, Alex. Te lo prometo.

Rugimos fuera del club, nuestras motocicletas cortando el silencio de la mañana temprano. La adrenalina comenzó a fluir por mis venas, una sensación familiar que venía con cada operación. Finalmente nos dirigíamos a enfrentar a Derek.

Cuando llegamos al punto de reunión, una franja aislada de tierra en las afueras del pueblo, me sentí aliviado al ver a un grupo considerable de Los Hermanos de la Osera ya reunidos. Más allá de los rostros familiares de Ted, Wilson, Van Cleef, Sid y Chase, también había otros miembros del club presentes, algunos que conocía bien, otros con los que solo había intercambiado unas pocas palabras. Pero hoy, estábamos unidos por un propósito común.

—De acuerdo, este es el plan —dije, dando un paso al frente—. Ted, Sid, Van Cleef, ustedes harán la distracción en el frente. Chase, cubrirás nuestra retaguardia. Wilson, tú vendrás conmigo y con Ava.

Asentimientos de comprensión resonaron en el grupo. Mientras mi mirada se cruzó con la de Ava, su rostro estaba cubierto por una máscara de determinación.

—Lo derribaremos, Alex —dijo, su voz firme y resuelta.

Con el plan trazado, avanzamos hacia el escondite de Derek, un viejo almacén en ruinas en el distrito industrial. Mientras nos acercábamos a la imponente estructura, mi corazón latía con fuerza en mi pecho. Este era nuestro momento de ajuste de cuentas.

Desmontamos nuestras motocicletas a una distancia segura y nos posicionamos con sigilo practicado. Ted, Sid y Van Cleef se fundieron en las sombras, dirigiéndose hacia la entrada principal del almacén, mientras que Chase tomó posición en nuestra retaguardia.

—Muy bien, hagámoslo —murmuré, guiando a Ava y Wilson a través de la oscuridad brumosa.

Cerca de la entrada, les hice señas a Ava y Wilson para que mantuvieran sus posiciones. Mirando alrededor de la esquina, vi a dos guardias, remanentes de los Merodeadores Nocturnos, holgazaneando junto a la puerta.

En un movimiento rápido, me lancé sobre los guardias. Mi puño conectó con el primero y se desplomó en el suelo. El segundo apenas tuvo tiempo de reaccionar antes de ser derribado.

Se acercaron pasos y me di la vuelta, listo para otra pelea. Pero eran Ava y Wilson, sus rostros sombríos a la luz de la entrada.

—Buen trabajo —dijo Ava, una pequeña sonrisa jugando en sus labios.

No hubo tiempo para responder, ya que el sonido de disparos resonó desde el frente del almacén, la señal de que la diversión de Ted había comenzado.

Con una última mirada a Ava y Wilson, pateé la puerta del almacén, abriendo el camino hacia la guarida del león. La batalla con Derek y lo que quedaba de los Merodeadores Nocturnos estaba a punto de comenzar.

El interior del almacén era tenue, la única luz provenía de un par de bombillas desnudas colgando del techo. Mis sentidos se agudizaron, alerta a cada sonido, cada posible movimiento. El olor a aceite y decadencia llenaba mis fosas nasales. Miré hacia atrás a Ava y Wilson, viendo la misma preparación enfocada en sus ojos. Habíamos entrado en la guarida del enemigo, pero estábamos preparados.

Mientras avanzábamos, mi mente se aceleró. Estaba atrapado entre la urgencia apremiante de la misión y el instinto protector que sentía por Ava. Sabía que ella era más que capaz — habíamos entrenado juntos, peleado juntos—, pero mi corazón se encogía ante la idea de que estuviera en peligro. Sacudí ese sentimiento; tenía que concentrarme.

Nos movíamos con cautela, nuestras botas silenciosas en el piso de concreto. Sentí un cosquilleo en la nuca y me di la vuelta justo a tiempo para ver a una figura lanzándose sobre nosotros desde las sombras. Actué por instinto, asestando un golpe sólido en su estómago antes de que Wilson lo derribara con una patada rápida.

—Gracias —dije, asintiendo a Wilson.

—No hay problema —respondió, su enfoque ya de vuelta en nuestro entorno.

Avanzamos, derribando a algunos merodeadores nocturnos rezagados más que intentaron detenernos. Cada derribo fue eficiente y rápido, nuestras habilidades y experiencia combinadas evidentes.

De repente, apareció un grupo de cuatro matones, bloqueando nuestro camino. Eran más grandes que los otros, probablemente los guardaespaldas personales de Derek. Miré a Ava y a Wilson, con la determinación reflejada en sus ojos.

—Hagámoslo —dije.

Nos lanzamos a la pelea. Ava se enfrentó al de la izquierda, sus movimientos eran fluidos y rápidos. Era un torbellino de fuerza y precisión, una vista que me habría dejado maravillado si no estuviéramos en una situación tan peligrosa.

Wilson y yo nos enfrentamos a los otros tres. Nos movíamos al unísono, nuestra fuerza combinada los superaba. Era brutal y desordenado, pero estábamos ganando. Y entonces, justo cuando el último matón caía, una voz gélida resonó a través del almacén.

—Vaya, vaya, vaya. Si no son mi querida Ava y sus nuevos compañeros de juegos.

Derek salió de las sombras, con una sonrisa petulante en su rostro. El enfrentamiento final había llegado.

—Debí saber que traerías un comité de bienvenida, Derek —replicó Ava con voz firme. A pesar de la situación, no pude evitar sentir un arrebato de orgullo por su coraje.

—Siempre la dura, ¿no? —se burló Derek, mirando a Ava de una manera que hizo hervir mi sangre—. ¿Recuerdas cuando solías ser mía?

—Nunca lo fui, nunca lo seré —replicó Ava. Sus ojos se cruzaron con los míos brevemente, ofreciéndome una silenciosa seguridad. Asentí, listo para estar a su lado.

—Bueno, veamos qué pasa —gruñó Derek, lanzándose hacia Ava.

Instintivamente me moví para interceptarlo, pero Ava extendió su mano para detenerme. —Yo me encargo de esto, Alex —dijo con firmeza. Vacilé, mis instintos protectores gritándome. Pero vi la determinación en sus ojos y supe que tenía que dejarla enfrentarlo.

Mientras Ava y Derek se enfrentaban, Wilson y yo nos mantuvimos atrás, listos para intervenir ante la primera señal de problemas. Observé cómo Ava esquivaba el primer golpe de Derek, contraatacando con un rápido puñetazo en su abdomen. Pude ver la sorpresa en su rostro mientras tambaleaba hacia atrás.

La pelea fue brutal e intensa. Derek era fuerte, pero Ava era rápida y ágil, utilizando su entrenamiento militar a su favor. La observaba, con el corazón latiéndome con fuerza, mientras le asestaba golpe tras golpe, su rostro fijado en una línea de determinación sombría.

De repente, Derek logró agarrar el brazo de Ava, retorciéndolo detrás de su espalda. Un grito de dolor escapó de sus labios y me tensé, listo para intervenir. Pero antes de que pudiera moverme, Ava giró, rompiendo su agarre y golpeando su codo contra el rostro de él. Derek

trastabilló hacia atrás, llevándose una mano a la nariz.

—Eso es por lo que me hiciste —escupió Ava, sus ojos verdes ardiendo de ira.

Antes de que Derek pudiera recuperarse, Ava se lanzó, asestando un último golpe que lo envió desplomado al suelo, inconsciente.

Cuando se asentó el polvo, me apresuré al lado de Ava, con el corazón latiéndome de alivio y admiración. Había enfrentado a su demonio y salido victoriosa. Mientras la abrazaba con fuerza, no pude evitar sentir un arrebato de orgullo.

—Lo hiciste bien, Ava —le susurré al cabello. Ella asintió, con la respiración entrecortada contra mi pecho. La lucha había terminado, y habíamos ganado.

Juntos, nos volvimos hacia Wilson, que nos miraba con una mezcla de respeto y admiración. —Atémoslo y llevémoslo de vuelta al club. Los Hermanos de la Osera decidirán su destino.

Los remanentes de los Merodeadores Nocturnos habían sido derrotados, y su líder, capturado. Mientras salíamos del almacén, con la mano de Ava en la mía, sentí un profundo alivio. Habíamos enfrentado al enemigo y salido victoriosos. Hoy, Los Hermanos de la Osera se alzaban triunfantes.

Capítulo 25

Ava

La celebración era desenfrenada y llena de risas, con miembros del club y sus seres queridos llenando la casa club. Cindy se había lucido con la comida, las mesas repletas de platos sustanciosos y aperitivos que se devoraban rápidamente. Todos estaban de un humor festivo, y el aire estaba cargado de camaradería y alivio.

Ted presidía la barra, su rostro curtido esbozaba una rara sonrisa mientras deleitaba a un grupo con historias de los primeros días del club. —En ese entonces, éramos sólo un puñado de jóvenes con motos y un sueño —dijo, su voz impregnada de nostalgia—. Mírenlos ahora. Hemos recorrido un largo camino.

Chase Miller y Tara se enfrentaban en una amistosa pulseada cercanos, sus rostros contraídos por el esfuerzo mientras una multitud de espectadores los animaba. —¡No te atrevas a dejarme ganar, Miller! —gritó Tara, su expresión decidida provocando risas entre la multitud.

En otro lugar, Van Cleef coqueteaba con un grupo de mujeres, desplegando todo su encanto e ingenio. Cerca estaba Maddie, quien conversaba con Dylan y Sid.

Al verlos, me acerqué con Alex. Sid se masajeaba la parte baja de la espalda, una mueca en su rostro. —¿Te vuelve a molestar la espalda, Sid? —pregunté, preocupada.

Me hizo un gesto quitándole importancia. —Sólo son las viejas heridas de guerra molestando. Nada que unas cervezas no puedan arreglar.

Dylan puso los ojos en blanco. —O podrías dejarme echarle un vistazo más tarde —ofreció—. Ya sabes, como un adulto responsable.

Sid se río. —¿Dónde estaría la diversión en eso?

En ese momento, Cole se acercó con una sonrisa. —¿Escuché a alguien desafiando el consejo médico de mi mujer? —preguntó, rodeando a Dylan con un brazo.

Sid levantó las manos en señal de rendición. —No me atrevería, Cole. Aprecio demasiado mi vida.

El grupo estalló en risas, y la conversación fluyó naturalmente a partir de ahí, cubriendo todo, desde las últimas actualizaciones de motocicletas hasta los planes para la próxima salida del club.

Alex y yo vagamos por la habitación, charlando con diferentes miembros, compartiendo bromas e historias. La atmósfera era festiva, llena de una calidez y conexión únicas de Los Hermanos de la Osera.

A medida que avanzaba la noche, Chase y Tara tomaron el control de la rocola, llenando la habitación con una mezcla de rock clásico y canciones country. Parejas y amigos se emparejaban en la pista de baile improvisada, sus movimientos una mezcla de pasos coordinados y bamboleos

ebrios.

Van Cleef intentó sacarme a bailar, pero Alex intervino rápidamente. —Lo siento, Van Cleef, esta es mía. —Me llevó a la pista de baile, sus brazos envolviéndome mientras nos mecíamos al ritmo de la música.

—Lo logramos, Ava —murmuró en mi oído—. Enfrentamos el infierno y salimos del otro lado.

Le sonreí. —Así es, ¿no? Juntos.

Mientras nos movíamos al ritmo de la música, perdidos en los ojos del otro, sentí una profunda sensación de satisfacción. Este era el lugar donde se suponía que debía estar. Con Alex. Con Los Hermanos de la Osera.

Después de lo que pareció una eternidad, Alex me llevó a un rincón más tranquilo, sus manos aferraban las mías. Sus ojos azules estaban serios, el bullicio festivo que nos rodeaba se desvanecía en un zumbido distante.

—Ava —comenzó, su voz apenas un susurro—. Hay algo que he estado queriendo preguntarte.

Y entonces se arrodilló sobre una rodilla, una pequeña caja de terciopelo en su mano, un anillo de diamantes reluciendo en la tenue luz. La pregunta quedó en el aire, un momento de pura anticipación mientras el ruido de la fiesta se desvanecía en un borrrón.

—Ava —dijo de nuevo, su mirada fija en la mía—. Te amo. Más de lo que jamás pensé que podría amar a alguien. Eres fuerte, resiliente, valiente y condenadamente hermosa. Has estado a mi lado, a nuestro lado, a través de algunas épocas realmente difíciles. Te has convertido en parte de esta hermandad, parte de mí. No quiero enfrentar otro día sin saber que eres mía, verdaderamente mía. Ava, ¿te casarías conmigo?

El tiempo parecía haberse detenido mientras miraba a Alex, su propuesta resonando en mis oídos. Una cacofonía de emociones surgió dentro de mí, sorpresa, alegría, amor, todo convergiendo en una abrumadora marea. A nuestro alrededor, la habitación se había quedado en silencio, todos los ojos puestos en nosotros, pero todo en lo que podía enfocarme era Alex, la sinceridad en sus ojos, el amor.

—Sí —dije, mi voz un susurro ahogado—. Sí, Alex, lo haré.

Un vítoro estalló a nuestro alrededor, fuerte y jubiloso, pero todo lo que podía oír era el rápido latido de mi corazón y la risa aliviada de Alex. Deslizó el anillo en mi dedo, un ajuste perfecto, antes de atraerme a sus brazos y capturar mis labios en un beso apasionado.

Capítulo 26

Ava | Tres meses después

Los rayos del sol matutino se filtraban por la ventana, bañando la habitación con una suave luz dorada. Yacía en la comodidad de las sábanas, mi cuerpo aún hormigueando por los acontecimientos de la noche anterior. Alex, ahora mi prometido, dormía plácidamente a mi lado, su brazo envuelto protectoramente alrededor de mi cintura. Su pecho subía y bajaba rítmicamente contra mi espalda, el constante latido de su corazón un reconfortante ritmo en el silencio.

Contemplando el anillo de compromiso en mi dedo, un hermoso diamante redondo engastado en una sencilla banda de plata, una oleada de alegría inundó mi corazón. Era más que un simple anillo. Era un símbolo de nuestro amor, nuestro compromiso, nuestro futuro. Suavemente pasé mis dedos sobre el frío metal, el diamante atrapando la luz del sol y dispersándola por la habitación.

Me di la vuelta para mirar a Alex, su rostro pacífico mientras dormía. La visión de él me llenó de un abrumador sentido del amor. Recorrí mis dedos ligeramente por su mejilla áspera, mi corazón hinchándose de afecto. Este era el hombre con el que me iba a casar, el hombre con el que quería pasar el resto de mi vida.

—Buenos días, preciosa —murmuró Alex, sus ojos abriéndose lentamente. Me acercó más, sus cálidos labios encontrando los míos en un tierno beso mañanero—. ¿Cómo está mi futura esposa?

—Mejor que nunca —respondí, acurrucándome en su abrazo. Sus fuertes brazos se apretaron a mi alrededor, su calidez penetrando en mi piel.

Mientras la mañana se convertía en tarde, nos encontramos en el club, Los Hermanos de la Osera zumbando de emoción por nuestra próxima boda. Cindy, la cocinera del club y una mujer con un inexplicable don para la organización, se había encargado de planificar todo el evento. Iba y venía con una carpeta en la mano, ladrando órdenes a los miembros y asegurándose de que todo iba según su plan.

Maddie fue reclutada para ayudar a Cindy con las decoraciones, mientras que a Tara se le asignó la tarea de coordinar la seguridad para el gran día, y Dylan, la pareja de Cole, fue responsable de administrar la lista de invitados y las invitaciones.

Me senté en el centro de todo, un torbellino de muestras de telas, flores y menús de servicio girando a mi alrededor. Alex, que había estado tratando de ocultar una sonrisa ante mi expresión abrumada, fue atrapado por Cindy y se le asignó la tarea de elegir el menú para la recepción.

—Muy bien, tenemos tres posibles servicios de banquetes —anunció Cindy, extendiendo

varias carpetas frente a Alex—. Necesito que mires los menús y me digas qué opinas.

Alex asintió, hojeando la primera carpeta. —No lo sé, Cindy. Creo que cualquier cosa que elijamos estará genial.

Cindy puso los ojos en blanco. —Solo elige algo, Alex. No tenemos todo el día.

Mientras tanto, Maddie se me acercó con un puñado de muestras de tela. —Ava, necesitamos decidir los colores. ¿Qué opinas de esta combinación? —Sostuvo una muestra de tela verde profundo junto a una pieza de suave oro.

—Es hermosa, Maddie —dije, tomando las telas de ella—. Creo que se vería encantador.

—Genial —sonrió Maddie, tachando algo de una lista que sostenía—. Ahora, hablemos de las flores.

Tara, que había estado ocupada coordinando con algunos de los miembros de Los Hermanos, se acercó a nosotras. —La seguridad está cubierta —dijo, levantando un pulgar en mi dirección—. Nos aseguraremos de que ningún invitado no deseado arruine tu día especial.

—Gracias, Tara —dije agradecida—. Sé que puedo contar contigo.

—Muy bien, Ava —intervino Dylan, uniéndose a nuestro pequeño grupo con una libreta en la mano—. Aquí tengo la lista de invitados. Solo necesito que la revises y te asegures de que no hayamos olvidado a nadie.

Las horas pasaron volando mientras navegábamos por el laberinto de los preparativos de la boda. A pesar del caos y la abrumadora cantidad de decisiones que debíamos tomar, no pude evitar sentir un arrebato de alegría. Estábamos planeando nuestra boda, un día que significaba el inicio de nuestra nueva vida juntos. Y lo estábamos haciendo rodeados de personas que nos amaban y se preocupaban por nosotros. Era más de lo que jamás hubiera deseado.

Cuando cayó la noche, el club bullía de energía, risas y camaradería. Pero por toda la alegría que llenaba el aire, había una parte de mí que anhelaba un momento de tranquilidad, un breve respiro del caos de los preparativos de la boda.

Justo cuando estaba contemplando una escapada, Alex atrapó mi mirada desde el otro lado de la habitación, su mirada suave y cautivadora. Asintió sutilmente hacia la puerta y seguí su lead, deslizándome fuera del club sin ser notada.

—Sígueme —murmuró, su voz apenas audible por encima de los sonidos del viento crujiendo entre los árboles. Saltó sobre su moto y lo seguí, el ronroneo de nuestros motores entrelazándose mientras partíamos hacia la oscuridad.

Conducimos en silencio, la noche fresca y crispada a nuestro alrededor. El camino era familiar, y mi corazón revoloteó con anticipación mientras Alex nos guiaba hacia el claro donde hicimos el amor por primera vez bajo las estrellas. El recuerdo de esa noche, de la pasión cruda y el amor tierno que compartimos, me recorrió la espina dorsal con un escalofrío.

Mientras estacionábamos nuestras motos y desmontábamos, el claro estaba bañado con la suave luz de la luna, proyectando largas sombras e iluminando las flores silvestres que florecían en la hierba. Alex tomó mi mano, llevándome al centro del claro, nuestras botas crujiendo suavemente sobre el suelo del bosque.

—Ava —murmuró, atrayéndome hacia él. Su aliento era cálido contra mi cuello, provocando que se me erizara la piel—. Quiero crear un nuevo recuerdo aquí, uno que se entrelace con el pasado pero que nos guíe hacia nuestro futuro.

Alcé la mirada para encontrarme con sus ojos, mi corazón latiendo con fuerza en mi pecho. —Alex —susurré, mi voz apenas audible por encima del crujir de los árboles.

Me silenció con un beso, sus labios suaves pero insistentes contra los míos. Sus manos recorrieron mi cuerpo, encendiendo un sendero de fuego dondequiera que tocaban. Mientras

nuestros cuerpos se entrelazaban, el mundo se desvaneció, no quedando nada más que Alex y la intoxicante conexión entre nosotros.

Con cada beso, cada roce, Alex estaba reclamando lo suyo, y yo me rendía voluntariamente, perdida en la sensación de tenerlo. Sentí el calor de su cuerpo contra el mío, la áspera tela de su ropa contra mi piel. Mis manos trazaron los músculos de su espalda, sintiendo la fuerza que yacía debajo.

Sus labios se movieron de mi boca, hacia mi cuello y a lo largo de mi clavícula. Su toque era una mezcla de gentileza y deseo insistente que me dejó sin aliento. —Alex —exhalé, mi voz temblorosa—, me haces sentir... ni siquiera puedo describirlo.

Una risa ronca vibró a través de él. —Espero que sea algo bueno, Ava —murmuró contra mi piel, sus manos deslizándose por mis costados hasta descansar en mis caderas—. Porque tú... tú me haces sentir vivo. Como si todo antes de esto fuera sólo existir.

Sus palabras, tan crudas y sinceras, me golpearon directo en el pecho. Este era el Alex que amaba: vulnerable, apasionado, real. Lo abracé con más fuerza, queriendo borrar cualquier distancia que pudiera haber existido entre nosotros.

—Alex —dije, mi voz apenas un susurro—, te amo. Más de lo que jamás pensé posible.

Sus ojos, de un azul tan intenso bajo la luz de la luna, se encontraron con los míos. —Y yo te amo a ti, Ava —respondió, su voz espesa de emoción—. Con todo lo que soy y todo lo que tengo.

Su confesión, tan sincera y honesta, envió una oleada de emoción estrellándose sobre mí. Él me amaba, y yo lo amaba a él, y en ese momento, sentí que nada más en el mundo importaba.

Me besó de nuevo, su boca moviéndose sobre la mía con un fervor que igualaba el mío. Sentí su mano deslizarse hacia el dobladillo de mi camisa, sus dedos trazando círculos sobre mi piel, dejando una estela de piel erizada a su paso. La sensación era intoxicante, y me encontré anhelando más.

—¿Está bien así? —preguntó, su voz ronca de deseo, pero asegurándose de que estuviera cómoda.

—Sí —exhalé, mi corazón latiendo con fuerza en mi pecho. Su mano se deslizó debajo de mi camisa, su toque encendiendo mi piel en llamas. Trazó la curva de mi cintura, sus dedos gentiles pero seguros mientras exploraba. Me arqueé contra su toque, un gemido bajo escapando de mis labios. Su toque era como un cable vivo, enviando descargas eléctricas directamente a mi núcleo.

Sus dedos recorrieron mis costillas, su toque ligero como una pluma, y aun así hizo que mi cuerpo vibrara de anticipación. Mi aliento se entrecortó cuando su mano cubrió mi pecho, su pulgar rozando el pico sensible. Un jadeo escapó de mis labios, mi espalda se arqueó cuando una ola de placer me invadió. Su nombre brotó de mis labios como una plegaria, mis manos aferrándose a sus hombros.

—Dios, Ava —gruñó, su frente descansando contra la mía—. Eres tan hermosa, tan receptiva. No puedo tener suficiente de ti.

Sentí cómo mi rostro se calentaba ante sus palabras, pero la mirada en sus ojos, el deseo crudo y la adoración que encontré allí, me hicieron sentir hermosa y deseada de una manera que nunca antes había sentido. Sus labios encontraron los míos de nuevo, robándome el aliento mientras su mano continuaba su enloquecedora exploración.

Nuestros cuerpos se movían juntos, una danza tan antigua como el tiempo, pero fresca y emocionante porque éramos nosotros. Los besos de Alex se volvieron más exigentes, su cuerpo presionándome contra la suave hierba, pero di la bienvenida a su peso, di la bienvenida a la sensación de tenerlo contra mí.

Se movió para desabotonar mis jeans, su mirada nunca abandonando la mía, siempre buscando consentimiento. Asentí, mis dedos moviéndose hacia su cinturón, reflejando sus acciones. Había una sensación de urgencia, una necesidad de sentir piel contra piel, pero estaba mezclada con una ternura que me hizo tambalear al borde.

Mientras nuestra ropa caía, el frío aire nocturno era un marcado contraste con el calor que irradiaba entre nosotros. La mirada de Alex me recorrió, sus ojos oscuros de deseo. —Eres tan hermosa —susurró con reverencia. Sus dedos trazaron mis curvas, dejando una estela de piel de gallina a su paso. Temblé, no por el frío, sino por la intensidad de su mirada, la intimidad de su toque.

Alex se movió sobre mí, su cuerpo protegiéndome del aire frío. Nuestros cuerpos se alinearon perfectamente, su dura longitud presionando contra mi núcleo. Se tomó su tiempo, sus manos y boca explorando cada centímetro de mí, sin dejar ninguna parte sin tocar. Me retorció debajo de él, mi cuerpo anhelando más.

Y luego entró en mí, llenándome. Jadeé ante la sensación, mis manos aferrándose a su espalda. Se quedó inmóvil, dándome tiempo para adaptarme antes de comenzar a moverse. Sus embestidas eran lentas y deliberadas, cada una enviando una ola de placer recorriendo mi cuerpo. Su nombre brotaba de mis labios en un susurro sin aliento, mi cuerpo moviéndose al ritmo del suyo.

Nuestras miradas se cruzaron, y en ese momento, todo lo demás se desvaneció. Solo éramos nosotros, solo esto. Su ritmo se aceleró, sus movimientos volviéndose más urgentes, más desesperados. Igualé su ritmo, mi cuerpo encontrando sus embestidas. El placer se estaba acumulando, una presión enrollándose en mi vientre bajo, lista para estallar.

—Alex —jadeé, mi cuerpo temblando—. Yo... Yo...

—Lo sé, amor —murmuró, sus labios encontrando los míos en un beso abrasador—. Suéltalo, Ava. Te tengo.

Sus palabras fueron mi perdición. El resorte en mi vientre se soltó y grité, mi cuerpo convulsionando mientras olas de placer me invadían. Alex me siguió poco después, su cuerpo tensándose antes de derrumbarse sobre mí, su respiración entrecortada.

Yacimos allí, un enredo de extremidades, nuestros cuerpos aún unidos. La noche estaba en silencio, salvo por nuestras respiraciones agitadas y el ocasional ululato de un búho. El momento era perfecto, y mientras yacía allí en los brazos de Alex, su corazón latiendo al unísono con el mío, me di cuenta de que esto era más que una simple intimidad física. Era una conexión emocional, un momento de completa vulnerabilidad y confianza.

Sus dedos trazaron patrones perezosos en mi piel, su toque suave y reconfortante. Su aliento me hizo cosquillas en el oído mientras susurraba: —Te amo, Ava.

—Yo también te amo, Alex —murmuré a cambio, acurrucándome más en su abrazo. Sus palabras no eran solo un eco de lo que había dicho antes. Eran una promesa, un voto, un compromiso de su amor.

La intensidad emocional del momento me hizo sentir cruda y expuesta, pero de la mejor manera posible. Me sentí vista, comprendida, amada. Los brazos de Alex a mi alrededor se sentían como en casa, un refugio seguro en la tormenta.

Mientras nuestra respiración se calmaba y nuestros cuerpos se enfriaban, Alex acercó la manta que habíamos traído, envolviéndonos con ella. La noche estaba tranquila, las estrellas arriba titilando como un millón de pequeños diamantes. El mundo parecía contener la respiración, como si nos diera este momento de paz y tranquilidad.

—Podría quedarme aquí contigo para siempre —murmuró Alex, sus labios rozando mi frente.

—¿En este claro? —bromeé, mi corazón revoloteando ante la sinceridad en su voz.

Se rio, el sonido retumbando a través de su pecho. —En cualquier lugar, siempre y cuando esté contigo.

Sus palabras, tan simples pero tan profundas, me hicieron brotar lágrimas de los ojos. Levanté la mirada hacia él, viendo mis propias emociones reflejadas. —¿Lo prometes? —pregunté, necesitando escucharlo decirlo.

Su mirada se cruzó con la mía, firme e inquebrantable. —Lo prometo, Ava.

Y le creí. En la tranquilidad de la noche, bajo la mirada atenta de las estrellas, creí en nosotros. A pesar de todas las probabilidades, a pesar de todo lo que se interponía en nuestro camino, creí en nuestro amor.

Capítulo 27

Alex

La sede de Los Hermanos de la Osera era un hervidero de actividad mientras yo estaba allí, vestido con un traje que se sentía un poco demasiado ajustado y formal para mi gusto. El destartalado y duro espacio para vivir había sido transformado en un lugar para la boda, con cortinas blancas, guirnaldas de luces brillantes y un pasillo improvisado que conducía a un arco rústico en el centro. La transformación era surrealista, pero se sentía adecuada; era nuestra esencia.

Mi corazón latía con fuerza contra mi caja torácica, un tambor constante de anticipación y nervios. Observaba a los miembros de Los Hermanos de la Osera moviéndose de un lado a otro, ajustando las decoraciones, revisando los perímetros de seguridad y realizando tareas de último minuto. Ted, con su ruda apariencia exterior suavizada por la ocasión, estaba dando órdenes, asegurándose de que todo estuviera en su lugar. Wilson, su habitual segunda al mando, estaba a su lado, asintiendo.

Van Cleef estaba bromeando con Sid sobre su camisa limpia y planchada y sus botas lustradas, mientras que Cole conversaba en profundidad con Chase sobre algo que no podía escuchar. Dylan y Tara ayudaban a Cindy a preparar las mesas largas con manteles impecables, cubiertos relucientes y flores frescas.

La atmósfera estaba cargada de camaradería y un calor familiar que impregnaba cada rincón de la sede del club. Esta era nuestra familia, nuestra Hermandad, y no podía imaginar un mejor grupo para estar a nuestro lado mientras Ava y yo nos comprometíamos el uno al otro.

El suave ronroneo de un motor de motocicleta cortó los sonidos de risas y charlas, atrayendo la atención de todos hacia la entrada. Mi corazón dio un vuelco en mi pecho cuando Ava entró montada en su moto, con su larga cabellera oscura ondeando bajo el casco. Vestía una chaqueta de cuero blanco y pantalones a juego, el atuendo se amoldaba a sus curvas y realzaba su belleza.

Mientras desmontaba su bicicleta y se quitaba el casco, contuve el aliento ante su visión. Sus ojos verdes brillaban con emoción y amor, sus labios curvados en una sonrisa radiante. Lucía hermosa, cautivadora y completamente mía.

El club quedó en silencio mientras caminaba por el pasillo hacia mí, cada uno de sus pasos confiado y elegante. Sus ojos se clavaron en los míos y pude ver un mundo de amor y promesa en ellos. Mi corazón latía aún más fuerte cuando se situó frente a mí, su mano extendiéndose para tomar la mía.

—Alex —comenzó, su voz firme, su mirada inquebrantable—. Me has demostrado que el amor no se trata solo de romance y dulces palabras. Se trata de apoyarnos mutuamente,

respaldarnos y luchar el uno por el otro. Has sido mi roca, mi protector y mi compañero. Me has hecho creer en el amor de nuevo y por eso no puedo agradecerte lo suficiente.

Sus palabras tocaron una fibra sensible en lo más profundo de mí, haciendo eco con mis propios sentimientos hacia ella. Apreté suavemente su mano, mi mirada nunca abandonando la suya.

—Ava —respondí, mi voz cargada de emoción—. Me has demostrado que el amor no se trata de la perfección o de tenerlo todo resuelto. Se trata de ser real, de ser vulnerable y aceptarnos el uno al otro tal como somos. Me has aceptado, con defectos y todo, y me has amado de maneras que nunca pensé posibles. Me has dado una razón para vivir, para luchar y para amar.

Las lágrimas se agolparon en sus ojos, pero las contuvo rápidamente, su sonrisa sin desvanecerse. Ted dio un paso al frente entonces, su mirada solemne mientras iniciaba la ceremonia. Los Hermanos nos observaban, sus ojos brillando de felicidad y orgullo.

Mientras intercambiábamos votos y anillos, el aire parecía crepitar con intensidad y emoción. Nuestras voces resonaban a través del club en silencio, nuestras promesas el uno al otro sonando claras y verdaderas. Cuando sellamos nuestros votos con un beso, Los Hermanos irrumpieron en vítores, sus aplausos atronadores en el espacio cerrado.

pasó en un borrón de risas, bailes y sinceros brindis. Los miembros de Los Hermanos se turnaron para compartir historias de sus experiencias con nosotros, algunas divertidas, otras conmovedoras y otras francamente vergonzosas. Cada relato era un testimonio del vínculo que compartíamos, la familia que habíamos formado y el amor que celebrábamos.

Van Cleef y Ted se turnaron para tomarme el pelo en sus discursos, para gran diversión de la multitud, mientras que Sid y Cole compartieron emotivas historias sobre la fortaleza y lealtad de Ava. Maddie y Dylan, ambos radiantes de orgullo, hablaron de la hermandad que habían encontrado en Ava y cómo su resiliencia los había inspirado. Chase y Tara rememoraron el momento en que nos conocieron por primera vez y cómo supieron, incluso entonces, que estábamos destinados a estar juntos.

Conforme avanzaba la noche, la música se volvía más fuerte y los miembros de Los Hermanos de la Osera se lanzaron a la pista de baile, con movimientos desinhibidos y alegres. Ava y yo bailamos juntos, con nuestros cuerpos pegados, su risa como música en mis oídos. El amor que irradiábamos parecía impregnar el aire, otorgándole una calidad casi mágica a la celebración.

Eventualmente, cuando la noche llegaba a su fin, los miembros de Los Hermanos comenzaron a dispersarse, dejándonos a Ava y a mí de pie, tomados de la mano en el ahora vacío salón recreativo. Estábamos agotados pero eufóricos, nuestros corazones llenos de amor y gratitud por el increíble día que acabábamos de compartir.

Con una tierna sonrisa, Ava me condujo a nuestra habitación, donde el suave resplandor de las velas y el aroma de los pétalos de rosa nos dieron la bienvenida. La intimidad del momento nos envolvió, nuestras miradas se encontraron en una comprensión y un deseo tácitos.

Mientras nos desvestíamos mutuamente, nuestras caricias eran lentas y deliberadas, una danza de pasión y amor que hablaba por sí misma. Exploramos los cuerpos del otro, como si fuera la primera vez, saboreando cada sensación, cada caricia y cada beso.

Nuestro acto amoroso fue lento y tierno, un testimonio del amor que nos unía. Nuestros cuerpos se movían como uno solo, nuestras respiraciones se entremezclaban, nuestros corazones latían al unísono. Cuando alcanzamos el clímax, el mundo que nos rodeaba parecía desvanecerse, dejándonos solo a nosotros dos, nuestro amor y nuestro compromiso mutuo.

Exhaustos, nos derrumbamos en los brazos del otro, nuestros cuerpos perlados de sudor y temblando por las réplicas de la pasión. Mientras yacíamos allí, entrelazados y saciados, supe

que este era solo el comienzo de nuestra vida juntos: una vida llena de amor, lealtad y el vínculo inquebrantable que compartíamos.

Capítulo 28

Ava

La luz de la mañana temprana se filtraba a través de las cortinas de nuestra habitación de hotel, arrojando un suave resplandor dorado sobre todo lo que tocaba. Estábamos lejos del club, escondidos en un resort apartado para nuestra luna de miel. Desperté con la cálida sensación del cuerpo de Alex enroscado alrededor del mío, sus fuertes brazos abrazándome. No pude evitar sonreír, mi corazón hinchado de amor por este hombre.

Las últimas semanas habían sido un torbellino de emociones, una mezcla de miedo, anticipación, alegría y, finalmente, satisfacción absoluta. Estábamos casados. Alex era mi esposo. Y yo era su esposa. La realidad de ello aún se estaba asentando, pero cada vez que miraba la alianza de oro en mi dedo o sentía el roce de sus labios contra los míos, se volvía más real.

Mientras yacía allí entre sus brazos, me sorprendí pensando en el viaje que nos había traído hasta aquí. Las batallas que habíamos librado, los obstáculos que habíamos superado, el vínculo que habíamos forjado. No había sido fácil, pero de nuevo, nada que valiera la pena lo era.

Alex se removió detrás de mí, su aliento haciéndome cosquillas en la nuca. Besó mi hombro, su voz áspera por el sueño. —Buenos días, Sra. Malone.

Me di la vuelta entre sus brazos para mirarlo, mis dedos trazando la línea de su mandíbula. —Buenos días, Sr. Malone.

Me sonrió, sus ojos azules brillando de amor y felicidad. —¿Cómo se siente estar en nuestra luna de miel?

—Me podría acostumbrar a esto —dije con una sonrisa, acurrucándome más cerca de él—. Es agradable estar lejos de todo, solo los dos.

Apartó un mechón de cabello de mi rostro, su mirada tierna. —Creo que ambos lo necesitábamos. Tiempo para descomprimir, para simplemente... estar.

Asentí, mi corazón doliendo por el amor en sus ojos. —Te amo, Alex.

—También te amo, Ava.

Pasamos la mañana holgazaneando en la cama, hablando de todo y nada. Fue durante estos momentos tranquilos que Alex se abrió sobre su pasado, contándome historias de sus tiempos en el ejército, las misiones en las que había estado, los amigos que había perdido. Era un lado de él que rara vez había visto, un lado que había mantenido oculto bajo una capa de protección y secretismo.

Pero ahora, aquí en nuestra luna de miel, bajó la guardia. Compartió sus miedos, sus arrepentimientos, sus esperanzas para el futuro. Y yo escuché, mi corazón doliendo por el dolor

que había soportado, mi amor por él profundizándose con cada palabra que pronunciaba.

Después de nuestra mañana perezosa en la cama, decidimos aventurarnos. Nuestro resort de luna de miel se encontraba enclavado en la costa, y la amplia extensión de playa era tentadora. Tomamos nuestras cosas de playa y, tomados de la mano, nos dirigimos a la playa privada que ofrecía el resort. La arena estaba cálida bajo nuestros pies, las olas lamiendo suavemente la orilla.

Alex me lanzó una mirada traviesa. —¡El último que llegue al agua pierde!

Y con eso, salió disparado, su risa haciendo eco a nuestro alrededor. Le di caza, uniéndome a su risa. Nos sumergimos en el agua clara y fresca, nuestros cuerpos chocando. Me envolvió con sus brazos, acercándose. Nos besamos, saboreando el agua salada en nuestros labios.

Luego, decidimos probar el windsurf. Tomamos una rápida lección de los instructores en el quiosco de la playa y, pronto, estuvimos sobre el agua, haciendo todo lo posible por mantener el equilibrio en las tablas.

—¡Eres una experta en esto, cariño! —gritó Alex, su voz llevada por las olas.

Lo miré justo a tiempo para verlo perder el equilibrio y caer al agua con un chapuzón. No pude evitar reír, incluso mientras intentaba mantener el equilibrio. —¡Lo dijiste demasiado pronto, Sr. Malone!

Sacó la cabeza del agua y barbotó, sacudiendo la cabeza para quitarse el agua de los ojos. —Eso fue a propósito. Sólo quería mostrarte lo que no se debe hacer.

Pasamos la tarde explorando el pueblo local en bicicletas alquiladas. Pedaleamos por las estrechas calles empedradas, pasando por casas coloridas y bulliciosos mercados. Alex insistió en comprarme un sombrero de paja de ala ancha de un vendedor ambulante, colocándomelo en la cabeza con un floreo.

—Ahí está, ahora pareces una verdadera turista —bromeó, tomándose una foto con su teléfono.

Hice una pose, ladeando el sombrero a un ángulo ganador. —¿Significa que puedo comprarte uno a juego?

Él se rio, negando con la cabeza. —Creo que paso.

Esa noche, cuando comenzó a ponerse el sol, encontramos un lugar tranquilo en la playa. Extendimos una manta y nos sentamos, con una cesta de picnic entre nosotros. Festejamos con frutas frescas, queso y una botella de champán, con el sonido de las olas proporcionando un telón de fondo perfecto.

Mientras el cielo se teñía de rosa y naranja, Alex extendió la mano, tomando la mía entre las suyas. —Esto es perfecto, Ava. Sólo tú, yo y el océano.

Me recosté contra él, con el corazón lleno. —Es todo lo que siempre soñé, Alex. Te amo.

Al caer la noche, regresamos a nuestra habitación del hotel, nuestros cuerpos cercanos, nuestros corazones llenos de amor y felicidad.



Bajo la suave luz ambiental de la habitación, las manos de Alex encontraron la parte baja de mi espalda, atrayéndome más cerca hasta que pude sentir su respiración acariciando mi rostro. Su mirada era intensa, un espejo del deseo candente que sentía correr por mis venas. Cuando finalmente reclamó mis labios, un gemido bajo escapó de mí, el sonido tragado por el ritmo intoxicante de nuestro beso.

Se movió lenta y deliberadamente, sus manos comenzando a explorar el paisaje de mi cuerpo. Cada roce de sus dedos contra mi piel dejaba un rastro de calor a su paso. Su tacto era como chispas eléctricas, sacudiendo mis sentidos y haciéndome desear más.

—Dios, eres hermosa —murmuró contra mis labios antes de que sus dedos comenzaran a desabotonar mi vestido de verano. La tela se deslizó por mis hombros, formando un charco a mis pies y dejándome sólo en ropa interior de encaje. Su mirada era abrasadora, bebiendo la visión de mí como si fuera lo más precioso que hubiera visto jamás.

Con un suave empujón, me guió hacia la cama. Me senté al borde, observando mientras se deshacía cuidadosamente de su propia ropa. Sus movimientos eran fluidos, confiados, cada uno provocadoramente lento como si estuviera dando un espectáculo sólo para mí.

Una vez que estuvo tan desnudo como yo, me subió a su regazo. Sus manos vagaron libremente, cada toque una marca que abrasaba mi carne. Estaba por todas partes, y me regodeé en la sensación, mi cuerpo reaccionando a cada caricia.

Sus dedos encontraron el broche de mi sujetador, desabrochándolo hábilmente. Sentí el aire fresco contra mi pecho desnudo, haciéndome estremecerme. Pero entonces sus manos estaban ahí, cálidas y reconfortantes, ahuecándome suavemente. Tomó un pezón en su boca, chupando suavemente. La sensación envió una descarga de placer recorriendo mi cuerpo, un jadeo escapando de mis labios.

Su mano serpenteó por mi cuerpo, deslizándose dentro de mis bragas. Su toque era como un cable vivo, haciéndome sobresaltarme de sorpresa. Sus dedos eran implacables, hundiéndose en mi humedad, sus acciones provocando un torrente de placer que me hizo dar vueltas la cabeza.

—Alex —jadeé, mi cuerpo respondiendo ávidamente a su toque. Él no dijo nada, sólo mantuvo su mirada fija en la mía, sus ojos oscuros de deseo.

Apartó sus dedos, dejándome jadeante y anhelante. Pero antes de que pudiera protestar, estaba empujando mis bragas hacia abajo, exponiéndome completamente a su mirada. Sus ojos tenían un brillo que hizo que mi corazón latiera con fuerza en mi pecho.

Se inclinó, sus labios acariciando el área sensible entre mis muslos. Su lengua era un dulce tormento, explorando cada centímetro de mí, cada caricia acercándome más al borde. Mis manos se aferraron a las sábanas debajo de mí, mi espalda arqueándose fuera de la cama mientras el placer recorría mis venas.

Cuando llegué al clímax, fue como una ola, bañándome y dejándome temblando. Alex no se detuvo hasta que estuve exhausta, mi cuerpo lánguido y saciado.

Pero no habíamos terminado, ni mucho menos. Alex se movió sobre mi cuerpo, capturando mis labios en un beso abrasador. Su propio deseo era evidente, su erección presionando contra mi muslo. Mi mano se movió para acariciarlo, pero él la apartó suavemente con una sonrisa juguetona en sus labios.

—Tenemos toda la noche, amor —dijo con voz áspera de deseo.

Nos movimos juntos, explorando los cuerpos del otro con una curiosidad renovada. Me tomé por detrás, con movimientos lentos y deliberados. El nuevo ángulo trajo un tipo diferente de placer, uno que me hizo morderme el labio para evitar gritar.

Tomando un profundo aliento, me impulsé hacia arriba, usando a Alex como apoyo, posicionándome sobre él. Podía sentirlo duro debajo de mí, su tamaño y calidez haciendo que se me hiciera agua la boca de anticipación. Guiándolo con mi mano, lo hice entrar suavemente en mí, un audible jadeo escapando de mis labios ante la deliciosa sensación. Cada terminación nerviosa de mi cuerpo cobró vida mientras comenzaba a moverme, mis caderas rodando en un ritmo tan antiguo como el tiempo mismo.

Los ojos de Alex nunca dejaron los míos, la intensidad de su mirada haciendo que mi corazón revoloteara. Sus fuertes manos estaban en mis caderas, guiándome y manteniéndome firme mientras cabalgaba sobre él. Se sentó, su espalda contra la cabecera, permitiéndome inclinarme hacia él. Su boca encontró la mía, nuestros besos volviéndose más apasionados a medida que aumentaba nuestro ritmo.

Podía sentir mi cuerpo respondiendo al suyo, un ovillo de calor que se tensaba cada vez más dentro de mí. Mi aliento se entrecortó cuando una ola de placer me invadió, haciendo que mi agarre sobre Alex se apretara. Sus manos se movieron de mis caderas a mis pechos, sus pulgares rozando mis sensibles picos, haciéndome gritar.

La habitación se llenó con el sonido de nuestros gemidos entremezclados, el crujir de las sábanas y la erótica sinfonía de nuestros cuerpos uniéndose. Podía sentir mi clímax acercándose, una ola a punto de romper sobre mí. Alex pareció percibirlo, sus movimientos volviéndose más intencionados, llevándome cada vez más cerca del borde.

Y entonces llegué, mi clímax golpeándome con la fuerza de un tren de carga. Grité, mi cuerpo convulsionando mientras las olas de placer me invadían. Mis músculos internos se apretaron alrededor de Alex, atrayéndolo aún más profundamente dentro de mí.

El agarre de Alex se tensó sobre mí, su cuerpo endureciéndose debajo de mí. Con un gruñido bajo, alcanzó su propio clímax, su liberación llenándome. Cabalgamos nuestra satisfacción juntos, nuestros cuerpos moviéndose en un lento y lánguido ritmo.

Exhaustos, colapsamos sobre la cama, nuestros cuerpos un enredo de miembros. Alex me acercó a él, sus brazos envolviéndome protectoramente. Podía sentir los latidos de su corazón contra mi espalda, un ritmo constante que calmaba mis nervios alterados. Cerré los ojos, los eventos del día alcanzándome.

El silencio solo se veía interrumpido por nuestra respiración agitada, que poco a poco se calmaba mientras disfrutábamos del resplandor posterior a nuestro acto de amor. Giré la cabeza, presionando un suave beso en el pecho de Alex, ganándome un ronroneo satisfecho de su parte.

Los dedos de Alex trazaban perezosos patrones en mi espalda, su toque ligero y reconfortante. —Deberíamos hacer esto más a menudo —susurré con voz ronca por nuestras actividades previas.

Soltó una risita, el sonido retumbando en su pecho. —No podría estar más de acuerdo, amor.

Mientras me quedaba dormida, envuelta en los brazos de Alex, supe que había encontrado mi hogar. Con él, estaba segura, amada y apreciada. Pertenecía a su lado, así como él pertenecía al mío. Y no cambiaría esa sensación por nada en el mundo.

Capítulo 29

Ava

Habíamos regresado de nuestra luna de miel. De vuelta a donde todo comenzó. El sonido de los familiares motores rugientes, el olor a gasolina y cuero, la vista del clubhouse de Los Hermanos de la Osera, todo me invadió como una ola de nostalgia, a pesar de que nuestra ausencia solo duró unos días.

Ava se aferraba a mi brazo, sus dedos se hundían en la chaqueta de cuero. La miré de reojo, captando sus brillantes ojos verdes mirando a su alrededor, tomando la vista. Las comisuras de su boca se curvaron en una pequeña sonrisa complacida, y sentí un calor en mi pecho. Era una afirmación silenciosa de nuestro compromiso, no solo el uno con el otro, sino también con La Hermandad.

Algunas cabezas se volvieron mientras caminábamos hacia la entrada del clubhouse. Van Cleef fue el primero en vernos, una amplia sonrisa se extendió por su rostro. —¡Miren a quién tenemos aquí! —gritó, levantando su cerveza en nuestra dirección.

El resto de la cuadrilla siguió su ejemplo, levantando sus bebidas, el coro de vítores de bienvenida haciendo eco en el patio. Aferré con más fuerza la mano de Ava, guiándola a través de la multitud de caras familiares. A pesar de las pruebas recientes que habíamos enfrentado, la unidad dentro de La Hermandad era palpable.

Mientras avanzábamos entre la multitud, noté a Ted recostado contra la barra, una sonrisa burlona en su rostro. —¿Qué tal la luna de miel? —preguntó, su voz áspera llena de diversión.

Ava se sonrojó, pero su mirada permaneció firme. —Fantástica, gracias por preguntar —respondió, su voz teñida con un toque de desafío que me hizo reír.

—Bueno, ustedes dos sí que se ven... renovados —intervino Wilson, sus ojos brillando con travesura. Una carcajada recorrió la habitación, pero era cálida, desprovista de cualquier malicia. Esta era nuestra familia, y habíamos vuelto a casa.

Pasamos la noche rememorando el pasado, discutiendo nuestro futuro y reafirmando nuestro compromiso con La Hermandad. Compartimos historias de nuestra luna de miel, omitiendo intencionalmente ciertos detalles que provocaban más risas y bromas.

Ava y yo nos encontramos solos más tarde, sentados en el techo del clubhouse, contemplando las estrellas. El ruido de la fiesta de abajo estaba amortiguado, creando una burbuja serena a nuestro alrededor. Ava se acurrucó contra mí, su calor corporal traspasando mi camisa, y la abracé con un brazo.

Mirando hacia abajo a Ava, tracé un dedo por su mejilla, un gesto que se había convertido en algo natural para mí. Ella giró la cabeza para plantar un suave beso en mi palma, sus ojos llenos

de afecto.

—Lo hicimos bien, ¿no? —dijo suavemente, su mirada volviendo a las estrellas.

—Así es —asentí, presionando un beso en la parte superior de su cabeza. La sentí suspirar de contento contra mí, su cuerpo relajándose aún más.

Y mientras estábamos sentados allí, bajo el manto del cielo nocturno, no pude evitar sentir una oleada de paz. Habíamos enfrentado pruebas y tribulaciones, pero salimos más fuertes del otro lado. Nos habíamos elegido el uno al otro, elegido esta vida, y no tenía ninguna duda de que estábamos listos para enfrentar lo que viniera.

La fiesta seguía en pleno apogeo cuando finalmente decidimos unirnos a los demás. La música estaba fuerte, las risas aún más fuertes, y la sensación de camaradería era tangible. La mano de Ava se deslizó en la mía mientras bajábamos las escaleras, sus dedos apretando suavemente. La miré, sus ojos verdes centelleando con vida y amor.

—Sí, lo hicimos bien —murmuré para mí mismo, permitiendo que me arrastrara a la multitud.

La noche transcurrió, y las risas y la camaradería nunca disminuyeron. Bailamos, bebimos y celebramos con el conocimiento de que nuestra familia estaba reunida y más fuerte que nunca. A medida que pasaban las horas, la celebración comenzó a disminuir. Uno por uno, nuestros amigos y hermanos comenzaron a decir sus adioses, dejándonos a Ava y a mí de pie en el ahora vacío club.

—Realmente estamos en casa, ¿no? —murmuró Ava, sus ojos escaneando la habitación como si la viera por primera vez. Asentí, envolviendo un brazo alrededor de su cintura y atrayéndola hacia mí.

—Lo estamos, y lo haremos aún mejor —prometí—. Juntos, podemos ayudar a que Los Hermanos de la Osera prosperen.

Ava me miró, sus ojos verdes brillando con determinación. —Sé que podemos —estuvo de acuerdo, su voz llena de convicción—. Hemos pasado por el infierno y hemos salido más fuertes por ello.

Mientras estábamos allí, rodeados por los restos de nuestra celebración, no pude evitar sentir un renovado sentido de propósito. Los Hermanos de la Osera habían sido puestos a prueba, pero salimos victoriosos, y sabía que juntos, podríamos enfrentar cualquier desafío que se nos presentara.

Y así, cuando la primera luz del amanecer comenzó a filtrarse por las ventanas, Ava y yo nos volvimos para enfrentar nuestro futuro. Tomados de la mano, caminamos hacia el sol naciente, sabiendo que nos teníamos el uno al otro y a Los Hermanos de la Osera para apoyarnos.

Nuestro viaje estaba lejos de terminar, y estábamos listos para enfrentarlo juntos. Y con amor, lealtad y determinación inquebrantable, continuaríamos forjando nuestro camino hacia adelante, más fuertes que nunca antes.

